

EL GUETO INVISIBLE

Un recorrido por albergues de transeúntes en Euskal Herria

Andrés Garrido

ISBN: 978-1-4457-3679-2

Impreso a través de: www.lulu.com

Standard Copyright License

Marzo de 2010

NOTA INICIAL

En 2003 firmé un contrato con Miatzen SARL, editora de la revista KALEGORRIA, para la publicación de un libro-reportaje acerca de los vagabundos en Hego Euskal Herria (País Vasco Sur). La quiebra de la empresa en 2004 impidió la publicación del trabajo. El documento que sigue ha sido redactado en 2009 y es un resumen de aquel reportaje.

AGRADECIMIENTOS

El siguiente trabajo debe lo bueno que pueda tener a las siguientes personas: a Iñigo F. de Martikorena, que lo encargó para KALEGORRIA; a Raúl Fernández de Larrea y Aitziber Mondéjar, por apoyarme durante la infiltración; a Eukene Gurrutxaga y María Olveira, por aguantar mis preguntas y responderlas; a María Laura Rubina, por empujarme a rehacerlo y publicarlo –además de leerse el manuscrito tres veces, lo que es prueba de masoquismo y de amistad–; y a Mariela A. Diaz, por sus críticas tan pertinentes y llenas de humor.

Y ahora permitidme reclamar la autoría de los defectos y errores de este trabajo, ya que me corresponde.

ÍNDICE DE CONTENIDOS:

PRÓLOGO: –Punto de partida (p.7). –Experiencia previa (p.9).

Capítulo 1: –Detención (p.12). –Aspecto de pobre (p.14).

Capítulo 2: –Tres invisibles (p.16). –Soledad del invisible (p.24).

Capítulo 3: –El Centro Municipal de Acogida Social en San Bartolomé (p.27).

Capítulo 4: –Una noche en Altsasu (p.30). –Nadie quiere pagar una cama a los pobres (p.36).

Capítulo 5: –Se equivocó el carrilano, se equivocaba (p.38). –Cerrando puertas, abriendo heridas (p.42). –La otra cara de la misma moneda (p.52). –La partida (p.55).

Capítulo 6: –Derivar, perpetuar, someter (p.58). –Los traslados (p.61). –Echar una mano al cuello (p.62).

Capítulo 7: –El pobre siempre puede esperar (p.67).

Capítulo 8: –Sin siesta, sin lavadora, sin respeto (p.74). –Habitación con vistas... al interior (p.75). –El panóptico (p.77). –La justificación (p.79). –Control interno (p.83).

Capítulo 9: –Una cárcel de amor cristiano (p.88). –La limpieza (p.94). –De derrota en derrota hasta la derrota final (p.97).

Capítulo 10: –Un cubano en la corte del rey Sancho (p.101). –El odio, el amor, la política (p.104). –Al acecho de la mujer (p.107). –El derecho a soñar (p.110). –Carne fresca (p.112). –Robos sin *conciencia* (p.113). –La miseria sexual (p.116). –Armas de mujer desarmada (p.117).

Capítulo 11: –Una persona simplemente amable (p.118). –Trabajando (p.120). –El precio a la venta de los productos envasados (p.124).

Capítulo 12: –Sentar un pobre a la mesa (p.125). –Los desayunos (p.126). – Las comidas y las cenas (p.128). –La ayuda interesada (p.131).

Capítulo 13: –Unos servicios sociales ejemplares (p.133). –El mundo, según Marian (p.137).

Capítulo 14: –Matemática del desamparo (p.144).

Capítulo 15: –Transporte para ricos (p.148). –En el camino de hierro y sin billete (p.149). –La ruta del euro (p.151).

Capítulo 16: –No sólo de pan vive el pobre (p.154).

Capítulo 17: –El gueto invisible (p.161). –Apartar a los pobres del paisaje urbano (p.163). –La lotería del techo (p.164).

Capítulo 18: –Por sus frutos los conoceréis (p.166). –La eterna victoria (p.171).

EPÍLOGO: –Pobres sin fronteras (p.174).

APÉNDICES:

Apéndice I: –Apunte sobre pobreza oculta y territorialidad en la Comunidad Autónoma del País Vasco (p.180).

Apéndice II: –Artículo publicado en el número 9 de la revista KALEGORRIA (p.181).

Apéndice III: –Taller para transeúntes de la Residencia San Fermín de Cáritas, en Pamplona (p.186). –Rendimiento de trabajo (p.186). –Empresas (p.188).

Apéndice IV: –Taller para transeúntes del Centro Municipal de Acogida Social de Vitoria-Gasteiz (p.190). –El sudor de los parias (p.190).

Apéndice V: –Achicamiento planificado en el barrio de San Francisco (p.193).

Apéndice VI: –Entrevista a María Olveira, ex trabajadora social (p.197).

ALGUNAS FUENTES CONSULTADAS: (p.206).

PRÓLOGO

“La verdadera tarea política, en una sociedad como la nuestra, me parece que es criticar el juego de las instituciones aparentemente neutras e independientes; criticarlas y atacarlas de tal manera que la violencia política que se ejerce oscuramente en ellas, o a través de ellas, sea desenmascarada, y se pueda luchar contra ellas.”

MICHEL FOUCAULT

Punto de partida

La hipótesis de partida de este trabajo es la siguiente: los Gobiernos autonómicos del País Vasco y Navarra, que se declaran en sus discursos comprometidos con la integración social y destinan a ella presupuestos millonarios, deberían articular medios y obtener resultados que posibiliten, a quienes viven en la pobreza, superar su situación.

En lugar de centrarse en informes, encuestas y porcentajes, este reportaje aborda casos de evidente pobreza y necesidad, evitando lo que se da en llamar “pobreza oculta”. Se persigue así una visión más nítida del problema, sin factores atenuantes (apoyos familiares, por ejemplo), remarcando el contraste entre la política presupuestaria, acompañada de buenas palabras, y su repercusión en los destinatarios¹.

El objetivo final es, por una parte, conocer, a través de experiencias observadas y vividas directamente, las posibilidades de integración de los individuos que, careciendo de dinero, empleo, vivienda y apoyos personales (amigos o familia) recurren a los servicios sociales habilitados; por otra parte, estampar fielmente la visión que los usuarios tienen de los servicios sociales a los que acuden.

¹ Ver Apéndice I para conocer algunos datos sobre pobreza oculta en Vascongadas.

Para mejor alcanzar estos objetivos, el autor se hizo pasar por vagabundo entre diciembre de 2003 y mayo de 2004, muchas veces a tiempo completo, otras veces sólo por la noche, o parte del día, realizando paralelamente tareas de investigación.

El vagabundaje permitía una mayor libertad de movimientos, aparecer y desaparecer sin llamar la atención, y establecer una relación de igual a igual con vagabundos reales, así como compartir experiencias con drogadictos, individuos sin hogar, alcohólicos, desocupados e inmigrantes, todos los cuales abarrotan los centros de acogida, comedores sociales y circuitos de marginalidad.

Por lo demás, al no ser yo, el autor, un auténtico vagabundo, mantuve intacta la capacidad de sorprenderme frente a situaciones que para mis compañeros de desdicha eran normales.

Hay que tener en cuenta, en todo caso, que este libro no es un informe ni tiene pretensiones científicas: es un testimonio en primera persona, inevitablemente subjetivo, pero fiel reflejo de la experiencia. En esa fidelidad a lo vivido radica el valor que pudiera tener.

Los protagonistas aquí son quienes sobreviven en esa sociedad paralela e invisible que es la sociedad marginal, personas que luego resultan un número en los informes oficiales. Cuando la prensa publica que unas 1.000 personas son acogidas anualmente en el albergue de transeúntes de Altsasu y alrededor de 1.500 personas utilizaron el centro municipal de acogida social de Vitoria-Gasteiz, en el primer semestre de 2004, no nos da más que números. Pero, ¿quiénes eran esos números, qué pensaban, qué sentían cuando comían y dormían en esos lugares y en otros, y cuando sabían que a la mañana siguiente les esperaban la calle y la incertidumbre? ¿Qué sentía al menos una sola de esas mil personas?

Para preservar la identidad de los vagabundos conocidos en estas circunstancias, he cambiado el nombre de los personajes de este libro y borrado pistas que pudieran facilitar su identificación inequívoca. No obstante, conocí el nombre y los dos apellidos de los transeúntes de quienes hablo y no resultó complicado averiguarlo: bastaba hacer cola a la entrada de los comedores o junto a las mesas de recepción de los albergues; los trabajadores cantaban el turno. En el albergue Elejabarri (Bilbao) hasta decían los nombres por megafonía, cuando llamaban a recepción. A menudo, los mismos vagabundos me facilitaron su identidad de una u otra manera.

Experiencia previa

A comienzos del año 2002, entré a trabajar en la sección de marginación social de la revista KALEGORRIA y me di cuenta de la dificultad que entrañaba acceder a informaciones de primera mano referentes a los vagabundos y otros marginales, y no tanto por la movilidad de éstos como por las trabas de todo tipo que se ponen desde las instituciones públicas y las organizaciones de caridad y apoyo.

Entrevistando a trabajadoras sociales y otros agentes, me apercibí de que sus declaraciones resultaban controladas y coherentes porque el suyo es un trabajo que otorga un sentido y una estructura a sus percepciones, dotándolas de un lenguaje teórico y técnico para describir sus prácticas. Pero este lenguaje se encuentra lejos de reflejar la experiencia desde el punto de vista de los marginados. Este punto de vista es tanto más difícil de conocer para los trabajadores sociales cuanto que los propios marginados lo falsean, apremiados por la necesidad.

Las declaraciones de los trabajadores sociales, entonces, son representativas únicamente de los parámetros que rigen su trabajo.

Por otra parte, presentarse ante los marginados en calidad de periodista no ayuda a conocer su realidad: pocos aceptan hacer declaraciones y a menudo ocultan los hechos, con la intención de evitarse problemas.

El sábado 2 de marzo de 2002, acudí a los locales de la Asociación Lagun Artean, en el barrio de Deusto (Bilbao), acompañado, entre otras personas, de Nkembo Manzambi, perteneciente a la Asociación Afrovasca. De voz de los propios marginados, confirmé las condiciones en las que pernocaban, apilados en el suelo, y de las que se da cuenta en el número 9 de la revista KALEGORRIA². Aunque esta situación era conocida en los ámbitos de la marginalidad bilbaína, e incluso se derivaba a gente hacia estos locales desde el albergue Elejabarri, Cruz Roja y CEAR, ninguno de los agentes sociales con los que me había entrevistado hasta ese momento me había hecho saber el detalle de que allí se dormía en el suelo.

Dos días después, me presenté a las cuatro de la tarde en estos mismos locales de la calle Julio Urquijo (travesía) con la intención de participar, en calidad de supuesto marginado, en el sorteo de plazas que se iba a celebrar. No llevaba ni diez minutos en el local cuando Enrique Ordiales, a la sazón presidente de la Asociación Lagun Artean, escoltado por un individuo con la nariz boxeada, me preguntó si yo era “el que había sacado unas fotos el sábado”. Como yo personalmente no había sacado ninguna foto, negué, y entonces me encararon con un muchacho bajito y pálido, muy joven, que no se atrevió a mirarme a los ojos: me había delatado y había dado a la dirección los nombres de los marginados con quienes yo había hablado aquel sábado. Visto el sesgo que tomaban las cosas, decidí irme.

Los ojos humillados del joven chivato –quien, sin duda, buscaba hacerse un hueco en la asociación y huir así de la calle– me enseñaron una

² Ver Apéndice II para leer el artículo.

sencilla lección: que quien está desposeído de todo se encuentra a merced de una serie de gentes, organismos y asociaciones que deciden su suerte. En este ambiente, un periodista es un tipo con una libreta de notas, con una cámara fotográfica, con una grabadora, es decir, un tipo que sólo puede traer problemas.

Seguí trabajando en temas de marginación durante meses, dándome de bruces con las puertas supuestamente abiertas, pero veladamente cerradas, de las administraciones, Organizaciones No Gubernamentales (ONGs) y otras hierbas que crecen en estos campos.

Para que se hagan una idea, contaré que me llevó más de tres meses conseguir una simple charla con una trabajadora del Departamento de Inmigración de Cruz Roja en Bilbao, en la calle Olavarrí, y lo conseguí finalmente valiéndome de un inmigrante que había trabajado con ella. Pero, ay, el día de la charla estaba presente, tutelando nuestra conversación, y no dispuesta a irse, la encargada de la oficina de prensa. Terminé convencido de que, por esa vía, sólo es posible conocer la verdad de quien defiende su sueldo o una subvención: la verdad del “un duro y quietos”.

Sólo obtuve la colaboración de algunas personas concienciadas, ninguna de las cuales cobraba por hacer lo que hacía, es decir, no tenían dinero que defender.

Resultaba impensable, dada la metodología de trabajo en la redacción, hacerme pasar por marginal durante una temporada.

Pasó el tiempo y en septiembre de 2003, encontrándome libre de toda ocupación y con algunas deudas que me hacían contemplar el sinhogarismo como algo peor que una hipótesis de trabajo, envié a Miatzen SARL una propuesta editorial que fue aceptada. Así pude conocer, de primera mano, el trato que las organizaciones de caridad y ayuda otorgan a sus usuarios.

CAPÍTULO 1

Detención

La mañana del 24 de diciembre de 2003, cuatro policías vestidos de calle me detuvieron en el parque de la Ciudadela, en Pamplona. Me habían seguido durante media hora. Me vieron dar varias vueltas por el interior de la estación de autobuses, sacar unos papeles de la mochila, entrar en una de las cabinas de teléfono de Conde Oliveto, hacer varias llamadas y tomar notas, salir, cruzar el aparcamiento frente a la Plaza La Paz, caminar por la Avenida del Ejército, entrar a la Ciudadela por la puerta principal, subir a uno de los baluartes, bajar, observar a una madre que paseaba su bebé en cochecito y dirigirme hacia la avenida de Pío XII.

Entonces me gritaron:

–¡Alto, Policía! ¡Identifíquese!

Tuve delante, en un segundo, a una mujer joven y alta, que llevaba un paraguas cerrado en la mano, y a dos hombres, uno moreno y atlético, otro bajito, contrahecho y delgado, abrigado con un plumi descolorido. A mi espalda, una voz masculina añadió:

–Saca las manos de los bolsillos.

La mujer y el contrahecho me quitaron la mochila y se la llevaron a un banco cercano. En el bolsillo exterior encontraron una navaja y los horarios de buses y trenes; en el bolso interior una manta piojosa y una toalla, varios pares de calcetines sucios, dos camisetas sucias y unos calzoncillos sucios, un gorro, guantes y un pantalón viejo, un paquete de pañuelos de papel, un

par de calcetines limpios y agujereados, y una lista de centros de acogida y albergues de transeúntes.

El policía que permanecía a mi espalda me palpó el costado derecho. Me volví. Era un tipo grueso, de abrigo oscuro y pelo muy blanco. Recordé el cuento que tenía previsto colocar en estos casos, lo adapté a las circunstancias y me tranquilicé relativamente.

El policía moreno me pidió el carné de identidad y se alejó unos pasos para hacer una llamada. Al volver frente a mí, me preguntó distintos datos que fue comprobando en mi DNI. Luego me preguntó qué estaba haciendo en Pamplona, cuándo y desde dónde había venido y adónde iba y, como le dije que estaba de visita en casa de un amigo, en Vitoria, y me había acercado aquí a pasar el día, me preguntó:

–¿Qué día es hoy?

–Pues... veinticuatro de diciembre...

Sonrió despectivamente. No se creía mi cuento.

Estuvieron diez minutos más preguntándome una cosa y otra, algunas varias veces, esperando que me contradijera. Intrigados por mis llamadas telefónicas, abandonaron las preguntas metafísicas (¿quién eres, de dónde vienes, adónde vas?). Querían nombres y me negué a darlos. El policía moreno dijo que “la Constitución” (textual) les concedía “ese derecho [el de preguntar a quiénes había llamado], si no preguntamos nada privado”. Seguimos en este plan un rato. El veterano, que seguía a mi espalda, empezó a perder la paciencia:

–¡Joder, dices que eran amigos y no sabes ni un nombre!

Afortunadamente, llamaron al móvil del policía moreno, supongo que para decirle que no estaba buscado. Me devolvieron la mochila. Justificaron

la identificación diciendo que mi descripción coincidía con la de un atracador. Eso sí que sonaba a cuento.

Protesté porque ellos no se habían identificado más que de viva voz. Riéndose, el policía moreno me mostró su acreditación: la abrió como en las películas. Sobre fondo cerúleo apareció su fotografía de juventud, y debajo las palabras “Inspector activo”; el número no me dio tiempo a leerlo: cerró la acreditación con un golpe de muñeca. Se alejaron caminando por la Avenida del Ejército.

Aspecto de pobre

Este incidente me hizo reflexionar acerca de la importancia de tener una apariencia discreta. Para realizar el trabajo de infiltración, yo había cambiado mi aspecto, dejando una larga y desaseada barba, circulando por las calles con el pelo grasiento, la ropa descolorida y mustia, la mochila raída, los zapatos gastados y el abrigo con viejas manchas.

Inmediatamente, observé que los viandantes aceleraban el paso en cuanto yo me acercaba; los repartidores de publicidad no estiraban hacia mí sus folletos; los empleados de seguridad me seguían por el interior de los supermercados y los centros comerciales; la gente evitaba sentarse a mi lado en los autobuses y nadie tenía prisa para subir a un ascensor conmigo, se quedaban abajo, rumiando algo entre dientes; en las ventanillas de bancos y oficinas me hacían esperar para ser atendido cuando ya era mi turno: les sobrevenía una tarea –una llamada u ordenar unos papeles– y yo comprobaba, cuando ya se dignaban a atenderme, que hasta para cambiar unas monedas o un billete pequeño en la ventanilla de un banco me preguntaban si era cliente de la entidad, poniendo trabas para asegurarse de que no volvería por allí a deslucir sus limpias salas.

En sitio alguno me sonreían. Lo normal eran el silencio hostil y las miradas de soslayo.

En contraste con esto, los vagabundos me paraban para preguntarme dónde quedaba un albergue de transeúntes o un comedor social, o la oficina de Cáritas, o la Cruz Roja, o simplemente para charlar.

Mi aspecto desaseado alejaba de mí a los trabajadores medios y atraía a los vagabundos. El problema es que también atraía a la Policía. Y es importante tener en cuenta que la actitud policial varía en función del estamento social al que se enfrenten, recrudesciéndose con los pobres. Por esta razón, yo evité declararme transeúnte durante la identificación.

Mis llamadas telefónicas, que tanto habían intrigado a los policías, eran intentos de pernoctar en albergues de Euskal Herria. El día anterior, había realizado varios contactos y encontrado plazas libres en varios albergues, pero preferí esperar. Las once de la mañana, sin embargo, resultó demasiado tarde para una fecha en la que hasta el más descastado de los vagabundos busca un plato caliente y un lugar donde no sentirse solo.

De hecho, aquella no fue la única ocasión en que no pude pernoctar en un albergue por falta de plazas libres. Me ocurrió lo mismo, en diferentes ocasiones, en Tolosa, en San Sebastián y en Bilbao. Lo primero que llama la atención al vagabundo recién estrenado es que el acceso a los llamados centros de acogida no es tan sencillo. La demanda excede a la oferta, así que me quedé en la calle y mi aspecto me convirtió en sospechoso a ojos de la Policía. A partir de aquel día, adopté una indumentaria más discreta.

CAPÍTULO 2

Tres invisibles

A las 11.30 de la mañana de un claro día festivo, subo la cuesta de San Bartolomé, en Donostia. Ante la verja cerrada del centro municipal de acogida social, coincido con un tipo alto, de rostro ovoideo y una papada fuera de lugar en un cuerpo más estrecho que delgado. Tiene el cabello castaño, con algunas canas primerizas. Con voz pausada, me pregunta si soy de San Sebastián. Respondo que soy asturiano.

–He oído que Asturias es muy bonita –dice–. Es la única parte del norte de España que no conozco.

Llamamos al timbre, pero nadie acude a abrir. El hombre tiene ganas de charla. Se llama Gabriel, dice, y es colombiano.

–A veces, me arrepiento de haber venido a Europa. En Bogotá tenía mi casa, no como acá, y extraño.

Cuando acude un empleado a abrirnos, le mostramos el vale y vamos a sentarnos en un banco, a la puerta de la consigna.

Gabriel me cuenta su historia: tiene pasaporte alemán, ha vivido en Barcelona, le gustaba la ciudad, pero la dejó porque le explotaban cruelmente en los restaurantes y estaba “aburrido de aguantar tanto argentino”. Vivió también en Santiago de Compostela.

–Muy lindo, conseguí trabajo por mediación de la Cruz Roja, limpiando en lo del chapapote, pero no con las manos, como eso que sale en la tele, sino con máquinas, un trabajo duro.

Por el verano, estuvo en Londres, donde quedó sin dinero y durmió en la calle por mes y medio, a la puerta de una iglesia cercana a la estación Victoria. Dice que los *bobbies* se sorprendían mucho porque él siempre andaba muy limpio, no como sus compañeros de manta y cartón.

–Los curas católicos de Londres ni lo miran a uno cuando va a pedirles ayuda –apunta.

Le digo que yo también he vivido en Londres y entonces me cuenta con detalle cómo se las arreglaba para lavarse todos los días, y para que otros *homeless* no le robasen; y cómo, todas las tardes, después de las seis, iba a las tiendas de sandwiches del centro a pedir los bocadillos sobrantes y, cuando se los negaban, esperaba a que sacaran la basura y removía los que conservaban el precinto.

Luego dice que ha pasado la mañana “en un centro diario de Cáritas, cerca de la Plaza de la Trinidad, tomando café y unas magdalenas, cerca del monte Urgull”. Lleva dos días en San Sebastián, pero ha localizado cuanto le importa en la ciudad. Me informa de que Cáritas tiene otro centro para necesitados en el Paseo de Salamanca, y otro para inmigrantes, camino de Intxaurreondo. Mañana deberá abandonar este centro de acogida, pero permanecerá en la ciudad.

–Estoy cansado de andar de acá para allá. Me gusta esta ciudad. Ya sé dónde quedan las cosas. Sólo quiero encontrar un lugar para ducharme y comer. No me importa dormir en la calle, esta ciudad no es peligrosa.

Hablamos hasta las 12:45, hora de comer. Entonces la gente abandona el patio y las salas de televisión y se amontona a la puerta del comedor. Debemos entrar de uno en uno, mostrando el vale a un hombre que anota cada número de cama en una lista que incluye el nombre completo y el número de habitación. Pasado el control, nos desparramamos por las mesas

del amplio comedor. Gabriel me presenta a Leandro y nos sentamos juntos a la mesa.

Leandro es un hombre de bonito pelo blanco, gafas, camisa a rayas, pulcro y afable, un perfecto invisible³. Gabriel también es invisible, sobre todo si no abre la boca, y lo tiene claro:

–Es mejor no decir de dónde es uno.

–¿Por qué? –pregunto, y Leandro responde:

–Los colombianos tienen mala fama.

Gabriel asiente con una triste sonrisa.

Antes del primer plato, alguien golpea el vidrio traslúcido de la puerta de entrada al comedor, alguien que ha llegado dos minutos tarde. Exactamente dos minutos tarde. Nadie se acerca a abrir. Me incorporo y uno de los empleados me llama la atención:

–Está cerrado. Ha llegado tarde y se queda fuera.

Aún así, me acerco a la puerta y giro el asa, pero han pasado la llave.

–¡Ya te dije que estaba cerrado! –grita el empleado–. ¡Siéntate a comer!

Vuelvo a mi sitio y Leandro me sonrío.

–Aquí son así, chaval.

Leandro es cántabro y lleva pocas semanas en la calle. Gabriel y él se hicieron amigos en el albergue de Santander. Mañana se quedarán juntos en las calles de Donostia.

Durante la comida, Leandro nos habla de su último trabajo: encargado de un bar–restaurante en la estación del Norte, en Oviedo, frente a la taquilla de FEVE⁴. En ese bar, dice, facturaban 5 millones de pesetas al mes, pero el

³ Entre los vagabundos se llama “invisibles” a aquellos cuya indumentaria no delata su miseria.

⁴ FEVE: Ferrocarriles Españoles de Vía Estrecha.

problema vino cuando la empresa decidió abrir otro bar en Gijón, en la calle Covadonga, y el proyecto no funcionó.

–Yo tenía que poner la cara ante los trabajadores y los distribuidores cuando no había dinero, y cubrir las pérdidas de un bar con las ganancias del otro; algo insostenible, hasta que renuncié.

Leandro tiene muy despoblada la boca. Algunas consonantes le silban y otras se empastan, pero no cuesta trabajo entenderle.

Cuando acabamos de comer, salimos del comedor, de uno en uno, por un dispositivo de hierros diseñado al modo de una jaula giratoria que rotara sólo en un sentido: en el que permite la salida. Una vez fuera, ya no puedes volver a entrar.

Está prohibido sacar comida, pero algunos hacen improvisados bocadillos con sobras del plato: una morcilla, una hamburguesa, un chorizo, y lo sacan de tapadillo.

Gabriel, Leandro y yo quedamos en el corredor. A Gabriel se le ha roto el cable del cargador del móvil e intenta arreglarlo chapucestamente.

Leandro me dice que su madre era del valle de Pas, en Cantabria, y le quedan parientes en varios pueblos de la zona:

–El pasiego es desconfiado por naturaleza, con todo el mundo, incluidos parientes, pero al mismo tiempo es hombre de palabra. Los pasiegos van a las ferias de ganado sin dinero y compran una vaca sin pagar en el momento, simplemente dando su palabra ante un testigo que es quien cierra el trato y les coge las manos.

Se queda pensando, y ríe:

–¿Sabes? Hace unos meses fui con mi tío Amable, que es pasiego y no sabe escribir, a un banco, a ayudarle a hacer una transferencia de cuatro millones de pesetas de un banco a otro, y, al parecer, sólo se podían

transferir dos millones al día, así que ordenamos al banco transferir dos un día y los otros dos al día siguiente. El tema es que, además, quedaría un sobrante de 300 euros en la primera cuenta y... ¿sabes por qué me reía? Me estaba imaginando a mi tío yendo cada media hora a actualizar la cartilla para ver si ya le habían ingresado el dinero... ¡No se fía de nadie, y menos si lleva corbata!

Me cuenta otras cosas del valle, como que allí los terrenos se miden por carros y no por hectáreas. Pasó mucho tiempo allí de niño y guarda buenos recuerdos.

–Los pasiegos son gente que, si se casan, amasan fortunas en dinero negro, pero solteros lo dilapidan todo. Cuando bajan del monte, pueden pasar tres días seguidos emborrachándose.

Le pregunto si conoce *La vida que te espera*, una película de Gutiérrez Aragón, ambientada en el valle de Pas.

–Sí, pero no he ido a verla. Antes tengo que solucionar otros problemas.

Se apoya en la barandilla del corredor:

–Nadie se preocupa de la gente como nosotros. Cuando ponen en la tele un programa sobre marginados, siempre sacan casos extremos, a los que están peor, alcohólicos que no pueden ni hablar, o analfabetos perdidos, pero la mayoría no somos así.

Y pone voz de borracho, fingiendo tambalearse:

–Tendremos que hacernos alcohólicos para recibir alguna ayuda, y cuidadito con desintoxicarnos del todo, no sea que nos la quiten.

Dice que los albergues y centros de acogida no te ayudan a salir de la calle.

–No se puede encontrar un empleo en tres días, y menos con los horarios tan estrictos que hay en estos sitios. Estamos condenados a vagabundear. Es lamentable, porque el único problema que tenemos Gabriel y yo es que no tenemos dinero ni casa, y sólo necesitaríamos un lugar donde anclar y buscar trabajo. Pero yendo de un lado a otro, así, recibiendo una patada cada tres días, no puedes romper el círculo: o sigues trotando o te quedas en la calle.

Leandro habla con una tranquilidad implacable, sin recurrir a insultos. Sabe que hay poco que hacer en su situación. Señala con el mentón a uno de los guardas del albergue, un gordito entrecano que está cruzando el patio en este momento.

–Estos son los que ponen cara de perro para que nadie se les suba a la barba, y nos dicen que no a casi todo. Nos tienen un poco de miedo. No saben tratar con nosotros. Pero los que dictan las normas, los que mandan de verdad, son otros, y a esos no los veremos porque no se van a sentar a hablar con nosotros.

Gabriel reniega porque no es capaz de arreglar el puñetero cable. Leandro se vuelve, sonriendo. Le hace gracia la inocencia demorada y triste del colombiano, y le dice “espera, hijo, déjame a mí”. Le arregla el cable en menos de cinco minutos.

Esta tarde festiva no hay nada que hacer y le propongo a Leandro jugar una partida de ping-pong. Pido las raquetas y una pelota en la caseta que hay a la derecha de la entrada y durante un rato jugamos, reímos, nos olvidamos del mundo. Algunos nos miran con curiosidad.

Cuando nos cansamos, devolvemos las raquetas y la pelota y nos sentamos en un banco, junto a Gabriel. Con él está Arango, con un periódico en la mano. Arango es un hombre de mediana edad, pelo negro y corto, un

invisible con gafas de montura dorada que se sentó a nuestra mesa durante la comida.

–Este sí que vive bien –dice Arango, señalando la foto del Príncipe Felipe–. ¡Y vaya novia que se ha echado!

Leandro replica que el día de la boda del Príncipe barrerán a los indigentes de las calles de Madrid:

–Los van a invitar a que se vayan o, mejor, directamente los van a llevar a albergues alejados donde les darán estancia por los días inmediatos a la boda y los tendrán encerrados, sin poder salir. Y nosotros, si andamos por allí, tan contentos: cama, comida caliente, televisión...

–Siempre habrá quien no se deje encerrar en los albergues –dice Arango.

–Sí, y con ése al calabozo. «Ay, que me parece que éste tan díscolo es el que robó un bolso», dirán. Y, cuando pase la boda, «ay, que no, que no era, vamos a soltarlo». Es lo que hay. Con nosotros hacen lo que quieren.

–Pero sería muy caro, hombre –insiste Arango–. Yo creo que simplemente rodearán la zona.

–Será caro, pero se pagará con dinero público. No van a arriesgarse a que un periodista extranjero saque imágenes de la miseria en Madrid durante la boda.

Leandro resultó optimista al pensar que las autoridades procurarían cobijo a los mendigos. Según noticia de prensa:

Hasta los mendigos han sido expulsados de sus casas, que son las calles. Era necesario ‘hacer limpieza’ de la ciudad [con motivo de la Boda Real] y, por lo visto, se está haciendo. Desde la Policía Municipal lo desmienten, pero los indigentes afirman que en los

*últimos días agentes de la Policía Nacional les han recomendado que ‘desaparezcan o se marchen’ de los alrededores de la Almudena. En todo caso, los bajos del Puente de Segovia hablan por sí solos. Las arcadas de la parte inferior del puente venían siendo el techo de decenas de vagabundos durante años. Pero este último mes, el suelo donde dormían se ha cubierto de pivotes metálicos clavados al pavimento con cemento*⁵.

Pasan las horas y entramos a cenar. Arango encuentra la tortilla un poco sosa y sin carácter, pero Gabriel no está de acuerdo. Dice que le encanta esta tortilla.

–Lo que le hace falta a esta tortilla es una buena ensalada –apunta Leandro–, una ensalada con lechuga castellana de oreja de burro, porque la lechuga asturiana, por ejemplo, no es buena para las ensaladas, porque no agarra bien el aceite ni la sal.

Y explica por qué los cultivos de huerta de secano son mejores que los de regadío, y luego habla de vinos. Conoce las cualidades de los mejores vinos, desde los más accesibles hasta los que cuestan 85.000 pesetas la botella, y las empresas y los empresarios a los que pertenecen las marcas.

Hablamos también de la morcilla que comimos a medio día y nos demoramos cantando las alabanzas de la morcilla burgalesa y de la asturiana, tan diferentes; y Leandro y Arango describieron sus platos favoritos, y yo me entretuve en describir el paladar único y la textura de *les casadielles* que hacía mi abuela, que no he vuelto a encontrar ni encontraré, y Gabriel se retorció los dedos al evocar el sabor de la fruta en Colombia...

⁵ “Sobrevivir en el centro de Madrid”, diario *El Mundo*, 19/ mayo/ 2004, firmada por Nuria Labari.

Hasta que llegó el momento de levantarnos de la mesa y Gabriel, incorporándose el último, dijo:

–Pero lo que más quisiera uno es estar en su casita, tener una cama, escuchar su música, esa tranquilidad.

Ya afuera, me susurró:

–No quiero pensar que mañana a la mañana estaré en la calle. Me he prometido no pensarlo, porque la última noche en cada albergue me entra angustia en el pecho y no puedo dormir.

Soledad del invisible

Una sirena atronadora nos despertó a las 7:15 de la mañana. Fui al baño y, al abrocharme de vuelta el cinturón, palpé un gargajo colgando de un extremo de la hebilla. Había otro escupitajo en la pared y dos más en el suelo. Me limpié la mano con papel higiénico.

Leandro se afeitaba cuidadosamente ante el espejo de los lavatorios. Parecía serio y concentrado. Crucé el patio hacia el comedor. Era noche en el cielo y hacía frío.

Después de desayunar el café con leche empalagosamente dulzón que sirven aquí –hecho con leche condensada, según Leandro–, Arango, Gabriel, Leandro y yo nos disponemos a abandonar el centro de acogida. Pasamos ante la caseta de las trabajadoras sociales, que está atestada de gente. Amanece.

–Ahora que toca irse, unos irán a reírles y otros a llorarles –dice Leandro.

Les pregunto qué piensan hacer. Gabriel responde:

–Nosotros nos quedamos en San Sebastián –se refiere a Leandro y a él–. Qué vamos a hacer de acá para allá. Ahora, por lo menos, conocemos la ciudad...

Gabriel y Leandro han dejado el equipaje en la consigna del centro de acogida. Deberán recogerlo antes de una semana o el centro lo entregará al ropero de Cáritas y se quedarán sin nada.

Un guarda bigotudo y malhumorado nos abre la verja y bajamos la cuesta de San Bartolomé. Al despedirnos, nos damos la mano y les deseo suerte, pero no me miran a la cara. Se alejan muy deprisa, por Easo. No saben adónde van, pero tienen miedo de llegar tarde.

Arango y yo caminamos juntos un trecho. Arango viste hoy un anorak azul oscuro con rayas reflectantes, lo que, unido a su seriedad, le hace parecer un policía municipal un poco aburrido. Es un conversador monocrorde, sin chispa. Me cuenta que, hasta hace unas semanas, vivía en Vitoria y trabajaba para Securitas con un contrato de 20 horas semanales, aunque en verdad le obligaban a trabajar muchas más de las 163 horas al mes que estipula el convenio, según me aclara. Harto de esta situación, renunció y denunció a la empresa. También denunció a los dueños del piso alquilado en que vivía, porque se negaban a hacerle un contrato, y no podía justificar el alquiler.

–Cuando fui a pedir ayuda a la asistente de barrio, me fue a tocar la más hija de puta. Me dijo: «¿Cómo, ha renunciado usted voluntariamente a su trabajo? Pues ya no hay ayuda».

Ahora, en espera de cobrar el dinero que, asegura, le debe Securitas, anda por los albergues, haciendo el carril⁶.

⁶ En la jerga al uso, se llama “carrilano” a quien vive vagando por la geografía peninsular de albergue de transeúntes en albergue de transeúntes, “haciendo el carril”.

–Pero lo mío es ser vigilante –y se pone serísimo al decirlo.

Todas las medidas de seguridad en los centros de acogida le parecen pocas:

–Aquí viene el peor de cada casa. La primera noche dormí mal porque tenía de compañero de habitación a un moro que se acostó vestido y le olían los pies, y no se duchaba.

No sabe si ir a Eibar, a ver si allí le pagan el plato del día y el billete a Bilbao. Quiere que vaya con él, pero yo tengo demasiados conocidos en Eibar y podrían desenmascararme si los cruzamos por la calle.

Nos separamos con un apretón de manos.

CAPÍTULO 3

El centro municipal de acogida social en San Bartolomé

El centro municipal de acogida social de San Sebastián estaba situado, al momento de realizar este reportaje, junto al cuartel de la Policía Nacional⁷ en el cerro de San Bartolomé. En cuanto doblabas por el Alto de San Bartolomé una cámara de vigilancia, situada en los muros del edificio policial, grababa tus movimientos.

En el centro de acogida mismo, los mecanismos de control interno eran muy estrictos. La verja de acceso permanecía cerrada a todas horas y era necesario que un guarda la abriera con llave, tanto para entrar como para salir del centro. Para entrar, los usuarios debían identificarse ante el guarda con el vale proporcionado por las trabajadoras sociales.

El acceso a las habitaciones estaba severamente restringido. A las 8:00 de la mañana los usuarios eran desalojados de las habitaciones y no podían volver a ellas hasta las 21:45. El equipaje era conveniente dejarlo en consigna, donde podías acceder a él a las horas en punto, entre 8 de la mañana y 10 de la noche. Si lo dejabas en la habitación, no te dejaban ir por él hasta la hora de acostarte.

Quien quisiera dormir la siesta había de adaptarse a las incómodas sillas de las salas de televisión, en dudoso equilibrio, a pura cabezada, o, si

⁷ Una sentencia del Tribunal Supremo, ratificando el fallo del Superior de Justicia del País Vasco, impidió el derribo del cerro de San Bartolomé y obligó a preservarlo, al considerar que formaban parte de la memoria histórica de la ciudad. Esto obligó al Ayuntamiento donostiarra a presentar un nuevo plan urbanístico para la zona, y dos edificios quedaron pendientes de la decisión de las autoridades: el centro de acogida municipal (un nuevo edificio para estos usos fue habilitado en Marrutxipi) y el cuartel de la Policía Nacional, pendiente de conversaciones con el Estado español.

hacía buen tiempo, tumbarse en los bancos de madera del patio, cuya desconchada pintura blanca se adhería a la ropa.

Para entrar a comer, había que agolparse frente a la puerta del comedor con puntualidad escrupulosa (a las 12:45 para comer; a las 20:15 para cenar; el desayuno era más flexible: entre 7:20 y 7:45), y entrar de uno en uno, mostrando el vale y dando tiempo al encargado de turno a que apuntase en la lista cada presencia.

Salir del comedor era más humillante que entrar, pues se hacía por una reja giratoria en sentido contrario a las agujas del reloj, lo que obligaba a salir de uno en uno y muy despacio, a pasitos cortos. Durante los segundos que duraba esta operación, se tenía la impresión de estar en el interior de una jaula.

En el patio, había un futbolín y una mesa de ping-pong. Para jugar, era necesario pedir pelotas y raquetas al guarda de la entrada. Para hacer uso de la lavadora, era necesario pedir las fichas al guarda. Para cambiar el canal de televisión, tanto en la sala de fumadores como en la de no fumadores, era obligatorio pedir permiso al guarda. Es decir, en un centro municipal de acogida social para personas mayores de 18 años, que no padecían enfermedades físicas ni psíquicas que requiriesen cuidados, que no se hallaban bajo el efecto de droga alguna (no dejaban entrar a nadie que diese el más mínimo síntoma en este sentido), personas adultas, responsables –al menos hasta que se demostrase lo contrario, en cuyo caso la expulsión era inmediata–, lo único que se podía hacer autónomamente era pensar. Para lo demás, había que pedir permiso al guarda o a las trabajadoras sociales.

La filosofía del centro se encontraba reflejada en tres lemas y un dibujo.

El dibujo, colgado a la entrada de la oficina de las trabajadoras sociales, representaba dos figuras, una a cada lado de una mesa: una figura femenina estilizada y sonriente que tenía ante sí el teclado de una máquina de escribir, representaba a la trabajadora social; otra figura, de corva espalda, cejas y boca tristes, cabeza gacha apoyada en la mano, codo en el borde de la mesa... representaba al usuario.

En la pared de la sala de no fumadores, colgaban tres lemas en blancos caracteres mayúsculos pintados sobre fondo azul. Rezaban lo siguiente:

TU FUTURO DEPENDE DE TUS ACTITUDES Y AMBICIONES.

CADA DÍA LA VIDA NOS SORPRENDE... CON MÁS VIDA.

SI SIEMBRAS SINCERA AMISTAD, BUENA COSECHA RECOGERÁS.

Bonita manera de culpabilizar al marginado de su situación: tu futuro depende de ti, de tus actitudes, ambiciones y capacidad para hacer amigos. El contexto socio-económico no se menciona. Esto dice mucho, no de los vagabundos, sino de los servicios sociales, de sus actitudes y de sus propósitos.

Por lo demás, las instalaciones estaban en buen estado y relativamente limpias, lo que se explica por la dificultad en acceder a ellas.

Otros centros, como el albergue de transeúntes de Altsasu, del que hablaremos a continuación, presentaban una degradación considerable.

CAPÍTULO 4

Una noche en Altsasu

A las 20:45 golpeé con los nudillos la puerta de madera del pequeño albergue de Altsasu. Abrió un hombre de pelo oscuro, vestido de chándal, que, con una mueca de fastidio, me hizo pasar a una sala. Me pidió el DNI y copió los datos desganadamente en un cuaderno de espiral.

Luego preguntó:

–¿De dónde vienes?

Ante este tipo de pregunta, no supe qué responder: ¿quería saber de qué albergue venía, o de qué otra localidad donde hubiese pasado la noche anterior, aunque fuese en la calle?

Respondí cualquier cosa.

–¿Para dónde quieres el billete? –y señaló con la barbilla unos papeles colgados en una contraventana de madera–. Hay para Vitoria, Pamplona o Zumárraga.

–Para Vitoria.

Me tendió un vale del Ayuntamiento de Altsasu para viajar en Renfe a Vitoria al día siguiente. Se incorporó y me alcanzó un juego de sábanas. Le pregunté por la cena.

–Sí, ya te la sirvo ahora. Puedes dormir en esa habitación –señaló una que tenía la puerta entreabierta y la luz encendida– o en la otra –y señaló la que había al fondo del pasillo.

Entré en la habitación que tenía la luz encendida. Había dos literas, en una de las cuales la cama superior estaba hecha; escogí la cama superior de

la otra litera. Ambas tenían un tope para evitar la caída del dormilón de turno. La estructura de las literas era metálica, con viejos somieres de muelles. El colchón, muy delgado, estaba cubierto por una sucia funda azul.

Ajusté la sábana bajera, que tenía uno de los elásticos roto y mal remendado, y un agujero por el que cabían dos dedos. Después, estiré la otra sábana, que resultó tan fina por usada que se transparentaba toda. Finalmente, coloqué la manta azulada que había sobre mi cama: una manta pequeña con manchas marrones y algunas costras reseca en varios lugares, y en la que había enredados vellos negros, cortos y rizados. Como hacía frío en el cuarto, cogí otra manta, una con mejor pinta, que había en otra cama.

Dejé la cazadora sobre mi mochila, arrimada a la pared. Fui a cenar a la sala. Me habían servido un plato de arroz tibio, tirando a frío, salado, animado con pálidos trozos de zanahoria de lata e insulsos guisantes nada frescos. Frente a mí, comía un carrilano y entre ambos había una jarra de plástico con agua. Empujábamos el arroz con un trozo de pan correoso y difícil de masticar. Nos habían servido también el segundo plato de la noche: cuatro salchichas de tamaño regular, regadas en una salsa desteñida, acuosa, que al menos sirvió para empapar y hacer masticable el pan. De postre había un cuenco de natillas, con muy mal aspecto, aunque resultaron lo menos malo de la cena. El carrilano acabó antes que yo y se metió en el cuarto. Su estómago, sin duda, estaba vacío y acostumbrado a los malos tratos.

En la cocina anexa a la sala, una mujer morena de pelo corto, con un plumero puesto, hablaba a media voz con el encargado. Sólo entraban a la sala a retirar un plato o echarme un vistazo.

Acabada la cena, pregunté a qué hora habríamos de levantarnos a la mañana siguiente.

—A las siete, pero ya os aviso yo —respondió el hombre.

Entonces fui al baño, a mear y a sacarme el dinero de la bota, tomar notas y guardarlo todo en un bolsillo cosido en el interior del calzoncillo, por presumir que, si me tocaban ahí durante el sueño, me despertaría, aunque nunca se sabe.

La ducha no invitaba a la higiene y tenía en el suelo, en funciones de alfombra, un sucio rectángulo de tela azul, al que le faltaba un cuadrado en el medio. Estaba situada junto a un cagadero de los antiguos, de los de cagar a pulso apuntando al agujero. La cadena del retrete era, en verdad, la verde cuerda de un tendal.

Las paredes y el techo estaban pintados de un blanco leproso, que no podía disimular las arrugas de la vieja pared. Del techo sobresalía una viga de hierro pintada de blanco. Toda la triste luz procedía de un armario espejado que se oxidaba sobre el lavabo. Escrito en rotulador negro se podía leer: *NO APAGAR LA LUZ* (sic). La puerta del baño tenía cierre y dos perchas carcomidas por la herrumbre, en la cara interior.

Volví al cuarto. El carrilano ya estaba en el sobre. Me recomendó que echase una manta más a mi cama porque hacía frío, y así lo hice. Luego me pidió que cerrara la puerta con pestillo.

—Así, si entra alguno, y no lo mandan a la otra habitación, tendrá que llamar y nos enteramos. Por si acaso, yo meto siempre el pantalón debajo de la almohada, porque ahora está todo lleno de rumanos y marroquíes que roban y nos están jodiendo... ¡Ya nos han jodido!

—Bueno, antes de que vinieran ellos, ya se robaba, ¿o no?

—Hombre, claro, sobre todo los yonquis. Ya me he tenido que pegar con varios. Una noche, en el albergue de Valladolid, me desperté y descubrí a uno hurgándome en el pantalón. ¿Y sabes qué me dijo? Que creía que el pantalón era suyo, que era sonámbulo y creía que mi pantalón era el suyo,

¡pero tenía sus propios pantalones puestos! Yo tenía ese día ochocientas pesetas en el pantalón.

Lo dijo como si ochocientas pesetas fuesen una fortuna, y sin duda lo son en sus circunstancias. Coloqué el pantalón bajo la almohada y él me observó muy satisfecho. Apagué la luz antes de subir a la litera.

–Otros lo que hacen a la noche es pedir tabaco –dijo el carrilano–, pero no para fumar. Lo que quieren, ya lo sé yo, es ver si estoy dormido, para robarme.

El dedo gordo del pie se me metió por el agujero de la sábana bajera. Lo saqué con cuidado de no desgarrarla más. Las sábanas estaban frías y decidí ponerme los calcetines.

El carrilano tenía ganas de hablar:

–En esta cama se está bien, es ancha, no como las de Pamplona, que no te puedes revolver de estrechas que son. Allí no se puede dormir con los ronquidos de la gente. Yo sé que el que ronca no tiene culpa, pero, mira, me podía quedar cinco noches, pero dormí una y me fui. Prefiero dormir en la calle que en muchos de los albergues que hay por ahí.

–Pues a mí, qué quieres que te diga, la calle me parece jodida.

–Hombre, claro, yo he tenido muchos problemas con skins, porque me querían pegar por dormir en estaciones, en Madrid y en Barcelona, y, mira, yo fui pastor y he andado a las pedradas con ellos, pero no puedo estar siempre así.

Se incorporó ligeramente en la cama, mirándose a través de la penumbra y dijo, ahuecando la voz:

–Voy a ir a Colombia a comprar una pistola. En el albergue de Zaragoza, conocí a uno que usaba documentación falsa y me dijo que había hecho diecinueve atracos a bancos y sólo le habían pillado en el último por

no llevar máscara. Tenía la cara destrozada de un tiro y de la paliza que le había dado la Policía.

Hablaba con gravedad.

–Salió en un permiso de la cárcel y no volvió. Decía que ya le pedía el cuerpo marcha, comprar una pistola y hacer unos bancos, decía. No le vi más, porque esa noche no fue a cenar, pero me dijo que en Colombia se puede conseguir una pistola por cien euros –y dio un brinco en la cama–: ¡Este año voy a hacer la vendimia y con el dinero me voy a Colombia a por una pistola!

Reía, apretando un simulado gatillo:

–Ya tengo ganas de vaciar el cargador con los skins. ¡Bang, bang!

Le dije que en los aeropuertos hay mucho control, que comprar armas en Colombia será fácil, pero traerlas es difícil, y le hablé de los detectores de metales, que hasta los cortaúñas te los quitan para subir al avión, y creo que le convencí, porque se quedó tumbado cuan largo era, mirando al techo, y su voz adquirió un timbre desolador.

Me contó que estaba cansado de las identificaciones policiales en la calle, en las estaciones de tren y de autobús, en los caminos, y me dijo que a él le habían parado todos los cuerpos policiales, hasta la Policía Foral.

–Pero los que más, la Guardia Civil. A veces, ya cuando los veo, me pongo el carné en la mano porque sé que, al cruzarnos, me lo van a pedir.

Y que siempre le preguntaban lo mismo: quién eres, de dónde vienes, adónde vas, qué haces aquí.

–Y siempre me lo hacen al verme con la mochila. Tengo escondido la mochila entre pueblo y pueblo, cruzarlos, y que no me digan nada. Y luego pasar con la mochila y que me pidan la documentación. No sé qué cojones tiene la mochila: la ven y me paran.

Le dije que a mí me pasaba lo mismo.

Me preguntó si pedía.

–No.

–Mejor –dijo, casi sin voz–, porque es una vergüenza. No es *pecao*, un *pecao* no es, pero es una vergüenza el pedir. Yo pido, pero qué voy a hacer.

Quedamos en silencio. Se oía el ruido metálico de los trenes nocturnos. Pronto escuché el ritmo lento y profundo de la respiración del carrilano. Nadie más entró a dormir en nuestro cuarto.

Fue una noche muy fría y dormí con la camiseta, el jersey y los calcetines puestos.

A las 7:00 de la mañana nos despertó el encargado. Entramos al baño por turno y deshicimos la cama. Dejamos las mantas sobre el colchón y llevamos a la sala las sábanas usadas y la funda de la almohada.

Sobre la mesa estaba el desayuno: un vaso de leche tibia. Ni azúcar, ni pan, ni nada: leche tibia. El carrilano terminó rápidamente su vaso y se incorporó sonriendo:

–Bueno, ya es hora de ir a mover la sangre por ahí.

Bebí mi vaso mientras leía los letreros colgados en las contraventanas de madera. Uno decía: *EN ESTE ALBERGUE SE PUEDE DORMIR UNA NOCHE CADA TRES MESES*. Otro: *PROHIBIDO FUMAR EN LAS HABITACIONES EXPULSIÓN INMINENTE* (sic). Probablemente, querían decir expulsión *inmediata*. Otro detallaba el horario de las primeras salidas a Vitoria, Pamplona y Zumárraga. Había otros dos carteles animados por el mismo espíritu de información y amenaza.

Por más que se quiera, no se puede alargar mucho un vaso de leche. Salí del albergue a las 7:20. Aún era de noche y había una niebla muy espesa.

Cuando llevaba caminados veinte metros, me adelantó un viejo Mercedes Benz, conducido por el encargado del albergue.

Nadie quiere pagar una cama a los pobres

El albergue de transeúntes de Altsasu se encuentra a las afueras del pueblo, en un pequeño y viejo edificio de una planta, anexo al inmenso y decadente convento de los Capuchinos, en la calle Félix Arano.

Este albergue de transeúntes fue motivo de conflicto entre el Gobierno navarro y el Ayuntamiento de la localidad.

Ya en abril de 2000, en una entrevista con Miguel Sanz, Presidente del Gobierno de Navarra, Camino Mendiluce, a la sazón alcaldesa de Altsasu, había pedido la cesión de al menos “dos viviendas al Ayuntamiento. En una de ellas proyectaríamos instalar un albergue de transeúntes en condiciones, que supla las deficiencias que tiene el actual”.⁸

A juicio del Consistorio, el Gobierno navarro hizo en 2001 “dejaición de sus funciones” por “dilatarse su respuesta formal a la petición municipal de que el ejecutivo” cediese “las viviendas de Camineros para situar el albergue”.⁹

El Ayuntamiento altsasuarrá consideraba excesivo el peso económico que le tocaba soportar en concepto de mantenimiento, que por aquellas fechas era de seis millones de pesetas anuales (algo más de 36.000 euros).

Tras cinco meses de cierre del albergue en 2001, por acuerdo de pleno por parte del Ayuntamiento, que decidió adoptar esta medida como presión contra el Gobierno navarro¹⁰, se reabrieron las instalaciones el 2 de enero de

⁸ Véase: <http://www.sindominio.net/fundamento/tema8/19992000/17-04-00.htm>.

⁹ *Diario de Noticias*, 20 de octubre de 2001.

¹⁰ *Resumen Diario de Prensa* de 24 de octubre de 2001 del Arzobispado de Pamplona.

2002 en los viejos locales cedidos por los Capuchinos, pese a las reconocidas deficiencias de estas instalaciones.

Durante los meses de cierre, los transeúntes no dispusieron de una noche a cubierto en un punto importante por ser cruce de caminos. Tras la reapertura, tampoco se gozaba de gran comodidad. Mientras el Gobierno navarro y el Ayuntamiento de Altsasu discutían, los pobres pasaban frío.

CAPÍTULO 5

Se equivocó el carrilano, se equivocaba

Vallina llegó a Bilbao pensando que el País Vasco era “otra cosa”, es decir, que a un hombre con una dolencia en la pierna, incapacitado para trabajar, necesitado de una operación, solo y sin medio alguno de subsistencia, no le dejarían tirado en la calle, como le había ocurrido en varias ciudades de España. Pero se equivocaba.

Nos conocimos en el albergue municipal de Elejabarri, aplastados entre el mogollón, esperando a que los empleados abrieran la puerta del comedor para hacernos pasar de uno en uno como corderitos. Vallina hablaba con un alemán a quien yo conocía de Pamplona, un tipo alto y desdentado, envejecido prematuramente, que hablaba un buen castellano con acento andaluz.

Pregunté al alemán qué tal había pasado la noche anterior en el hostel de la calle Bolívar cuyo dueño, al decir de muchos carrilanos, estaba loco. El alemán confirmó este punto:

–Te sigue hasta cuando vas al baño y mira por debajo de la puerta a ver si estás fumando. Es un loco, pero yo le tranquilizo y no le hago caso. Lo que pasa es que, como es tan pesado que te está persiguiendo todo el tiempo, hay gente que se enfada con él y lo manda a la mierda, y se van a la calle a dormir. Pero yo no me humillo ante esta gente, yo tengo mi dignidad. Yo no pido, pregunto. Si quieren dar, gracias; si no quieren, gracias también.

–Eso es fácil decirlo cuando andas bien de salud –replicó Vallina.

Vallina tiene un cráneo desmesurado, del tamaño de una calabaza en la cual las canas batallaran con la calvicie. Su rostro, acartonado por el viento y la intemperie, es asimétrico, y en el medio le ha nacido una nariz recta, delicada, asediada por dos ojos estrábicos, de los que resulta imposible adivinar el ojo vago, pues ambos se alternan en la observación minuciosa y desconfiada del interlocutor.

Nos sentamos juntos a cenar. Compartimos una ensalada mustia de lechuga, zanahoria y espárrago (más lechuga que otra cosa), un trozo misérrimo de hígado refrito con cuatro patatas descongeladas que nos rascan el gznate al tragarlas, y un yogur para clausurar la penitencia. No exagero si digo que, de cuanto servían en el comedor del albergue Elejabarri, el agua era lo menos malo y lo más abundante.

Hablamos y resulta que Vallina es asturiano, aunque hace ya dos años que no va por la tierrina: en ese tiempo estuvo trabajando en Canarias, y hace poco pasó a Córdoba, a la aceituna, pero tuvo que dejarlo por culpa de unos dolores en la pierna derecha, centrados en la nalga, la rodilla y el tobillo, que le dificultan caminar y sentarse cómodamente.

–Aguanté todo lo que pude porque necesitaba el dinero.

En Córdoba, vivía en una casa que les había proporcionado el patrón a los trabajadores. Allí convivió, entre otros, con una pareja de madrileños.

–Menuda parejita, todo el día dándole al calimocho. Tenían una niña en Madrid y, en Navidad, la trajeron al pueblo. Para traerla en taxi desde Córdoba capital al pueblo me pidieron 60 euros, pero sólo me devolvieron 20. Y eso que cobrábamos a la semana.

Aún así, Vallina le regaló una muñeca a la niña, en Nochebuena, “porque la pobre no tenía la culpa de tener esos padres”. Antes de Año Nuevo, los padres y la niña desaparecieron, debiéndole 40 € a Vallina y

dejando una habitación sucia de colillas, botellas vacías y compresas bajo la cama.

Pronto Vallina tuvo que abandonar el trabajo e irse, incapaz de soportar los dolores en la pierna. Tras peregrinar por varios albergues de Castilla, recaló en Bilbao.

–Pensaba que aquí me ayudarían, porque no tengo adónde ir y necesito operarme. No puedo trabajar. Me habían dicho que en el País Vasco los servicios sociales funcionaban bien, mejor que en otros sitios, pero me han dado una patada en el culo.

Tras la cena, sentados en una esquina de la sala de fumadores, aunque visibles para las cámaras de vigilancia que nos controlan, Vallina me enseña los papeles del Centro de Salud de Rekalde, que acreditan la veracidad de sus palabras en una nota fechada, manuscrita y firmada por el doctor Félix Ibáñez Pérez, y donde se le diagnostica una “ciática derecha de larga evolución”. Vallina le pidió al médico que redactara la nota para presentarla a la trabajadora social, y me muestra también otra hojita del mismo centro de salud, una cita para rayos X a la semana siguiente, y posterior consulta con el doctor Ibáñez. Vallina asegura que presentó estas hojas a las trabajadoras sociales en las entrevistas que tuvo, que fueron tres:

–La primera con una chica maja, antes de ir al médico, las otras dos con una hija de puta que me hacía preguntas de esas para sacarte de quicio, ya sabes, como por ejemplo “¿cuál es tu lugar de referencia?”, para que dijera Asturias y entonces decirme que me fuera para allá. El truco de siempre. Todo vale para que te largues, pero yo le dije que no tengo lugar de referencia, porque es la verdad, si lo tuviera no estaría aquí, aguantándola a ella.

Pero el error que cometió Vallina, a decir suyo, fue “cabrearme por sus evasivas, decirle que yo pago mis impuestos y tengo derecho a una atención cuando estoy enfermo, que en el albergue tienen a gente acogida con problemas menos graves que el mío. Me encabroné, sabes, y, la siguiente vez que fui, la tía estaba a la defensiva, y el de seguridad al otro lado de la puerta, pendiente. Pero yo no soy tan imbécil como para pegar a una de estas tías, se me cae el pelo, y ellas lo saben”.

La trabajadora social, para justificar su negativa a prolongarle la estadía más allá de los días reglamentarios, le decía, según Vallina: “Tienes que comprenderme, ponte en mi lugar, a mí me presionan. Lo tuyo, si hay que operar –y es que hay que operar, aclara Vallina– se puede alargar demasiado”.

–Pero yo digo para qué están, ¿no están para ayudar a la gente? –y chasquea la lengua con fastidio–. Lo que quieren es que circules. Esta tía me dijo que quienes se quedan más tiempo en el albergue son casos puntuales que se han estudiado en grupo y que lo mío también lo habían debatido en grupo. Pero no creo que debatieran nada. Como me encabroné, ya no me quieren aquí. Y eso que, la segunda vez que la vi, le pedí disculpas por haberme enfadado con ella. Pero ya no quieren saber nada. Esta gente no perdona.

Le pregunto el nombre de esa trabajadora social. No lo sabe. La indefensión del usuario ante las trabajadoras sociales es una constante. Quienes trabajan en los centros de acogida interrogan al usuario, hasta investigan por su cuenta, con la excusa de rellenar sus fichas y estudiar cada caso concreto, pero rara vez se identifican, y cuando lo hacen es únicamente con su nombre de pila. Como se leerá más adelante en este libro, hasta se niegan a dar su nombre completo cuando se lo piden. La estructura y el

funcionamiento de los servicios sociales facilitan el control sobre la población marginal y dificultan las posibilidades que ésta tiene de reclamar sus derechos y defenderse ante injusticias o arbitrariedades. El usuario está en situación de necesidad frente al trabajador social, en una relación vertical de dependencia.

–Ya no sé qué hacer, el domingo es mi última noche y no sé adónde ir –dice Vallina–. Con la pierna así, no puedo trabajar. Es como para ir a un periódico y denunciarlos, pero ¿adónde? Entonces sí que ya no me cogen en ninguna parte.

Cuenta que fue a ANESVAD, cerca “del museo ese”.

–¿El Guggenheim?

–Sí, ése... Fui a la calle Lersundi, a por unos anti-inflamatorios, que ahí te dan medicamentos gratis, y les conté mi caso, «mirad que no me acogen en el albergue y estoy así», y lo único que me propusieron fue que probara suerte el lunes en un sorteo para dormir en un local en Deusto, un sorteo cada quince días, y hay gente que me ha dicho que allí se duerme en unas colchonetas en el suelo¹¹. Esa no es solución.

Cerrando puertas, abriendo heridas

A la mañana siguiente, desayuno a la mesa con Pedro y Vallina. Pedro y Vallina conocen por el nombre a muchas monjas de los albergues de transeúntes de Oviedo y Gijón. Hablan de “una hermana” (en Cristo, se entiende) que, en Oviedo, a todo el que se iba del albergue lo llevaba aparte para darle dinero, hasta que la trasladaron a Gijón.

–Por el agujero que debía de haber en las arcas –ríe Pedro, que es un vagabundo barbudo y afable–. Era muy buena y generosa. Había colas para

¹¹ Se refiere a los locales de la Asociación Lagun Artean en la calle Julio Urquijo 7-9, Travesía, de Deusto.

entrar en el albergue de Oviedo cuando estaba ella. Pero en Gijón ya la tenían mucho más controlada.

Vallina asiente e insiste en que “esa gente no interesa a los albergues, ni interesan los trabajadores sociales que se preocupan por nosotros, porque entonces se ve que las ayudas son insuficientes. Los que interesan son los que escatiman las ayudas y hacen circular a la gente, los que se la sacuden de encima”.

Cuenta Pedro que hace cuatro años, por causa de una hernia, tuvo que operarse y pasó el invierno en la Residencia San Fermín de Cáritas, en Pamplona:

–Estaba allí como un señor, hasta engordé y todo.

Y le recomienda a Vallina que, ahora que tiene que abandonar Elejabarri con su problema en la pierna, se vaya a Pamplona, que allí “vas a estar como un señor; además, por tenerte allí en esa situación, Cáritas informa al Obispado y les dan dinero”. No he confirmado la veracidad de esta afirmación, pero así lo dijo este vagabundo, poniendo de relieve que no creía en la caridad, sino que pensaba que, si alguien le ayudaba, es porque hacía un negocio.

Vallina se abrazó a esta posibilidad con todas sus esperanzas. A partir de este momento, ya sólo pensará en llegar a Pamplona para pasar el invierno en la Residencia San Fermín, operarse, rehabilitarse y salir en verano al camino, a trabajar.

Tras el desayuno, Pedro se despide y yo acompaño a Vallina a San Mamés. Quiere informarse de los horarios y precios a Pamplona. Debe abandonar Elejabarri mañana por la mañana.

–No tengo familia –me dice–, estoy solo. Siempre ha sido así, nunca he sentido lo que es una familia. No sé qué hacer, tío, dónde ir.

Cojea al caminar y vamos muy despacio.

Me pregunta por mi familia. Le cuento una verdad muy bien mentida, es decir, hago el censo de los desencuentros y digo que mis amigos han emigrado –como es asturiano, no hace falta explicarle por qué.

En la oficina de información de la termibús, Vallina pide horarios y precios para Pamplona. Resulta que sale un autocar a las 7:30 de la mañana y otro a las 10:00, pero el billete cuesta más de 10 euros, y ese es casi todo el dinero que a Vallina le queda. Si no le aceptan en la Residencia, se quedará más tirado que una losa.

Le sugiero otras posibilidades para que se ahorre un pasaje tan caro: por ejemplo, ir en Euskotren a Durango y Eibar, o ir a Vitoria y trabajar tres días en el taller del centro de acogida municipal, para conseguir unas pelillas y, de ahí, partir a Pamplona. Pero Vallina se aferra a la Residencia San Fermín, es el clavo ardiendo al que se agarra, quiere creer en las palabras de Pedro y desea llegar allí lo antes posible, ser aceptado, descansar, recuperarse, alejarse por un tiempo del frío y la angustia de la calle.

Aún así, como yo insisto, me pide que me acerque a la ventanilla de información –le da corte ir dos veces– y pida horarios y precios a San Sebastián y Vitoria. Aunque los billetes son más baratos, no parece convencido.

–Vamos hasta Euskotren a por horarios a San Sebastián y Durango, venga, para que puedas pensarlo mejor –digo.

–Vamos, pero creo que voy a ir a Pamplona –se empecina, como si mi falta de fe en sus posibilidades allí le hiciera daño–. Con la pierna así, tendremos que ir despacio.

Y, al rato, ya fuera de la estación, pregunta casi con voz de niño:

–¿Y no hay trenes a Pamplona desde esa estación?

–No.

Caminamos por Autonomía. Le cuento que ayer a la tarde me tuvieron esperando en el albergue desde las cuatro hasta las seis menos cuarto para hablar con la trabajadora social y pedirle ropa interior, y, cuando por fin pude entrar al despacho, nada más sentarme, sin darme tiempo a abrir la boca, la chica me dijo:

–Bueno, antes de nada voy a hacerte unas preguntas.

Me preguntó el nombre completo, fecha y lugar de nacimiento, número del DNI y letra, domicilio, cuándo había tenido mi último trabajo, nivel de estudios; e iba rellenando un cuestionario con mis datos y circunstancias, preocupándose especialmente en saber si tenía familia y qué relaciones mantenía con ella.

–Yo es que vine a pedir ropa interior nada más –dije–. Los calzoncillos son para mí, no para mi familia.

La anécdota le hace gracia a Vallina y su rostro cicatrizado se alegra en la sonrisa. Hay veces en que sus ojos estrábicos adquieren un brillo juvenil, como agua limpia en un barrizal.

–¿Te dio un vale? –me pregunta.

–Sí, uno de 15 euros.

–Pues lo normal son los vales de 20 euros. Te ha robado cinco euros – y entonces se enfada de verdad, cierra los puños–. Es que no tienen ni puta idea de nada estas tías. Ellas venga a preguntar de tu vida, rellenar sus papeles, y como estudiaron y leyeron cuatro libros creen que saben mucho y que nosotros somos tontos, pero no tienen ni puta idea, ya tenemos el culo *pelao* de andar en la calle, ellas nunca han estado en la calle y no saben lo que es, pero como les digas esto, como te encabrones, te joden vivo, te hacen como a mí, no te ayudan, porque en el fondo les importa una mierda lo que

te pase. ¡Si yo fuera un violador, las ponía a cuatro patas encima de su puta mesa llena de papeles y les daba por el culo!

Se me escapa la risa y señalo un coche que tiene una ventanilla rota.

–Mira, seguro que lo han robado.

A Vallina se le pasa el enfado.

–Que se joda –dice con naturalidad.

Y vuelve al tema de las trabajadoras sociales:

–Yo he conocido alguna trabajadora social auténtica, no te creas, buena gente, pero la mayoría son unas gilipollas que van a cobrar el sueldo y a tí que te den por culo. Y es que al sistema no le interesa tener trabajadores que ayuden a la gente, tío, porque eso es dinero que pierde el gobierno. Ya ves lo que están haciendo conmigo. Les importa una mierda si tengo que operarme. Lo que quieren es que circule, que aguante, no gastar un duro. Pero yo digo que el dinero del gobierno es de todos, que pagamos impuestos hasta cuando compramos tabaco.

Y añade que en Madrid conoció, hace años, a una trabajadora social que le dijo que ella había pasado una semana viviendo en la calle antes de empezar a trabajar, para saber lo que era.

–Pero sabes qué te digo, que una mierda, que adónde iba a dormir, a ver, ahí en Madrid y siendo tía. Seguro que se iba a su casa. Y además es fácil, teniendo casa, hacerte el pobre una semanita, no te jode.

“Dímelo a mí, que ya me estoy volviendo majareta”, pensé.

A la altura de la Plaza San Francisco Javier, Vallina me pregunta adónde pienso ir yo cuando se me acaben los días en Elejabarri. Le digo que no sé, que tal vez a Vitoria o a Miranda de Ebro. Sonríe, dice que él estuvo hace tiempo en Miranda.

–¿Y qué tal está el albergue?

–No sé, yo estaba con un colega y ya el primer día encontramos curro y conseguimos que el jefe nos buscara pensión en un bar, con menú del día y todo.

Cuenta que el trabajo consistía en poner cables de fibra óptica, y que al jefe no le dijeron que eran carrilanos. En cuanto el jefe les consiguió una pensión, fueron al albergue a por las mochilas y ni siquiera durmieron allí. Cuando llevaban ya una semana trabajando, pidieron un adelanto y el jefe dijo que no daba adelantos nunca, pero que iba a hacer una excepción con ellos, y les pagó veinte mil pesetas. Y aquí Vallina ríe con cierta vergüenza:

–No me quiero ni acordar. Nos corrimos una juerga y luego cogimos las mochilas y nos piramos de la pensión sin pagar, debiendo el alojamiento y la comida de toda la semana, y eso que el tío del bar era un tío majo. Y tampoco fuimos más a currar, nos fuimos en el tren, colándonos...

Ahora dice que “fue una pijada”, que se arrepiente, porque “uno va cerrándose las puertas. Es gente que se portó bien y la cagué con ellos, que no se lo merecían. Pero lo peor es para ti, cuando haces estas cosas, porque ya no puedes volver, quiero decir, esas veinte mil pelas eran nuestras, las habíamos ganado trabajando, y al del bar puedes volver y pagarle lo que dejaste a deber y disculparte, pero ya no es lo mismo, ya la jodiste”.

En el puesto callejero de la Plaza Zabálburu, Vallina compra cuatro cigarrillos rubios, porque Vallina es de los que no se agachan a recoger colillas. Al encender el primer cigarrillo, Vallina mira los edificios que rodean la plaza y el cielo encapotado. Encuentra que esta ciudad es “muy triste, deprimente”.

Me cuenta que hace años estuvo una temporada larga trabajando en un pueblo de Mallorca, cerca de Palma, para un tal señor X.¹² –“un apellido mallorquín”, aclara–, poniendo el suelo y otras obras de interior en unos chalets adosados que había construido este empresario, “que me hizo una putada”. Fue que, finalizado el primer contrato de tres meses, el señor X. se negó a darle el finiquito de 130.000 pesetas y le coaccionó para que firmara otro contrato en condiciones desfavorables, bajo promesas que nunca cumplió. Vallina picó el anzuelo, pero lo peor vino después, cuando se hizo hombre de confianza de X., y éste recurría a él para todas las pequeñas obras, trabajos, chapuzas y menesteres que surgieran al paso, también en la propia casa del empresario, de criado –“de esclavo me tenía, el hijoputa”– 24 horas al día, como uno más de la familia. Y llegó a ser tal el grado de intimidad que, una vez, Vallina entró al baño y encontró allí al señor X. desnudo y encaramado sobre la taza del *water*, con los pies sobre la tapa, como una rana:

–Estaba cagando, el hijoputa, en pelota picada, con los huevos colgando, y me hablaba con naturalidad. Decía que en esa postura se libera mejor el vientre. Pero lo que me llamó la atención fue el pedazo calva que tenía, porque resulta que usaba peluquín, el tío, y yo hasta ese día no me había enterado.

Lo peor de trabajar en aquella casa era aguantar a la mujer de X. La mujer de X. era “una austriaca rubia, alta, estaba muy buena, pero completamente chiflada, chiflada de verdad, esquizofrénica, tío. Todavía me acuerdo de cuando me mandó limpiar los radiadores cinco veces seguidas porque nunca le parecía que quedaban bien. Y yo venga a fregar limpio sobre limpio, hasta que me hinchó los huevos y llamé por teléfono a X., y el

¹² Al leer esta historia, el lector comprenderá por qué omito el apellido.

hijoputa va y me dice que le siga la corriente, que ya sé cómo está ella, por lo de la esquizofrenia, que hasta estaba a tratamiento, aunque se tomaba las pastillas cuando le salía del coño, y así andaba, como una regadera, y este cabrón decía que le siguiera la corriente. ¡Si hubiera sabido cuántas veces su mujer me abrazaba desnuda, gritando que necesitaba cariño, pero que no era nada sexual! Y como yo la apretaba, porque ya te digo que estaba muy buena, pues la loca de mierda se me mosqueaba y ¿sabes entonces lo que me obligaba a hacer? Pues les tenía que hacer la cama a los perros, con sábanas y toda la pesca. Y, cuando me quejaba y le decía –aquí pone voz mansa Vallina–: «Pero señor X., que son perros, y su mujer quiere que les ponga sábanas», pues el tío me decía: «No le hagas caso», como si fuera tan fácil, y discutía con ella, pero como ella era de armas tomar y montaba unos cristos de la virgen, el tío acababa *acojonao* y, plegando alas, me decía: «Síguele la corriente». Así que ya ves: síguele la corriente, no le sigas la corriente, según soplara el viento. Pero había que estar allí, y yo venga a ponerles sábanas a los putos perros, que maldita la mierda para la que les servían. Pero me supe vengar, sí señor”. Y eleva el índice, muy satisfecho.

La venganza vino cuando X. quiso vaciar una casa que acababa de vender y donde había vivido tiempo atrás y, por supuesto, encargó a Vallina el trabajo sucio de vaciar los cajones, llenar y cargar maletas. En el cajón de un tocador, Vallina encontró gran cantidad de papel moneda y monedas extranjeras: holandesas, francesas, italianas, inglesas, alemanas etcétera, y lo que hizo fue guardar ese dinero en una bolsa de plástico y meter la bolsa en un bolso de mano cerrado, “porque abultaba demasiado para llevar todo eso encima mientras seguía trabajando y vaciando cajones, llenando maletas y tal”. Cuando hubo finalizado de recoger todo lo recogible, cerró las maletas

y las dispuso para subirlas a la furgoneta de X., dejando para el final, aparte, el bolso de mano donde había escondido el dinero.

–Esperé a que X. subiera a la furgoneta y arrancara el motor para decir: «Espere un momento, que me parece que se me ha quedado algo arriba», subir y, tranquilamente, esconder el dinero en la ropa y el cuerpo, y bajar luego con el bolso de mano. Y cuando llevé el dinero al banco a cambiarlo a pesetas, ¿sabes cuánto había? Millón trescientas mil pelias, macho. Imagínate la juerga que me corrí.

–¿Y el tío no se dio cuenta nunca?

–Qué coño se iba a dar cuenta. No sabía ni el dinero que llevaba encima. Estaba podrido, el hijoputa. Eso sí, si en la nómina te podía ratear veinte duros o quedarte a deber, lo hacía, descuida. Los ricos son ricos por algo –filosofa–, les gusta ganar dinero, pero una vez lo han ganado, ya no se preocupan tanto. Sólo miran lo que te pueden sacar, no lo que tienen en casa.

Y dice que con ese dinero se dio el piro y sólo un tiempo después llamó de vuelta a X. para decirle “que contara conmigo para la temporada, por cumplir, ¿y sabes qué me dijo el tío? Pues resulta que la mujer había matado al hijo recién nacido, para salvarlo del mundo o no sé qué hostias. Me lo contó el propio señor X. por teléfono. Yo me quedé frío”.

–Los ricos también lloran...

–Llorarán todo lo que quieras, pero, ¿sabes?, de lo que más me acuerdo es de esa imagen del tío sin peluquín, en bolas, con aquella calvorota, sentado como una rana sobre la taza del *water* –y ríe–. ¡Qué cosas le ocurren a uno!

Al pasar por la Plaza Corazón de María, Vallina me dice que la trabajadora social del albergue le había dado aquella dirección de Cáritas para que fuera a contarles a ellos su problema.

–Para pelotearme de acá para allá, que eso se les da muy bien.

Llegamos a Atxuri. Pido horarios de Euskotren, me dan uno con todas las líneas, pero como no hay a Pamplona, Vallina no muestra interés.

Volvemos al albergue Elejabarri y, en Autonomía, Vallina se acuerda de que tiene un cupón de la ONCE¹³ en el bolsillo. Lleva cuatro semanas seguidas cobrando el reintegro y quiere ver si es millonario de una vez.

–La suerte también puede sonreír a los pobres –dice.

Buscamos una caseta de la ONCE y le pregunto qué haría si le tocaran 50 millones. No tiene ni pizca de imaginación para lo que haría en ese caso: “Un piso”, dice. No habla de viajes ni casitas en el monte, granjas ni coches; sólo un piso para vivir.

Encontramos una caseta de la ONCE y entonces Vallina comprueba que seguirá siendo pobre. Esta vez ni siquiera le reintegran su pobreza, así que rompe el billete y lo tira a la papelera.

–La suerte puede sonreír a los pobres –me río–, pero a esa sonrisa suelen faltarle dientes.

De vuelta al albergue, cuando estamos en la calle Gordoniz esquina con Elexabarri, nos cruzamos con Javier Madrazo, el consejero de Vivienda del Gobierno vasco. Parece que no lleva escolta, y sujeta una carpeta en la mano izquierda. Lo señalo y le digo a Vallina:

–¿Sabes quién es ese? Es Javier Madrazo, el consejero de Vivienda y Asuntos Sociales del Gobierno vasco.

–¿Quién?

Y se lo señalo, de espaldas ya a nosotros, entre la gente.

–Vamos a hablar con él –dice Vallina–, a explicarle mi caso, a ver si hace algo.

¹³ ONCE: Organización Nacional de Ciegos Españoles.

Intento alcanzar a Madrazo, pero al doblar la esquina me doy cuenta de que le hemos perdido, no está por ninguna parte; probablemente se haya metido en el portal nº 1, que está cerrado. No hemos tenido suerte. La geometría de las ciudades también juega contra los pobres¹⁴.

La otra cara de la misma moneda

A la noche, tras la cena, Vallina y yo salimos a dar un paseo. En la puerta, se nos une Jimmy, un saharauí de 28 años a quien conocí hace un par de días en la sala de fumadores del albergue. Yo estaba sentado junto al gitano Abraham, quien liaba su porro de espaldas a la cámara de vigilancia. Este saharauí delgado, de tez dorada y facciones casi orientales, se acercó y le pidió tabaco al gitano Abraham.

–¿Por qué pides?

–Yo pobre, yo no tiene tabaco.

–¿No sabes robar?

–No.

–Pues si no sabes robar, no sabes nada.

–Yo no roba, yo pide.

–¡Pues yo no pido! Yo, cuando quiero algo, lo robo. ¿Para qué lo voy a pedir, para que no me lo den? –y le miró con socarronería–. ¿Cómo te llamas?

–Jimmy –dijo el muchacho.

–¿Cómo Jimmy? ¿Desde cuándo los moros os llamáis Jimmy? ¡Tú te llamas Mojamé!

–No, Jimmy, Jaime, me llamo.

–¡Mojamé, te llamas tú, que a mí no me la das!

¹⁴ Ver, en Apéndice V, la política de ingeniería social que afecta al barrio de San Francisco, en Bilbao.

–Bueno, es igual. ¿Me das cigarro?

Abraham tomó un pellizco de su bolsa de tabaco y se lo dio.

–No, no, yo no sabe liar. Lía tú.

–¿Cómo, que te lía yo el pitillo? ¡Venga ya, chaval! –y le quitó de la palma de la mano el pellizco que le acababa de dar.

Vallina, Jimmy y yo subimos al puente que une Camino Villabaso con Urkiola por las escaleras donde está sentado, como cada día, como cada noche, un negro alto y joven, de rastas cortas y sucias, alcohólico, que nos mira con ojos enrojecidos y se aparta un poco, para que pasemos. Vemos su mochila rota y abierta, sus ropas miserables, y respiramos el olor a meado que le envuelve. Nunca ha querido hablar conmigo, sólo responde con monosílabos. No duerme en el albergue. Lleva muchos meses así.

Llegamos hasta la plaza General Latorre. Vallina mira a Jimmy con la desconfianza con la que los carrilanos miran a “los moros”. Quiere saber por qué Jimmy está en el albergue desde hace mes y medio.

Jimmy cuenta que, antes, vivía en una habitación en un piso compartido, en Deusto, y cobraba la renta básica, pero un día llegó a su casa “la jefa de trabajadoras sociales y dijo: «Prepara maleta, nos vamos». «¿Adónde?» «A otro piso, piso para ti solo». Y él hizo la mochila y la acompañó. Pero no fueron a un piso sino al albergue municipal de Elejabarri, donde dejó la mochila. Como aquello le extrañaba, empezó a quejarse y le dijeron: “Vamos a médico”. “Pero ¿por qué?”, preguntó él. “Para nosotros ver que tú estás bien”. Y fueron al hospital de Basurto, donde estuvo internado 15 días, pasados los cuales le dieron unos papeles a firmar, de los que no le entregaron copia alguna, y le dijeron que “eran para piso”, y él no los leyó, los firmó sin leerlos. Del hospital de Basurto le llevaron de vuelta al albergue. Dice que en Basurto había estado “en psiquiatra”, y ahora cada

vez que protesta o se enfada con los trabajadores del albergue, le amenazan con llevarle de vuelta.

–Dicen: «Tú loco, ¿quieres ir a hospital?» –dice que le amenazan así–. Pero yo no loco, psiquiatra no dio medicinas a mí, yo sano.

Cree que, si estuviera loco, tendría medicación, pero desde que salió del hospital no le han mandado tomar medicamentos.

–Yo nunca depresión, yo no suicidio, yo sano, siempre bien yo.

Dice que ha vivido cinco años en Francia, y que domina el francés y el inglés mejor que el castellano, porque lleva toda la vida de refugiado –“yo no conoce mi país”–; pero cuando discute con las trabajadoras sociales, aunque según él hay entre ellas una que habla francés y otra inglés, con él se niegan a hablar otra cosa que no sea castellano, sin duda para tener ventaja porque él no domina el idioma.

Dice que un día fueron al banco y le abrieron una cuenta corriente con un millón de pesetas, pero no le dejan usarlo, que es “para pagar piso”, y para tocar ese dinero tiene que pedir permiso a la trabajadora social, que no se lo da.

Desde que está en el albergue viviendo, Jimmy ya no cobra “ayuda” (renta básica) y, cuando se queja, la trabajadora social le dice que no cobra la renta básica porque está en el albergue y tiene de todo, que no necesita nada¹⁵. “Pero yo necesita cortar uñas, cortar pelo, tabaco, tomar café, todo”, y que ellas le dicen que pida en la calle o a los compañeros, si necesita

¹⁵ Dos días antes de esta charla, coincidí en la sala de no fumadores con un viejecillo desnutrido y encorvado, de pelo sucio, pegoteado, piel apergaminada, expresión triste y ojerosa, fuertemente medicado, que se quejaba de que esa misma mañana había ido al banco “con la chica –se entiende que se refiere a una trabajadora social, de hecho yo había coincidido con ellos en el semáforo para cruzar de Alameda San Mamés a Autonomía– a sacar mi dinero y no me han *dao* un duro”. Una gorda rubia, que estaba sentada tras él, dijo: “Pero eso tienes que decírselo a ella, no a nosotros”. “Pero si ya se lo he dicho, pero es que creen que uno es tonto. ¿Qué es esto, una cárcel?” Me senté a su lado, pero el viejo estaba demasiado medicado como para entrar en detalles.

dinero. Y es por eso que no tiene un duro y está todo el día pegando sablazos y gorroneando cigarros –a estas alturas de la conversación ya le ha gorroneado dos a Vallina, que le advierte: “Te los voy a cobrar”, pero se los da gratis, y Jimmy se disculpa –“yo no tiene dinero”–, mientras se ríe.

Jimmy se declara harto de vivir en el albergue:

–Yo quiere casa, habitación mía. Yo quiere familia, tener hijos. Hace catorce años que yo no ve familia, no tiene cariño. Yo necesito cariño de mujer, aquí nada, todo día en la calle, mirando gente pasar. Yo no tiene dinero, no tiene nada, yo quiere trabajar.

Jimmy llama por el nombre de pila a las trabajadoras sociales del albergue. Dice que hay dos llamadas Ana, “una buena, habla a mí siempre bien, siempre palabra de cariño, tú sabes, siempre paciencia, todo se arreglará”. Pero la “otra Ana”, así como “Yolanda y Maite son malas”, y lo dice torciendo el gesto.

Cuenta que un día vio a trabajadores del albergue comiendo en un bar y que oyó a uno de ellos decir: “Mira al cabrón ese” señalándole a él (a Jimmy).

–Yo sentir dolor aquí, corazón doler. ¿Por qué, por qué él llamar cabrón a mí?¹⁶

La partida

A la mañana siguiente, a las 9:30, me acerco a la termibús de San Mamés y encuentro a Vallina esperando el autobús a Pamplona, sentado, fumando un cigarrillo. La de hoy es una mañana nublada como la de ayer, pero más oscura. Me siento a su lado.

–Tu amigo acaba de irse –me dice.

¹⁶ Para una reflexión en torno a este tipo de casos, leer Capítulo 6: “Los traslados”.

–¿Qué amigo?

–El moro. Es buen chaval, con poca experiencia de la vida, porque a mí eso del millón no me lo hacen. Yo con un millón no necesito a nadie, ni trabajadoras sociales ni nadie, se me acaban los problemas. Pero él parece buena gente, aunque no paraba de pedirme cigarros, el cabrón. Si tuviera dinero, le compraba una cajetilla, pero –me muestra el billete a Pamplona– me quedé sin un duro.

Tiene toda la esperanza puesta en la Residencia San Fermín. Me da miedo que le pateen de allí también, porque no tendrá un duro. Para que le acepten, le recomiendo que no sea sincero desde el principio, como hizo en Bilbao, porque entonces sospecharán que se les apalanca y lo botarán:

–Escúchame, primero haz que te admitan como un transeúnte más. Ya habrás metido un pie. Entonces vete al médico, que te haga un papel de lo que tienes y las pruebas que te tienen que hacer, como hiciste aquí. Con eso, y sin decir que probablemente hará falta operar, hablas con ellos y les pides que te acojan hasta que te hagan las pruebas, no más. Si tragan –y pueden tragar porque al alemán lo tuvieron tres semanas por un problema en la rodilla–, ya habrás metido el otro pie. Y cuando te hagan las pruebas, según el resultado, que te tengan hasta que te operes, y como ya se habrán acostumbrado a ti, pues tal vez no te hagan demasiado problema y esperen a que te rehabilites...

Pero él es partidario de decir la verdad desde el principio. “Yo voy a ir con la verdad por delante”, dice. Le recuerdo que tiene mucho que perder.

Nos despedimos a las 9:55 porque va a salir su autocar. Me muestra su mochila, muy orgulloso. “Fíjate”, dice, “puede quedarse en pie y tiene ruedas, por eso la compré”. Es casi un niño cuando dice esto.

Nos damos la mano. Aprieta con fuerza y dice: “Adiós, paisano”. Sube al bus, camina torpemente entre las filas y se sienta junto a una chica que se desplaza en el asiento, hacia el vidrio, cruzada de brazos, como con asco de él.

El coche de línea arranca.

Desconozco la suerte de Vallina. Cuando fui a Pamplona, ya nadie sabía de él.

CAPÍTULO 6¹⁷

Derivar, perpetuar, someter

“Derivar” es el verbo característico del trabajo social. Es una forma de burocracia al estilo de acción–embudo. Mientras son enviados de un sitio para otro, con el consiguiente retraso en la atención al caso –o intervención en la situación social concreta–, muchos usuarios desisten en intentar solucionar su problema.

“Derivar” es un método muy efectivo a la hora de reducir considerablemente la demanda, con la intención de equilibrar ésta con la oferta, que siempre es menor.

Un dato a tener en cuenta, al respecto de la aplicación y estructuración de los servicios sociales (SS.SS), es que todo usuario que abandona un proceso ya iniciado, a mitad de camino, corre el riesgo de tener que volver a comenzar desde el principio.

En algunas áreas de los SS.SS, como las encargadas de drogodependencias, por ejemplo, así como en proyectos concretos, este hábito está estipulado oficialmente. En otras áreas, queda a criterio del trabajador social, quien “valora mediante informe” si retomar el proceso en el punto abandonado o no.

Paralelamente, las subvenciones están desglosadas hasta el punto de que, si el usuario tiene una especificidad en su situación que no se recoge en

¹⁷ Los contenidos de este capítulo son conclusiones, extraídas por el autor, de teorizaciones de M. Foucault y L. Wacquant, así como de varias charlas con una educadora social de Vizcaya y una ex trabajadora social de las islas Canarias.

el proyecto de intervención subvencionado que se está ejecutando, se deriva el caso a otro lugar donde se pueda intervenir.

Lo curioso es que se forma a los trabajadores sociales para analizar globalmente las circunstancias de cada usuario, ya que se considera que no hay ningún problema que se dé aisladamente y, en la mayoría de los casos, la situación o circunstancia concreta que acaba llevando al usuario a los servicios sociales no es el problema principal.

No obstante, no siempre se elaboran proyectos de intervención globales, por lo que rara vez se resuelve la situación a la primera.

Por otro lado, se adoctrina al trabajador social en la filosofía de evitar cualquier relación de dependencia del usuario con los servicios. Esto, aunque se fomenta “por el bien del usuario”, no es otra cosa que una forma más de prevenir gastos. Si se evitan los procesos largos, se disminuyen las cuantías destinadas a los mismos.

La paradoja es que existe un proceso largo si la intervención es inadecuada. Cuando la labor del trabajador social es eficaz, la situación que ha dado lugar a la intervención desaparece; si la situación desaparece, no es necesario un programa de intervención; y, si esto no es necesario, entonces ya no hace falta el profesional. Para un trabajador social hacer bien su trabajo puede significar el desempleo. Perpetuar las situaciones que le dan trabajo, por el contrario, contribuye a mantener su puesto. Y este es el sentido en el que los trabajadores sociales “alimentan la pobreza”: la necesitan para mantener su puesto de trabajo.

En esto juegan un papel fundamental los datos que se manejan para la elaboración de informes y la justificación, por medio de estadísticas, de las posibles subvenciones (informe de gastos).

Son datos fácilmente manipulables. Difícilmente se pueden cotejar las estadísticas manejadas por los trabajadores sociales con la realidad, puesto que la autoridad concesionaria de las subvenciones no controla diariamente los registros de entrada, aceptando, en éste y otros aspectos, la credibilidad del profesional.

Es esta misma credibilidad la que puede ser utilizada por los trabajadores sociales para alegar, teniendo los datos adecuados de los usuarios o indigentes, que el albergue se encontraba “completo al día de la fecha”, por ejemplo, aún cuando no fuera así. Esto, además de conveniente para captar subvenciones, puede resultar útil para denegar cobijo a usuarios considerados conflictivos, ya que los trabajadores sociales no sólo guardan observaciones acerca de los usuarios que les causan problemas, sino que se avisan unos a otros, de modo que el cambio de provincia no garantiza al usuario una nueva oportunidad.

El usuario no puede esperar grandes dosis de comprensión por parte de los trabajadores sociales, no sólo porque sus intereses son antitéticos, sino también porque, para el trabajador social, la realidad social es aquella que llega a las unidades de trabajo social, fundamentalmente. Lo que sucede en la calle, la realidad, no está a su alcance porque, para conocerla, es necesario salir a la calle, y los trabajadores sociales dedican la mayor parte de su tiempo a los aspectos burocráticos de su labor.

Esto explica que apareciesen las figuras del animador sociocultural, primero, y la del educador social, después, para cubrir esas “facetas callejeras”, por así decir, que eran parte del trabajo social, pero no estaban cubiertas por los trabajadores.

Los animadores y los educadores sociales se encargan de llevar a cabo los proyectos de intervención social planificados por las trabajadoras

sociales, que, curiosamente, desconocen esa realidad sobre la que deben intervenir. Esto hace que esos proyectos de intervención se consagren, básicamente, a justificar el dinero de las subvenciones. Y, por eso, en las partidas presupuestarias, un mínimo porcentaje va destinado a la reinserción social. Las acciones paliativas –básicamente, la caridad– son las que priman. Por supuesto, la reina es la cantidad destinada a pagar los sueldos de los incontables profesionales que viven del sistema.

Los traslados

En su afán por reducir el número de Ayudas Económicas Básicas (AEBAs), los servicios sociales pueden considerar conveniente el traslado de un perceptor desde su vivienda particular a un albergue o residencia.

El ingreso hospitalario, previo al ingreso en el albergue, se utiliza para justificar que el usuario necesita una atención más personalizada por causa de enfermedad física o psicológica. Los papeles a firmar, pueden ser para otorgar poderes a los trabajadores sociales y facilitar que controlen el dinero, por medio, por ejemplo, de una cuenta bancaria con dos firmas.

También se puede utilizar el ingreso hospitalario para dictaminar, por medio de un psiquiatra o psicólogo, la incapacidad del perceptor de AEBA sobre el que se interviene. El trabajador social quedaría, consecuentemente, encargado de la gestión de la cuenta.

Si el reconocimiento médico dictaminase que el individuo está sano, eso no mejoraría las cosas para el perceptor, ya que entonces se le declararía apto para desempeñar una actividad laboral, y quedaría, de ese modo, a merced de la decisión subjetiva del trabajador social. Si el perceptor no se aviniese a lo que los SS.SS le propongan, se le podría etiquetar como

parásito social, resistente, no colaborador, y se le retirarían la AEBA y la posibilidad de residir en el albergue, quedando sin recursos para sostenerse.

El objetivo de todo este proceso es que la parte económica quede al cargo de los servicios sociales. Una vez el control del dinero pasa a manos de los trabajadores sociales, se establecen una serie de gastos, reales o no, que se pagarán con el dinero de esa cuenta. En el último lugar de esa serie de gastos –y, a veces, ni ahí–, se sitúan las necesidades del sujeto.

Su dinero, de este modo, deja de ser suyo, y se fomenta que mendigue para poder cubrir sus necesidades. Cínico, si consideramos que la condición de carestía fue la que obligó al usuario a solicitar la ayuda económica en primera instancia.

Echar una mano al cuello

Los departamentos de acción social están organizados de tal manera que, cuando se trata de otorgar ayudas económicas a individuos desfavorecidos, tengan que ser los interesados quienes se dirijan, armados de ansiedad y de ignorancia, a la oficina de los trabajadores sociales. Dadas las circunstancias, tendrán que someterse a minuciosos interrogatorios, aportar pruebas documentales que respalden sus declaraciones, soportar con paciencia las esperas y la demora en los trámites, y sortear todos los obstáculos que les pongan, con la ley en la mano, en su camino hacia la subsistencia.

Pero el procedimiento es completamente distinto en las áreas donde Acción Social se juega su papel de interventor y controlador social.

Son los centros de salud, los centros educativos, los médicos, Cáritas o los mismos vecinos quienes suelen ponerse en contacto con el técnico sociocomunitario u otro trabajador del área, avisando de que una determinada persona o personas están “necesitadas” de atención.

Tras recibir el chivatazo, un coordinador comienza la investigación sobre la persona potencialmente necesitada del servicio, para asegurarse de que pueda ser objeto del mismo, conocer las circunstancias de su vida y establecer la mejor forma de abordarle.

Ni que decir tiene que la investigación está penetrada de métodos de observación, catalogación y examen, y se puede recurrir a la Policía y los juzgados para estudiar los antecedentes delictivos del individuo o la familia investigada. Los cuerpos represivos y los servicios sociales colaboran estrechamente en la vigilancia de las poblaciones consideradas difíciles, dando lugar a lo que el investigador Loïc Wacquant llama “panoptismo social”.

El ciudadano, denunciado por sus vecinos o instituciones¹⁸ ante los servicios sociales, será investigado en sus relaciones familiares (se elabora un genograma con nombre e informaciones acerca de los familiares más cercanos al individuo); en sus relaciones sociales, de ocio y tiempo libre (para medir el grado de integración); en su área personal (historia personal, relaciones consigo mismo, perfil psicológico, diagnóstico) y en el área económica (estableciendo su situación laboral o situación escolar, si es menor).

Esto es, se le somete a un proceso antes mismo de abordarle, es decir, antes de que tenga conciencia de ello, para asegurar, en lo posible, también el éxito del abordaje mismo. A la persona denunciada ante los servicios

¹⁸ “[...] el poder político se ejerce también por mediación de un determinado número de instituciones que aparentemente no tienen nada en común con él, que aparecen como independientes cuando en realidad no lo son. Esto se podría aplicar a la familia, a la universidad y, en términos generales, al conjunto del sistema escolar que, en apariencia, está hecho para distribuir el saber y en realidad para mantener en el poder a una determinada clase social y excluir de los instrumentos de poder a cualquier otra clase social. Las instituciones de saber, de previsión y de asistencia, tales como la medicina, ayudan también a mantener el poder político”. (Michel Foucault, *Human Nature: Justice versus Power*, debate televisivo, noviembre de 1971.)

sociales e investigada por estos le quedarán pocas posibilidades de eludir la intervención: en el caso de padres de familia pueden llegar a perder la custodia de sus hijos si Diputación, asesorada por los servicios sociales del área, decide que la situación de los niños es “grave”.

Sin necesidad de llegar a estos extremos, bastará con condicionar la percepción de la ayuda social económica a la intervención para que al individuo no le quede otra que consentir. Con la sombra de males mayores planeando sobre la vida del beneficiario, la acción social se asegura un mayor sometimiento y efectividad.

En el caso de individuos en situaciones extremas de desamparo y asociabilidad, no siendo posible la intervención de los servicios sociales, otras instituciones se harán cargo: la psiquiatría, la Policía, el sistema carcelario.

La asistencia social fiscalizada, pues, de lo que trata no es tanto de organizar una ayuda efectiva como de establecer un control que permita al resto de la población, especialmente a las clases medias con poder de decisión mediante el voto, no verse asediadas por la marea creciente de pobreza que asalta las calles.

Se trata de que el pobre, tarde o temprano, no pueda vivir sin recurrir a los servicios sociales, y por eso se le acosa y persigue hasta que finalmente pasa por el aro –entra en alguno de los circuitos de la miseria, donde queda catalogado, aunque sea como carrilano– o ingresa en prisión.

Como puede apreciarse, el margen de discrecionalidad que la ley otorga a los servicios sociales es considerable.

El tratamiento individualizado se utiliza como sistema de diferencias que permite, como se hace en las prisiones, premiar y castigar, teóricamente para rehabilitar, en verdad para condicionar y someter.

Esta es una de las más poderosas consecuencias que las nuevas políticas sociales, de aplicación en Europa y el Estado español, han alcanzado en Hego Euskal Herria¹⁹: la interpenetración de lo social y lo penal.

Con esto no quiere decirse que las políticas sociales, tanto europeas como vasca y navarra, sean uniformes y unidireccionales, pues integran en su seno corrientes divergentes y contradictorias –como las integra toda sociedad–, pero sí que la tendencia más fuerte apunta hacia el control, la vigilancia y el sometimiento de las poblaciones con precarias economías.

De ahí a adoptar la mercantilización completa de los servicios sociales y penitenciarios sólo hay un paso.

Por un lado, se saca rendimiento económico de los presos y de los usuarios de SS.SS²⁰; por el otro, la precariedad laboral afecta a los propios trabajadores del sector. En varias localidades de Euskal Herria, el personal de determinadas áreas del Departamento de Acción Social está contratado, no por los ayuntamientos, sino por empresas subcontratadas. En estos casos, los empleados subcontratados pueden llegar a cobrar la mitad de sueldo menos que trabajadores del mismo Departamento, pero empleados municipales. Así ocurría en Ermua, por ejemplo, en el tiempo en que se realizó este reportaje.

Mayormente, quienes trabajan remuneradamente en el campo social pertenecen a la clase trabajadora urbana limitada, que no encuentra ocupación en el mercado y se pone a disposición del poder para ayudarle a organizar el sistema de relaciones sociales, sistema dentro del cual la marginalidad y la pobreza en aumento deben ser controladas y sometidas.

¹⁹ Hego Euskal Herria: País Vasco Sur, que comprende las provincias de Vizcaya, Guipúzcoa, Álava (Bizkaia, Gipuzkoa, Araba) y la Comunidad Foral de Navarra (Nafarroa), todas bajo jurisdicción española.

²⁰ Ver capítulos 9 y 11, así como los apéndices III y IV acerca del trabajo en albergues de transeúntes.

Se entiende, entonces, que la razón por la que la trabajadora social no facilita sus datos al usuario –además de para prevenir cualquier acción contra su persona por parte de usuarios descontentos– sea establecer una clara diferencia entre su situación de prevalencia y poder y la del usuario, de dependencia e indefensión. Es decir, perpetuar el esquema opresivo.

La organización del trabajo social niega la reinserción, no sólo por lo dicho en los párrafos precedentes y a lo largo de este libro, sino también porque ese ideal aparece negado en la persona misma de los trabajadores y trabajadoras sociales, en su identificación como meros gestores y su pretensión de integrarse en el funcionariado o empleo público e institucional, es decir, en su participación, no sólo en las políticas, sino en el organigrama mismo de la opresión²¹.

²¹ Ver Apéndice VI para un desarrollo de los contenidos del Capítulo 6 desde la perspectiva de una ex trabajadora social.

CAPÍTULO 7

El pobre siempre puede esperar

Desde las 15:20 espero frente a la ventanilla de recepción del albergue Elejabarri. Quiero coger número para hablar con la trabajadora social. Es mi cuarto intento en tres días. El primero fracasó porque llegué con un minuto de retraso; el segundo porque, aunque llegué puntual, fui demasiado puntual y se acabaron los números en el mismo segundo de mi llegada; el tercer intento fracasó porque no estuve vivo en la rapiña de números y me quedé con las manos vacías.

A las 15:30 sale de su refugio, tras la vidriera, el empleado de seguridad, un chico rubio y serio. Lleva en la mano los papelitos con los números. Nos levantamos precipitadamente, formando corro a su alrededor y extendiendo las manos como mendigos, intentando colocarlas lo más cerca posible de los números que él reparte a boleo. Nos agitamos, hay roces, algunos codazos, movimientos bruscos, empujones, pero nadie se queja mientras tiene esperanza de recibir un número.

La lamentable escena no dura ni diez segundos. Tres hombres se han quedado sin cita, el resto respiramos aliviados. El segureta nos informa, con voz que quisiera resultar enérgica, de que hoy las trabajadoras sociales tienen reunión y no empezarán a atendernos hasta las cinco de la tarde.

A las 17:00 me siento en la sala de espera, situada en la planta de entrada y controlada por una cámara de seguridad enfocada hacia el pasillo.

A los quince minutos, sale una mujer con unos papeles en la mano y nos pide el número de turno y el nombre completo a cada uno de los

presentes. Cuando entremos, ya tendrá encima de la mesa los datos e historial de cada uno –caso de constar en sus archivos y, de no constar, empezará el interrogatorio antes de que puedas abrir la boca para decir lo que quieres.

Al principio, somos pocos esperando, pero a las seis menos cuarto ya estamos los siete que vamos a ser atendidos y alguno más acompañando, pasando el rato. Hay otro usuario adentro, hablando con una de las trabajadoras sociales.

El silencio lo rompe un tipo de mediana edad y rostro huesudo, sentado con las piernas abiertas. Nos hace saber que lo ha perdido todo en Bilbao por causa de una mujer colombiana a la que conoció por Internet.

–Nos enamoramos y nos casamos –así lo cuenta, y remata con suficiencia, como demostrando lo mucho que ha aprendido, y como si, por eso, supiera más que nosotros–: Lo puse todo a nombre de ella, pero entonces ella me puso las maletas en la puerta.

“Todo” era un piso y el coche. Lleva dos días contando este camelo. Ya son varios los que me han venido con el cuento, quejándose de que no se lo creían, que era una mentira para darse importancia, y que, en todo caso, era un primavera porque sólo a un primavera se le puede ocurrir poner todo a nombre de una tía a la que ha conocido por Internet.

En la sala de espera, nadie hace un solo comentario. La mayoría son inmigrantes que no tienen ninguna gana de discutir tonterías. Pero el enamorado defenestrado no se rinde y empieza a dárselas de experto en trabajos de construcción y a decir que, en Barcelona, ganaba 300.000 pesetas al mes. Saca una tarjeta de visita y nos la muestra como si nos estuviera sacando una cartulina roja en plan arbitral, como si nos estuviera expulsando del juego al decir que, en Barcelona y Sabadell, tiene familia y “un piso y

medio” y que marchará de vuelta a Cataluña, porque sólo vino a Bilbao a causa de su “historia de amor”.

Jesús, un mestizo caribeño, de piel como arcilla muy clara, rastas en el pelo castaño y barbitas de chivo, dice que ha vivido un tiempo en Barcelona y ha acabado harto; que los servicios sociales le estuvieron mareando durante meses; le dijeron que tenían un piso para él, pero luego lo peloteaban de una oficina a otra, y él, que había encontrado “una familia chilena, tú sabes, encantadora, me trataban como si fuera de la familia, yo me sentía como un hijo, como un hermano de ellos, sabes”, perdió la oportunidad de seguir viviendo con los chilenos porque, hace un mes, creyó inminente la entrada en el piso prometido y se despidió de aquella gente. Pero el prometido piso no llegó, es más, le dijeron que ellos nunca se habían comprometido a nada. Jesús, que en ese momento estaba sin trabajo, se quedó en la calle.

El enamorado defenestrado le dice que, de todas formas, no debería haberse ido de Barcelona, porque “allí hay mucho trabajo”. Pero Jesús se encoje de hombros y replica que está harto de trabajar vendiendo baratijas en las playas y que vino a Bilbao porque en Cataluña le hablaron muy bien de los vascos. Su idea es que, en el albergue, le den un tiempo de estancia bueno para buscar trabajo y alojamiento.

La gente le desanima. Le dicen que le darán seis días como mucho, con la norma del frío.

Un senegalés bajito y fuerte, que está sentado a mi lado fumando de tapadillo, asegura a Jesús que, en el albergue, se desentenderán de él “porque no eres drogadicto ni alcohólico. ¡No eres nada!”, y se ríe.

Y Jesús, que es un buenazo, empieza a bromear y a decir que se va a dejar una cresta verde en mitad de la cabeza, se va a poner unos pinchos en

el cuello y los brazos, va a estar tres semanas sin lavarse los dientes y va a pedir entonces ayuda, presentándose completamente drogado en el despacho de la trabajadora social.

Reímos y un muchacho de Guinea Conakry le palmea el hombro a Jesús y le dice que, así, tiene más posibilidades.

Desde hace una hora, más o menos, en la sala se está quedando dormido, ora apoyado en la pared, ora en la jamba de una puerta, un hombre alto, con algunas canas, de unos 30 años, que dice ser de Santurce, y a quien llamaré Luis. Ayer le encontré adormilado en la cola de la cena. La gente le empujaba para que se moviera, pero él era incapaz de valerse. Un chico delgadísimo y rapado, a pesar de tener una pierna y un brazo escayolados, se levantó como pudo de su mesa y le ayudó a coger la bandeja y pasar por el buffet. Nadie más le echó una mano.

Luis pasa los días durmiendo de pie, apoyado en las paredes y en las columnas, en las puertas y dentro del ascensor, balanceándose sin llegar a caerse. Para desengancharlo del caballo lo han convertido en un fantasma aferrado a las paredes del chute legal y medicamentoso.

Atraviesa la sala una usuaria bajita, contrahecha, flaca, que camina como si llevara un tacón roto. Luis entreabre los párpados y articula con dificultad:

–¡Guapa!

Ella se estira majestuosamente, lo mira con desprecio:

–¡Un respeto! –y sigue caminando con paso demorado hasta la puerta del fondo, tras la que se pierde.

Reímos y Luis ensaya una sonrisa en sus labios adormilados:

–Pero si yo sólo la llamé guapa...

Y se queda con la boca abierta, babeando, apoyado en la pared. Jesús le dice:

–Tú te pareces a un animal que hay en mi país, que se pasa la vida durmiendo y tiene unos dientes muy largos para agarrarse a los árboles: es el perezoso. Mira, yo tengo un diente acá, está partido, se me rompió, pero mira qué grande es –y saca del bolsillo de la cazadora un considerable colmillo de color amarillento.

–Lo que digáis me lo paso por ya sabéis dónde. A mí que me den lo mío –y Luis frota los dedos índice y pulgar.

–¿Te deben algo de un trabajo? –pregunta el senegalés.

–No, lo mío, las ayudas. Yo nunca trabajé y no me voy a poner ahora, no te jode.

–Entonces a ti sólo te preocupa el dinero, además de dormir –dice Jesús.

–Dormir y chaca-chaca de vez en cuando –aclara Luis, con voz cansada.

–Pues ten cuidado con el chaca-chaca, mi hermano, que como te duermas mientras chaca-chaca –ríe Jesús–, a ver si la mujer te mete el dedo en el anillo de cuero por dormirte –y hace el gesto.

Luis replica, con su voz de sueño:

–No, el culo ni tocarlo. En prisión, todavía, pero fuera de prisión que no me lo toquen.

Ha dicho “prisión”. Ni talego, ni maco, ni trullo, ni trena, ni cárcel, ni estaribel. Prisión. Le miramos en silencio.

Ya va siendo hora de que Luis entre a hablar con la trabajadora. Tiene un número inferior al mío.

Justo cuando la trabajadora social sale del despacho y le llama, llega a la sala un muchacho marroquí alto, de pelo rizado y castaño, tocado con un pañuelo azul intenso; lleva una mochila de mano al hombro. Habla muy bien castellano y es un habitual de los comedores sociales.

Luis se arrastra por la pared hasta la trabajadora social. El marroquí le dice a la trabajadora –una chica de mediana estatura y pelo teñido de color cobrizo, como tantas–, que él no tiene número, pero necesita hablar con ella de algo muy importante y sencillo, que es sólo un minuto.

–No, no puedo atenderte –dice ella–. Tienes que venir mañana por la mañana, si quieres.

–Pero es urgente, es muy importante.

–Te digo que vengas mañana –repite ella, elevando el tono.

–No puedo esperar a mañana. Es sólo un minuto, de verdad. Espero al final del todo, a que acabes, y hablamos –dice él suavemente.

–¡Te he dicho que no! –le espeta ella, en tono altanero y desafiante, y entra al despacho sola, dejándonos con mal sabor de boca.

Luis, que apenas se ha enterado de nada, queda con la boca abierta y la cabeza apoyada en la jamba de la puerta del despacho de la trabajadora social.

Sigue pasando el tiempo. El segureta ya ha intentado sorprendernos fumando un par de veces (en esta sala está prohibido y hay que hacer malabarismos para hurtar las caladas a la cámara de vigilancia).

Surge el tema del Ramadán y de los buenos musulmanes. Mientras lo discutimos, el senegalés orondo y simpático, que está a mi lado, se levanta a payasear, imitando el sueño permanente de Luis.

En ese momento, llega el bigotudo gitano Abraham y se sienta. Como ve que hablan del Islam, se pone a recitar expresiones en árabe referentes al sexo, a juzgar por los gestos que las acompañan.

Entonces la gente empieza a decir cuántos idiomas habla. Entre los inmigrantes, no hay uno que hable menos de tres lenguas, y con frecuencia hablan cuatro y cinco. El caso más destacado hoy es el de Jesús, quien habla francés, holandés, alemán, portugués, inglés y castellano, y todos con soltura (hizo una exhibición). Puedo asegurar que, al menos, los tres últimos idiomas que he citado, los hablaba con total corrección.

Ante tanta cultura, Abraham termina de liarse un cigarro y se levanta a fumarlo fuera. Se despide un poco molesto:

—¿Sabéis qué os digo? Que con paciencia y saliva se la metió el elefante a una hormiga. Podéis decir gilipolleces en diez idiomas, si queréis. ¡Hasta luego!

Llaman adentro al senegalés y, cuando sale, un rato largo después, ya no sonríe ni tiene ganas de imitar la figura de Luis. Ha pedido quedarse más días, pero le dijeron que no y mañana tendrá que irse a la calle. Le recuerda al marroquí del pañuelo azul que no le van a atender ni al final del todo, y así lo refrenda todo el grupo, ya que las trabajadoras sociales son inflexibles.

Mientras sale uno y entra el siguiente, transcurre un tiempo que dedican las trabajadoras sociales a anotar cosas del que acaba de salir y prever lo que les espera con el que va a entrar.

La tarde se hace eterna. Llevamos ya dos horas esperando.

CAPÍTULO 8

Sin siesta, sin lavadora, sin respeto

En el albergue Elejabarri, como en tantos otros, no se puede entrar a las habitaciones a dormir la siesta. La gente se queda sentada en las incómodas sillas de plástico, dando cabezadas, con los brazos colgando, amenazando con desplomarse en cualquier momento, despertando cada pocos minutos con dolor de cuello...

Los gestores de estos centros saben que, si no dormimos la siesta, a la noche, tras la cena, la fatiga acumulada nos arrastrará al catre. No tendrán que temer líos de nadie cuando, a media noche, apaguen los televisores y sea obligatorio meterse en la cama. Hay muchos días en los que, después de las once, ya sólo quedan en pie los empleados del centro.

Hoy es una de esas tardes, en Elejabarri, sin derecho a siesta.

A las 15:00 emiten el programa *La isla de los famosos*. Empiezan la emisión diciendo que las privaciones de comida e higiene, que sufren estos días los concursantes, les han hecho acordarse de “los más desfavorecidos de nuestra sociedad”. Una concursante morena, mona, con pañuelo de pirata en la cabecita hueca, dice que ahora piensa mucho en los pobres, que, gracias a esta experiencia en el programa, comprende a quienes viven en la calle y que, incluso, ha apadrinado a un niño del tercer mundo.

En este momento, un hombre de mediana edad, de pelo entrecano y bigote, un invisible que es oriundo de Elgoibar, se levanta de la silla:

–Joder, qué asco.

Y se va a la sala de fumadores. Pero la programación televisiva no debe de ser mucho mejor allí, porque no tarda en salir.

Le encuentro al rato, sentado en el banco de una plaza cercana al albergue, solo, mirando a la gente pasar como a fantasmas. Hay 14° de temperatura, según marca un termómetro callejero. Me siento a su lado. Dice:

–Pues parece que hoy estuvo aquí el Aznar, pero no asomó por el albergue. Si asoma por ahí un político, le pego una hostia, por cabrón.

Está acogido en media estancia en el albergue. Ayer se quejó a la trabajadora social de las normas tan rígidas, especialmente de no poder subir a la habitación durante el día.

–Le dije que está prohibido hacer deporte, footing o lo que sea. «¿Por qué?», decía la tía. Coño, pues porque no puedes ducharte luego y cambiarte de ropa. Y, encima, hay que lavar la ropa a mano, porque no hay lavadoras. O sea que, excepto para no dormir en la calle, vivir aquí no me sirve para nada, porque no tengo privacidad, libertad para hacer cosas... ¡No tengo nada! –apuntilla, indignado–. Pero a ella le da igual, ¿entiendes? A esta gente le parece que, con darte de comer a las horas y una cama también por horas, ya está todo hecho. Tú no puedes tener necesidades de otro tipo. No puedes desarrollarte. Mucha reinserción y mucha hostia, pero esto es un aparcamiento. Y la tía me decía que, si nos dejaran subir a las habitaciones durante el día, esto sería el caos. ¡Pero es que se creen que somos salvajes, inútiles! Y, además, ¿para qué coño tienen todo lleno de cámaras, que saben hasta cuando entramos a cagar? ¡Qué gente!

Habitación con vistas... al interior

El albergue municipal de Elejabarri dispone de habitaciones individuales para los usuarios. En una vida de vagabundaje, donde la soledad corre

parejas con la falta de un espacio íntimo, descansar de los sinsabores del camino en el recogimiento de un cuarto limpio e individual no tiene precio. Muchos carrilanos me habían encarecido ya este aspecto, por eso me quedé muy sorprendido la primera vez que dormí en una de las afamadas habitaciones individuales de este albergue.

Era una habitación de forma cuadrangular, pequeña, con muebles nuevos, de diseño funcional y económico, distribuidos para optimizar el poco espacio disponible. A la izquierda de la puerta había un lavabo, un espejo y una luz sobre el espejo, un toallero de acero inoxidable, la cama, situada perpendicularmente a la entrada, y una mesilla de noche del otro lado de la cama. A la derecha había un bajo y frágil armario de dos compartimentos divididos verticalmente, y junto a él una mesa rectangular y estrecha, sobre la que se encontraba un anaquel ajustado a la pared. No había silla, sino que uno debía sentarse a los pies de la cama para escribir en la mesa.

Pero lo primero que llamaba la atención al entrar en el cuarto era la enorme ventana de dos hojas, situada frente a la puerta y que nacía a dos palmos del suelo (dos palmos ocupados por un pequeño radiador). No había visillos ni persiana, y las vistas daban al patio central del edificio, al que asomaban en total catorce ventanas por planta, ocho de las cuales eran apreciables sin necesidad de asomarse. El patio, de forma triangular, como el propio edificio²², presenta los ángulos cortados y con dos ventanas alargadas en cada uno de ellos, de modo que desde cualquiera de las ventanas de las habitaciones que ocupan los lados del triángulo se tiene la impresión de ser

²² La parcela sobre la que se construyó el Albergue Municipal de Elejabarri “plantea el agotamiento de las posibilidades edificatorias permitidas por el Plan General dentro de las líneas máximas de alineaciones, aunque transformando el triángulo isósceles irregular en otro regular con dos chaflanes idénticos, con lo que se pierden aproximadamente 10 m² de la superficie máxima ocupable”, según reza la *Memoria Proyecto de Centro de Acogida –Albergue Municipal* de J.M. Basáñez, de diciembre de 1994.

vigilado por las ventanas de los vértices. Las ventanas son lo suficientemente amplias para ser observado desde cualquiera de las plantas inmediatas.

La sensación de ser vigilado se acentúa a partir de las 20:00 horas, hora en la que se puede acceder a las habitaciones. La luz del día ha declinado y se hace necesario encender la luz eléctrica. Y luz es lo que no falta dentro de las habitaciones: por si no fuera suficiente con la del techo y la que hay sobre el lavabo, sobre la puerta se encuentra un piloto de seguridad que desprende en todo momento una claridad tenue, pero suficiente como para distinguir perfectamente las formas, los movimientos y las distancias, sin necesidad de esperar a que se acostumbre la vista.

De modo que, cuando quise copiar el plano que se encontraba tras la puerta y desarrollar las notas tomadas en las horas anteriores, me encontré ante un serio problema: si lo hacía con la luz encendida podía ser visto por cualquiera que se asomara a más de ocho ventanas; si lo hacía a oscuras, la luz del piloto anti-incendios denunciaría mis operaciones. Lo que hice fue abrir una de las puertas batientes del armario y situarme tras ella, y así desarrollé mi trabajo en una postura incómoda y ridícula, y con la luz apagada, por supuesto.

No obstante, no todas las habitaciones carecen de persianas: en uno de los lados hay tres habitaciones por planta que sí disponen de ellas. En varias de ellas supe que dormían usuarios de media estancia, es decir, gente ya conocida por guardas y empleados del albergue.

El panóptico

El albergue municipal de Elejabarri presenta un aprovechamiento panóptico de las características del edificio. Por supuesto, el diseño arquitectónico no

se corresponde a la antigua proposición de Bentham²³, pero comparte con ella varios aspectos.

El primero, permitir que el usuario esté permanentemente visible e individualizado. A este efecto las cámaras de vigilancia, situadas en ángulos de gran visibilidad y en puntos de paso obligado, hacen la función de la antigua torre central. Dentro de la habitación el usuario no puede ver ni a sus compañeros, ni a otros usuarios catalogados en una categoría diferente a la suya (transeúntes frente a estables)²⁴, ni por supuesto a quienes le vigilan por el circuito cerrado. El usuario, pues, no podrá escudarse en la masa en ningún momento, sino que estará solo e identificable, y lo sabrá, lo sentirá.

De este modo se consigue el segundo propósito: que el usuario sufra, permanentemente, la sensación de ser vigilado. Para ello nada mejor, por un lado, que las cámaras de vigilancia y, por el otro, las ventanas amplias y los cristales desnudos, en aquellos cuartos que dan al patio interior con forma de triángulo sin vértices. La vigilancia es tan efectiva como inverificable, por lo que convierte al individuo en portador de una situación de poder. En cierto modo, él se controlará a sí mismo.

El tercer propósito de este esquema de vigilancia es la economía: al interiorizar la situación de poder de la que es víctima, el usuario del albergue coartará y censurará su propia conducta y se abstendrá de crear situaciones conflictivas que únicamente pueden perjudicarle. De esta forma, el personal

²³ “En la periferia, una construcción en forma de anillo; en el centro, una torre, ésta, con anchas ventanas que se abren en la cara interior del anillo”. (Cita tomada de Foucault)

²⁴ En los planos del proyecto inicial presentado al Área de Urbanismo y Medioambiente del Ayuntamiento de Bilbao por José M. Basáñez Zunzunegui en Julio de 1994, no se contemplaba la separación, en las plantas primera, segunda y tercera, de las áreas para transeúntes y estables. Fue el Área de Bienestar Social quien, en informe remitido al Señor Alcalde el 25 de Agosto del mismo año, observó “algunas dificultades, para las que se ofrecen las siguientes correcciones”, entre ellas “Planta Primera: Independizar o tabicar el pasillo derecho a la altura del espacio n° 34, quedando 9 habitaciones para transeúntes y 13 para estables. (...) Planta Segunda y Tercera: Tabicar pasillo izquierdo a la altura del espacio n° 34, con el mismo fin de la Planta 1ª, diferenciar las habitaciones de estables y transeúntes”.

de vigilancia no necesitará recurrir a la fuerza para que las aguas transcurran por los cauces convenientes a la organización. Así también, la compañía a la que pertenecen los vigilantes de seguridad que trabajan en el albergue Elejabarri, VINSAs²⁵, podrá economizar personal, plantilla, cotizaciones a la Seguridad Social, sueldos...

El orden queda garantizado, pues se ha anulado el potencial imprevisible de la masa, individualizando y controlando a sus integrantes.

Sólo queda justificar estos métodos ante la opinión pública.

La justificación

La madrugada del 2 de octubre de 1999, una mujer fue violada por tres hombres en el albergue Elejabarri, que había empezado a funcionar el 22 de julio del mismo año. La mujer había denunciado ante los guardas que tres usuarios le habían ofrecido drogas y, tras ella delatarlos, éstos la habían amenazado. Acudió la Policía Municipal y registró a los tres individuos, pero al no encontrar indicios de delito, se fue. Por último esos tres hombres penetraron en la habitación de la mujer, la arrastraron a la terraza y allí la forzaron²⁶.

Este hecho dio lugar a un encarnizado debate público en torno a la seguridad en el centro, del que se hicieron eco los medios de comunicación.

Iñaki Azkuna, a la sazón alcalde de Bilbao, situó los hechos “en un momento en el que se abrió el centro”, momento en el que, por lo tanto, había “problemas de ajuste”. El alcalde se comprometió a “mejorar” el albergue y, como no podía ser de otra manera, esa mejora pasaba por “más

²⁵ VINSAs pertenece a la Corporación Empresarial ONCE (Organización Nacional de Ciegos) y, a su vez, ha creado empresas de servicios en otros campos, entre ellos el empleo temporal y precario.

²⁶ Así aparecieron recogidos los hechos en noticia de *El Correo Español –El Pueblo Vasco*, firmada por A. De las Heras.

seguridad, teniendo en cuenta los problemas mentales, físicos y espirituales” de los usuarios del centro²⁷. Los problemas económicos no merecían tanta consideración...

En su comparecencia ante la Comisión Municipal de Asuntos de Bienestar Social, para dar explicaciones respecto al funcionamiento del albergue y los hechos acaecidos, Eusebio Melero, entonces concejal de Bienestar Social del Ayuntamiento de Bilbao, aseguró que, teniendo conocimiento de los problemas dentro del albergue, el 28 de septiembre había celebrado una reunión en la que le fue expuesto que en el albergue “había roturas, robos, comportamientos extremos y otras cosas”. Melero, según declaró ante la Comisión, había propuesto incrementar la vigilancia contratada, aunque no lo hizo porque los técnicos del área y del albergue se lo desaconsejaron, ya que “se desvirtuaría y abortaría el proyecto y espíritu del nuevo albergue porque con medidas disuasorias y coercitivas no se conseguiría alcanzar el fin social pretendido”. Pero, tras estos hechos, Melero se comprometió a incrementar la plantilla de guardas²⁸.

Por su parte, la prensa más derechista siguió con su campaña en pro de medidas represivas dentro del centro. *El Correo Español –El Pueblo Vasco* publicó un artículo titulado “El descontrol permitía sortear todo tipo de barreras”, firmado por Ainhoa de las Heras. En este artículo se decía:

“Los dos guardas del albergue que custodiaban el centro de acogida durante la madrugada en que una mujer, según su propio testimonio,

²⁷ Extraído de la nota titulada “El caso Elejabarri”, aparecida en *El Correo Español –El pueblo Vasco*, firmada por J.M.R.

²⁸ Así apareció recogido en la nota titulada “Alerta de robos y comportamientos extremos”, firmada por Olga Sánchez en *Deia*.

fue violada por tres individuos, habían elevado reiteradas quejas por la falta de seguridad en el albergue a los responsables municipales.

“Estas advertencias fueron desoídas por sus superiores, según denuncian ambos vigilantes en un informe encargado por el área de Bienestar Social del Ayuntamiento de Bilbao nada más conocer la agresión sexual. Según este documento, incluido en el sumario del caso, hombres y mujeres se mezclaban²⁹ en zonas donde se establecía una clara división por sexos. La dirección del hospicio no sólo lo consentía sino que, siempre según los guardas, incluso «ordenaba de forma expresa» que todas las habitaciones quedaran ocupadas.

“La mayor parte de los indigentes que pernoctan en Elejabarri son varones, por lo que para evitar que quedaran en la calle eran instalados en el ala reservada a las mujeres. «Aquello parecía una orgía», anotó ayer de forma gráfica el concejal de Bienestar Social, Eusebio Melero, refiriéndose a los contactos que mantenían quienes pernoctaban en Elejabarri. [...]

“«Está claro que algo fallaba», admitió ayer Eusebio Melero. [...]

“El concejal propuso que los guardas del albergue lucieran «una porra», lo que fue rechazado por los empleados. Al cabo de varios días, una indigente acogida en el albergue denunció haber sido forzada por tres individuos en el interior. «Cuando me enteré de la violación me arrepentí de no haber tomado la medida, pero creo que con más seguridad no se hubiera evitado», se lamentaba ayer Melero. [...]

“La violación desató la polémica sobre la falta de medidas de seguridad en el hospicio. Desde entonces, las mujeres atendidas en

²⁹ El subrayado es mío.

Elejabarri fueron trasladadas a pensiones, aunque volverán al albergue a mediados de noviembre. Para esa fecha, el edificio se habrá convertido ya en un búnker³⁰, donde 23 cámaras de vídeo grabarán los movimientos extraños, se instalarán verjas y habrá más vigilantes.”

Como puede verse, la violación fue utilizada para imponer nuevas y más eficaces medidas de control en el albergue.

Para disculparse ante la opinión pública, los responsables declaraban que, por más medidas de seguridad que hubiesen adoptado a priori (porras para los empleados, por ejemplo), la violación “no se hubiera evitado”. Se contradecían, pero lo llenaron todo de cámaras de seguridad para vigilar los “movimientos extraños” (en realidad todos los movimientos, pues las cámaras no disciernen) y convirtieron el albergue “en un búnker”.

Sólo encontré pintadas –a bolígrafo– en el único ángulo no cubierto por las cámaras de vigilancia: un minúsculo trozo de pared a la salida del ascensor. Anoté las siguientes leyendas, entre otras: “Moros fuera”, “Moro bueno, moro muerto” (esta aparecía tachada), “I love you”, “Txupapollas”, “Me gusta la chica del pelo rougo (sic) que limpia aquí”, “Las chias (sic) que limpien (sic) aquí son muy guapas”, y alguna que otra convocatoria a la felación con fecha del año anterior. También podría mencionarse, ya puestos, una corta inscripción con iniciales –el colmo de la discreción en un lugar donde tan poco espacio se encuentra para el incógnito– que encontré, una mañana, inscrita con trazos finos y redondeados en bolígrafo azul, sobre el blanco impoluto del panel que separaba un retrete de otro: “M.A. te amo”.

³⁰ El subrayado es mío.

Si no existieran las cámaras de circuito cerrado, los daños al mobiliario e instalaciones del albergue serían, probablemente, mayores, pero hay que reconocer que es imposible sentirse en el propio hogar en un espacio al que uno acude porque no le queda más remedio y donde se le controla y trata igual que a un criminal potencial, aunque nunca haya matado una mosca. En un espacio así, uno no siente que deba cuidar nada, ni querer nada, ni esperar nada.

Control interno

Las normas de funcionamiento interno del albergue Elejabarri, como las normas de funcionamiento de casi todos –por no decir todos– los centros de este tipo, adolecen de una rigidez burocrática que cae comúnmente en el absurdo.

Lo que más llama la atención, en principio, cuando uno pica al timbre de entrada y accede a la ventanilla, tras la cual se encuentran el vigilante de seguridad de VINSAs y el guarda del albergue, es que éste último es quien, tomando nota de tus datos, te emplaza a volver a las 15:00 para asignarte habitación o derivarte hacia una pensión, en el caso de que todas las camas del albergue estén ocupadas.

Para pernoctar en la mayoría de los albergues y centros de acogida que visité era necesario sortear una tediosa entrevista con la trabajadora social de turno, en la que siempre padecía uno las mismas preguntas, con escasas variaciones: nombre completo, datos sociodemográficos (sexo, edad, estudios, lugar de nacimiento), situación económico-social (fuentes de ingresos, recursos para pernoctar, comer o asearse), antecedentes delictivos y penales (detenciones, causas pendientes, estancia en la cárcel), consumo de drogas (en caso afirmativo, de qué tipo, frecuencia), uso de servicios

sociales (frecuencia, qué clase de servicios: de base, trabajadores sociales, ONG etcétera), razones para encontrarme en la calle, expectativas de vida (proyectos, intenciones, esperanzas), estado de salud (física y mental)...

La utilidad de estos interrogatorios, para el usuario, es nula, pero eso no quiere decir que los interrogatorios carezcan de sentido. Si te resistes a responder, según mi experiencia directa, las trabajadoras sociales suelen justificar sus preguntas diciendo que son “para ayudarte”, “para conocer mejor tu caso y ver lo que podemos hacer”, etcétera. Lo que nunca dicen es que estos datos son utilizados, por un lado, para la realización de estadísticas, estudios e informes, y, por el otro, para conocer con cierto detalle la situación de cada individuo, controlarlo y poder actuar sobre él si viniera al caso o, por ejemplo, estuviera en busca y captura³¹.

Por tanto, es un alivio no tener que soportar interrogatorios, excepto en lo fundamental –la identificación–, para dormir en el albergue Elejabarri. La sorpresa llega cuando necesitas cualquier cosa que se salga de lo estrictamente necesario para comer o dormir: entonces tienes que esperar durante horas interminables para hablar con la trabajadora social, sortear sus preguntas y finalmente hacer tu petición.

El primer día, pues, hasta las 15:00 horas, no puedes dejar el equipaje en el albergue (ya que aún no eres usuario del mismo), ni hacer uso de sus instalaciones, por la misma razón. Así que, si te pasa como a mí, que llegué

³¹ De hecho, las listas de usuarios de centros de acogida, albergues, cafés-calor y comedores sociales son indudablemente consultadas por los cuerpos policiales. Lo pude confirmar en varios puntos, siempre haciéndome pasar por vagabundo, y no hubo guarda que lo negase. Adjunto este párrafo, extraído de una nota de prensa publicada en *El Correo Español –El Pueblo Vasco*, al hablar de la violación de una mujer en el albergue Elejabarri: “La Policía busca ahora al joven californiano como uno de los autores de la violación. Charles pernoctó días después en un albergue de Vitoria. Cuando los responsables de la investigación le habían localizado y se disponían a detenerle, el principal acusado se esfumó. Todas las residencias de acogida españolas cuentan con un retrato robot del presunto delincuente, lo que permitiría su arresto inmediato si se registrara en uno de estos albergues”. Por otra parte, las pensiones y hoteles entregan listas de sus clientes a los cuerpos represivos.

a las 9:00 de la mañana, te quedas seis horas más a la intemperie, sin comer y con la mochila a cuestas.

En lo que se refiere a la compartimentación –tanto horaria como de tareas– en el albergue Elejabarri son extremadamente estrictos. De hecho, no se permite ni se perdona a los usuarios un minuto de retraso en la devolución de las llaves a la mañana, ni en otro asunto referente al funcionamiento diario.

Esto es común a todos los centros de este tipo: la puntualidad es una exigencia que se hace a los usuarios y la disciplina (madrugones absurdos, estrictos horarios de entrada y salida al centro y a las habitaciones, ducha obligatoria el primer día etcétera) es también de obligado seguimiento. Lo que caracteriza a Elejabarri, respecto a otros centros del País Vasco Sur (Hegoalde), es que allí las tareas de los trabajadores se encuentran perfectamente delimitadas y, consecuentemente, nadie sabe nada de lo que no es su competencia directa.

Contaré al respecto dos significativas anécdotas.

En mi estancia durante el invierno, al estar el albergue totalmente ocupado, fui derivado a una pensión. Allí pernoctaban unos jóvenes albañiles que madrugaban aún más que mi compañero de cuarto (un carrilano) y yo, y, como entraban antes a la ducha, vaciaban la caldera y nos dejaban sin agua caliente. En el albergue no querían saber nada del asunto: al no dormir yo en el centro municipal, no tenía derecho a ducharme en él (aunque sí a hacer las comidas del día). Hube de ducharme con agua fría en la pensión y con media pastilla de jabón Chimbo que me dio la patrona, porque en el albergue no podían darme jabón (decían que todo el jabón que tenían era el que había en los dosificadores de las duchas). Ni siquiera me permitían dejar la mochila en la consigna de Elejabarri durante el día, y me

veía obligado a cargar con ella desde la mañana, en que abandonaba la pensión, hasta las 15:00 en que me asignaban cuarto para la noche siguiente (en la misma pensión o ya dentro del albergue, según hubiera o no vacantes). Por supuesto, tampoco podía lavar mi ropa en el albergue –por lo demás, había que lavarla a mano, porque no había lavadoras, y custodiarla mientras se secaba, pues de no hacerlo así, otros usuarios podían robarla y el albergue, en ese caso, declinaba toda responsabilidad.

Hay otra anécdota que revela hasta qué punto está todo compartimentado en este albergue. Pregunté en recepción cómo podía obtener un libro en préstamo, para leer, pues había terminado el mío. Me dijeron que no sabían, que pidiese una entrevista con la trabajadora social. Tras las interminables horas de espera, conseguí entrar al despacho de la trabajadora y exponerle mi pretensión. “Pero tú no estás durmiendo aquí en el albergue”, fue lo primero que dijo, mirando los papeles que tenía sobre la mesa. “Esta noche ya duermo aquí”. Efectivamente, a las 15:00 me habían comunicado que por fin podía pernoctar en el centro, en vez de en la pensión. “Es que, si estuvieras durmiendo aquí, podríamos hablar con la monitora que lleva las actividades de los que están a media estancia, a ver si te dejaban usar los libros que tienen”, insistió. “Pero es que ya estoy durmiendo aquí”, repetí. “Sí, pero es tarde”, sentenció. “¿Y vosotros no facilitáis entradas o programas para museos?”, quise saber por saber. Me miró en silencio unos momentos: “No”. “¿Y estas cosas no podían saberlas en recepción? Porque yo he preguntado en recepción y me han dicho que no saben nada, que hable contigo, y me he pasado dos horas esperando para hacerte dos preguntas que tienen fácil respuesta. Con que me hubieran dicho en recepción que no dabais libros ni entradas, ya estaría solucionado”. “Tienes razón”, balbució la trabajadora social, muy desorientada con este transeúnte culto que le había

caído en su despacho. Me levanté y fui hacia la puerta. “Pero cuáles son tus planes”, preguntó. “Pues quedarme en Bilbao, buscarme la vida, porque estoy hartito de ir de un lado para otro, así nunca se encuentra trabajo ni se puede hacer nada, pero quería leer algo, ver algún cuadro, algo bonito entre tanta mierda”. “Vete a ver a algún cura, a ver si te deja libros...”. “La Biblia ya la he leído, gracias. Y me gusta la literatura, no el catecismo”, repliqué. “Pues a la biblioteca a leer, mientras esté abierta”. No se rendía. “Pero para sacar libros tengo que hacerme un carné, tengo que tener una dirección y dinero para la foto carné, y no tengo ninguna de las dos cosas”.

CAPÍTULO 9

Una cárcel de amor cristiano

A la entrada de la Residencia San Fermín de Pamplona, hay una cámara de vigilancia. Hay rejas en las ventanas de todas las estancias a las que podemos acceder los vagabundos: habitaciones, baños, salas...

Al ingresar, te informan de que, si quieres pernoctar en “esta casa”, debes trabajar en el centro ocupacional. La única manera de substraerse al trabajo en el centro ocupacional consiste en hacer tareas de limpieza en la Residencia o ayudar en la cocina. Tal y como advierte la hoja informativa que nos entregan, “el incumplimiento de estas condiciones puede ser motivo de sanción y/o baja, sin que haya lugar a reclamación alguna”. Ni que decir tiene que la sanción suele consistir precisamente en la baja, o sea, en la expulsión. Yo presencié varias: por llegar tarde, por salir sin permiso, por fumar un porro.

Pero el trabajo no era el único precio a pagar por cinco noches de alojamiento al año: *“Para asistir a cualquier gestión es imprescindible el permiso de los responsables del Centro”*³².

Sólo tenías libre una hora tras el desayuno y alrededor de dos horas después de la comida, justo cuando la mayoría de los negocios están cerrados y la vida en la calle decae.

El centro ocupacional al que asistí quedaba en la calle Olite número 31. En el interior del local, una escalinata llevaba al altillo donde el

³² Extraído de la hoja informativa de los servicios y condiciones de la Residencia San Fermín, cuya asunción era imprescindible para pernoctar.

encargado del taller, un tal José Ignacio, recogió mi ficha y las de mis compañeros.

Se decía que José Ignacio había sido carrilano, que poco a poco enganchó en Cáritas y ahora tenía un cochazo y una moto. Pero se decían tantas cosas. Para algunos un forito de hace veinte años, recién pintado, ya era un cochazo. Todos coincidían, sin embargo, en que José Ignacio no se metía con nadie; si no la armabas, hasta dejaba beber y fumar; pero, si la montabas, entonces llamaba a la Policía. Sólo bajaba de su altillo para devolvernos las fichas al final de la jornada o para organizar el material recién recibido o presto para enviar.

Quien controlaba lo que hacíamos, aunque sin decirnos lo que teníamos que hacer, era un tal Ramón, hombre desconfiado y observador, de coleta entrecana y muecas antipáticas. Trabajaba como uno más y, hasta que dos carrilanos me pusieron bajo aviso, no supe que era el hombre de la dirección entre nosotros.

Durante el trabajo, la gente bromea: “¿Cuántos kilos de serrín tiene que comer un pavo para cagar cuatro metros y medio de tablón?”, y en este plan. Me siento en una butaca junto a Álvaro, un tipo enjuto, con el pelo muy negro y un bigotillo fino de los que se usaban desde los tiempos de Franco. Álvaro cuenta:

—Esta era una chavala que, como no encontraba trabajo, preguntó a un amigo a ver qué podía hacer. Y el amigo le recomendó que se metiera a puta y él de chulo, claro, porque él tampoco tenía trabajo. Total que, para abrir mercado, quedaron en que ella empezaría poniendo una tarifa baja y luego la iría subiendo, ¿no? Bueno, pues el primer día consiguió cuatro clientes. Al primero, le cobró 15 pesetas y, claro, este corrió la voz entre los amigos y enseguida vino otro. Al segundo, le dijo que eran 150 pesetas y, como seguía

siendo muy barato, pues vino luego un tercero. A ese le cobró 1.500. El tío se quedó un poco *cortao*, ¿no? Pero, como ella estaba buena, pues pagó. El cuarto era un viejo ricachón que apareció por la calle en un Audi, y ella le dijo que eran 15.000 pesetas. Y el otro, como tenía pelas, pagó y echó el polvo. Total que, al final, se reúnen la puta y el chulo y ella, como el otro no sabe lo que ella ha ido cobrando, pues decide engañarlo, ¿no? Y se queda con 665 pesetas y le entrega al chulo 16.000. El otro pregunta por qué falta dinero. Ella niega que falte nada y él dice que faltan 665 pesetas. Como ella sigue negando, el chulo le da una hostia que la manda a Vilagarcía. Y al final la tía canta, claro, y le pregunta cómo lo ha sabido. Y el chulo dice: «¿Eran cuatro hombres, no?». «Sí». «¿Y cómo estaban esos hombres antes de follar contigo? Así, ¿no? »

Álvaro hace el gesto de la erección levantando el antebrazo con el puño cerrado y dibuja en un papel cuatro veces el número seis.

–«¿Y cómo estaban después de follar? Así, ¿no? »

Y ahora baja el antebrazo con el puño en dirección al suelo y dibuja cuatro nueves.

–«Pues 6.666 más 9.999 es igual a 16.665. ¡A pagar!».

Y remató:

–Esto es lo que se llama sabiduría popular.

En cuanto abro la boca, Álvaro sabe que soy asturiano. “Por el acento, ¿o acaso no se nota que yo soy gallego?” Hacemos migas y me cuenta que se echó a la calle al empezar este año, lo vendió todo, “el televisor y todo”, y salió de Vigo con 500 euros. Había ahorrado más de 5.000 € en toda su vida, “pero lo fundí con –y se da dos toques en la nariz–; allí es buena y muy barata, sabes”. Cuando llegó a San Sebastián, sólo tenía 15 euros en el bolsillo. Tiene 48 años. Me pregunta cuál es mi profesión. Digo “camarero”.

–Tú pareces joven, ¿cuantos años tienes?

–Treinta.

–Pues macho, búscate pronto una ciudad donde quieras vivir, si es que no quieres volver a Asturias, e intenta establecerte, porque, si no, mírame a mí. Yo no quiero volver a Galicia, allí las armé muy gordas, demasiado...

Me dice que en el INEM de a la vuelta, enfrente de Telefónica, ha visto un anuncio en el que piden camareros.

Alguien abre la puerta y entra al taller. Es uno de Huesca, que ha esperado conmigo para hablar con la trabajadora social, hace unas horas, y me contó que durante tres noches recorrió 91 kilómetros desde su pueblo hasta Pamplona; nadie le tomaba en autostop. Le falta un diente incisivo, tiene la cara envejecida, aunque es joven. Lleva la espalda muy encorvada. Viste una cazadora negra con multitud de escudos cosidos en las mangas, por eso Álvaro se ríe de él:

–Ahí viene el segureta. Aquí tenemos segureta, mira –y lo señala.

El muchacho de Huesca está solo y habla con incorrección y dificultad. Es un fruto podrido de la huerta perenne del analfabetismo español.

Aprovechando la llegada de este chico, Álvaro sube al altillo y pide permiso a José Ignacio para salir a hacer una llamada telefónica. Conoce una empresa que está buscando operarios para trabajar en carreteras.

–¡Si hay sitio acuérdate de mí! –grita Afonso, un portugués que lleva muchos años por el Estado español y habla un perfecto castellano sin acento.

En cuanto Álvaro desaparece, Ramón suelta:

–Hay mucha gente que dice que busca trabajo, pero no busca nada. Enseguida se ve quién busca de verdad y quién hace cuento y se va al bar. Yo estoy aquí porque soy un borracho y un drogata, tengo esa enfermedad y

hasta que no me cure, bueno, hasta que no me establezca, no puedo trabajar, pero hay otros que...

Un hombre bajito reconoce que él no busca trabajo, que va en dirección a Barcelona, para hacerse la costa mediterránea cuando llegue el buen tiempo. Y extiende la mano mendicante, encogiéndose un poco y arqueando las cejas felices:

–Los guiris. Esos sí que aflojan.

Otro dice que la limosna en Pamplona no da para nada. Ramón asegura que, hace años, simplemente entrando en las tiendas de moda del casco viejo, en una hora “levantabas mil pelas tranquilamente, pero vete ahora, verás, ni para un vino”. Dice que se debe a que en esta ciudad la gente es muy beata y “los curas les comen la cabeza para que no den limosnas y ese dinero lo den a la Iglesia, que ya lo administrará en ayudar a los pobres”.

Vuelve Álvaro. Antes de sentarse, le pregunta a un tipo con cara de borrachín cuál es el vino más barato. El borrachín le dice que no beba del de 50 céntimos porque “a mí y a una pareja de alemanes nos salió una bola en la garganta que no nos dejaba respirar. Toma *Don Simón*, que es casi un euro, es más caro, pero no te va a matar”.

–Compraré el de 50 céntimos, entonces.

Afonso le pregunta si le ha salido trabajo. Álvaro responde que los de la empresa le han dicho que habían suspendido las obras porque faltaba por comprar un tramo. Afonso asegura que le han engañado, que es una disculpa.

–Sí, ya lo sé.

Seguimos trabajando, unos montamos espirlos y otros, como Ramón, se encargan de preparar diabolos. Afonso, que es un hombre canoso y con entradas, bigotudo y simpático, lleva la cuenta de todos los espirlos que montamos y me va poniendo al corriente. Yo también hago lo mío por

enterarme y de vez en cuando me encierro en el tigre a apuntar cifras y datos³³.

La gente ameniza el trabajo mecánico como puede: unos hablan de limosnas millonarias que aterrizaron en manos de remotos mendigos; de desaparecidos albergues de transeúntes donde se podía dormir indefinidamente; un despistado pide diez céntimos de euro y nadie se los da; un presunto experto nos ilustra en tema de papos, aseverando que uno peludo es siempre mejor que uno rasurado; otro sale un momento y vuelve con una botella de clarete que le ha costado 1.79 €, la lleva envuelta en la bolsa de plástico, hunde el corcho para abrirla y por fin se regala un hondo trago que le apacigua el ánimo.

–Yo sólo bebo vidrio. El cartón no es para mí –sonríe, exigente.

Un viejo con acento de Sarria quiere saber la distancia a la que quedan todas las ciudades.

–Asturias –me llama–, ¿cuánto hay de aquí a Santander?

–Pues unos 250 kilómetros –aventuro.

Y entonces va preguntando según yo respondo:

–¿Y a Oviedo? ¿Y de Santander a Oviedo? ¿Y de San Sebastián a Bilbao? ¿Y de aquí a Vitoria?

En una de estas, Afonso, harto, responde en mi lugar:

–Hay 6 euros y 10 céntimos, ¡eso hay!

–Pero yo digo en kilómetros...

–¡En kilómetros no importa! ¿O es que vas a ir andando?

El viejo se calla. Así va muriendo la tarde.

Cuando por fin llegan las siete en punto, José Ignacio baja a devolvernos las fichas con la marca que certifica nuestra asistencia.

³³ Para conocer datos referentes al trabajo en el taller, ver Apéndice III.

Álvaro intenta vender unos zapatos por cinco euros, un frasco sin estrenar de *Crossmen* por cinco euros, dos corbatas nuevas por cinco euros, todo robado. Pero nadie va descalzo, muy pocos saben que *Crossmen* es una colonia, nadie se acuerda ya de cómo se ajusta el nudo de una corbata. Tal vez el único nudo que les quede por ajustar sea el de una sogá...

La limpieza

A las siete y cuarto de la mañana, Roberto, el guarda de la Residencia San Fermín, enciende las luces de las habitaciones y nos va dando los buenos días a voces. Este Roberto, hombre alto, de gafitas y un cierto porte de ave, es extranjero, pero habla bien castellano y gusta mucho de los refranes. En vez de tarjeta me dice “te dejo la *tarketo* en la almohada”. Y la deja junto a mi oreja roja de sueño.

Cuando por fin salgo del catre estrecho, descubro que Afonso y Álvaro duermen en camas muy próximas a la mía. Nos saludamos con la cansina sonrisa de los madrugones. La noche fue un llanto de ronquidos y la mañana es un resignado desfile de pedos y orina. Aún se filtra la noche por los barrotes de las ventanas. Algunos cantan obscenidades en las duchas.

Tras el desayuno y el tiempo muerto subsiguiente, la gente marcha al taller. Los que hoy hemos pedido limpieza en la Residencia esperamos las órdenes de Roberto.

Roberto organiza varios grupos y a cada grupo le asigna un área. En un armario metálico al fondo del pasillo está el material de limpieza: lejía, fregonas, tres guantes desaparejados y alguno agujereado, trapos, escobas, recogedores.

Empieza la función. A mi grupo, compuesto por Afonso y un señor bajito, además de un servidor, nos corresponde aljofifar un dormitorio y un

baño que no hemos usado, el pasillo, la entrada y las escaleras que suben a la primera planta.

El señor bajito barre el pasillo, la entrada y las escaleras, mientras yo lleno de agua el cubo y me preparo para fregar tras él. Afonso, mientras tanto, barre y friega un dormitorio. Los dormitorios son colectivos y, en cada uno, hay más de veinte camas.

Terminadas estas tareas, Afonso y yo coincidimos en los baños. El señor bajito no asoma por allí.

Los baños están sucios, encharcados, malolientes. Hay colillas y tiras de papel higiénico en el suelo, en los lavabos, en los retretes, hasta en las duchas. La gente no parece usar los dos cubos de la basura, bastante grandes, para otra cosa que escupir adentro, y apuntando mal.

Afonso reniega:

—¿Pero dónde está el otro? ¡Somos tres! ¿Dónde está?

Y sale a buscarlo. Discuten, el otro aparece con un trapo y lo pasa por encima de los pocos azulejos que están limpios. Callo y me escaqueo abrazado a la escoba y la fregona, como un cantante con dos micrófonos. No quiero tocar nada directamente en este foco de infecciones. Afonso limpia los lavabos sin guantes, pues los que había han sido copados y él dice que le da igual. Mientras barro los retretes, me doy cuenta de que, por grandes que sean los boquetes, hay gente que no le va acertar nunca al agujero. Hay mierda en el suelo y la pared. Corro la pringosa cortina de las duchas, arrojo un chorro de lejía dentro y así lo dejo. Cualquiera se atreve a meter la mano ahí. Ni la mano ni nada. Casi todos los limpiadores hacían lo que yo: barrían los papeles y las colillas, y lo demás lo mojaban para que pareciera limpio. En la taza del water tirábamos de la cadena y punto.

Cuando se cansa de renegar, Afonso me cuenta que tiene una amiga en Alicante, y allí tendrá que ir, si no le sale nada en el camino.

–Si ella se entera de que estoy así, me mata.

Está buscando trabajo. Lleva así mucho tiempo, de albergue en albergue, pero siempre agota la estancia antes de encontrar algo.

–A veces me llaman para trabajar una semana después de que me haya ido de la ciudad.

Es peón de albañil. Piensa que los albergues no se preocupan de la gente.

–Esta gente alimenta la pobreza –dice señalando al suelo–. No les debemos nada.

Mañana se le acaba la estancia en la Residencia. No sabe hacia dónde seguir: si hacia Jaca y Catalunya; hacia Logroño, Vitoria, Miranda de Ebro y Burgos; o hacia San Sebastián, Bilbao y Santander.

Dice que pregunta a otros y cada uno responde una cosa.

–Hay gente que te engaña para que no vayas a los buenos albergues. Al viejo ese de ayer, el que quería saber a qué distancia está todo, a ese le dijeron que el albergue de Tárrega, en Lérida, lo habían quemado y ya no estaba abierto, y por eso el hombre no fue y vino a Pamplona. Pero era mentira, se lo dijeron para que no fuera, porque allí pagan 6 € al día y puedes estar mucho tiempo, hasta que llegue gente nueva. Y por eso la gente miente, para que no vayan otros, ir ellos y tener lugar para tiempo. Hay mucho cabrón y te engañan, te dicen que vayas donde no tienes que ir, a lugares donde luego te quedas tirado a dormir en la calle. No hay que fiarse de nadie³⁴.

³⁴ Si bien desconozco las condiciones del albergue de Tárrega, porque no eran objeto de este trabajo, he de decir que es cierto que los carrilanos mentían con frecuencia y por propio interés. En torno al albergue de

Ya estamos terminando. Lo peor del trabajo se lo ha comido Afonso, que reniega del tipo bajito, “con gente así no vamos a ninguna parte”, y tiene una actitud protectora hacia mí. No me deja coger la basura, dice que tenga cuidado, pero yo insisto, por pura vergüenza. Cuando saco las bolsas, en la calle está cayendo aguanieve.

Terminamos. Roberto, el guarda, me felicita y quiere que limpie también al día siguiente:

–Hace falta gente como tú, que trabaje, y no como otros, ya tú ves, que parece que nunca tuvieron una fregona en la mano, a todo ponen problema.

Al día siguiente, ya sin Afonso, todavía lo hice peor, pero esta vez me encargué de que Roberto se diese cuenta.

De derrota en derrota hasta la derrota final

Afonso y yo coincidimos a la tarde en el centro ocupacional³⁵.

Mientras montamos espirlos, Afonso me cuenta que ha pasado la mañana buscando trabajo. En una obra le han dicho que necesitan peones y que le llamarán. Cada poco saca el móvil del bolsillo y lo mira, por si tiene una llamada perdida. Ya tenemos más confianza y me dice que estuvo trabajando y viviendo en un pueblo asturiano, “cerca de Redes”, dice, aunque en verdad ese pueblo, cuyo nombre omito, queda a unos 50

Tolosa, por ejemplo, circulaban todo tipo de leyendas, pero la realidad era más dura que ninguna de ellas. En invierno resultaba imposible conseguir plaza en este albergue guipuzcoano si no estabas el primero en la puerta antes de las 7:00 de la mañana, y la única forma de conseguir esto para un vagabundo consistía en pernoctar en las calles del pueblo. Quiere decirse que para tener al menos una posibilidad de obtener cama en un albergue que en invierno estaba siempre lleno, tenías que, de mano, dormir en la calle. Tener un amigo durmiendo allí resultaba el medio más fiable de enterarse de los días en que iba a quedar libre una plaza. Y también tendrías alguien conocido con quien matar el día sentado en los bancos de plaza, ya que no se permitía pasar el tiempo dentro del albergue. Tampoco se proporcionaba billete para desplazarse a otra localidad. Si conseguías plaza, podías permanecer un máximo de 8 días seguidos.

³⁵ Trabajar en la limpieza eximia de acudir al taller sólo a la mañana. En cocina dejaban trabajar a los que se quedarían más tiempo en la Residencia por causa “justificada”.

enrevesados kilómetros de Redes. Trabajaba para el hijo del alcalde, un tal Pablo, dice, un explotador que le robaba en cada sueldo 200 € del convenio. Afonso tardó meses en darse cuenta, y fue gracias a una abogada de Comisiones Obreras.

–Le tuve que obligar a pagarme. Era un fanfarrón derrochador. Luego quería llevarme a putas y bares, invitarme, como si no pasara nada, pero yo no aceptaba.

Dice que tiene un buen recuerdo del pueblo y la gente.

–Me saludaban y me daban huevos y lechuga y cosas de la huerta.

También tiene buena opinión del alcalde y la mujer, pero no del hijo. Tras cobrar todo lo que le correspondía, Afonso se fue.

–Ya sólo trabajo si encuentro algo y veo que es gente honrada que va a pagar.

En Zaragoza, conoció a un empresario que le dijo que se pasara por la oficina a dejar los datos para empezar a trabajar.

–Una secretaria los tomó y creo que los tiró según me fui, porque en cinco días no me llamó y volví a la oficina a ver qué pasaba.

La secretaria, enrojeciendo, empezó a dar disculpas y decir que ella “no era racista y otras tonterías, cuando ella y yo somos de la misma raza, o sea ninguna raza, ¿o es que hay una raza portuguesa y otra española?”. Habló por fin con el empresario, pero en aquel momento no tenía trabajo para él.

–Me fui y me llamó el empresario a los 15 días, pero ya no cogí la llamada.

Afonso ya no estaba en Zaragoza. Se le había acabado la estancia en el albergue.

Álvaro llega de la calle con el bigotillo humedecido y se sienta a nuestro lado. Reconoce que ha pedido limosna a un cura. Es su forma de buscarse la vida. Suele darles la chapa para que aflojen, pero no hay manera:

–Dijo el cura: «Pero qué problema tiene usted, a ver». Y yo: «Que qué problema tengo, pues que mañana me echan a la puta calle y no tengo dónde ir, ese problema tengo». Pero no me dio un céntimo, el cabrón. Cuando empiezan «vete aquí, vete allí», es que ellos no van a dar nada.

Afonso ríe con tristeza al escucharle. Él todavía cree en la dignidad del trabajo y no pide.

Álvaro apuntilla:

–Como no encuentres a alguien que se compadezca un poco y te dé dos euros, cinco euros... ¡diez euros! –y suelta una carcajada desganaadísima.

A la mañana siguiente, tras el desayuno, Afonso mirará el móvil por última vez:

–No llaman, y eso que decían que necesitaban peones. Pasaré por allí antes de tomar el autobús.

–¿Adónde vas? –pregunto.

Se encoge de hombros. Añade:

–Claro que no conviene aparecer con las maletas...

Me da la mano. Sonríe:

–Esa barba engaña mucho –y me tira ligeramente de los pelos del mentón–. Cuidate, que eres un buen chaval.

A uno que está a mi lado y tiene la piel tostada de los vagabundos, los ojos hundidos y duros, el cuerpo magro, le pone la mano en el hombro.

–A ti no te digo nada porque no te conozco. Tú sabrás.

Afonso da unas cuantas vueltas, fuma, intenta sacar conversación, pero finalmente se da cuenta de que no vale la pena y deja las frases a medias. La calle espera afuera. Es lo que hay.

No eran aún las ocho de la mañana cuando por fin tomó su mochila y una pequeña maleta y salió. Clareaba un nuevo día. Hacía frío.

CAPITULO 10

Un cubano en la corte del rey Sancho

Estoy sentado en un sofá, en la planta baja de la Residencia San Fermín, de Cáritas, en Pamplona. En pie, frente a mí, un tipo alto y bigotudo, que habla con acento cubano, y un hombre bajito –a quien llamaré tío Jarabe por su parecido a esos jarabes colorados que tienen alcohol y gustan tanto a las abuelas–, discuten acerca de los servicios sociales.

–Hay que tener un poco de psicología –dice el tío Jarabe–. Yo, cuando miro a la asistente social³⁶, ya sé si siente mi problema o no. Y, si no lo siente, no me molesto en contarle nada. Ya sé lo que me va a decir.

–Pero no hay derecho, compadre. Lo tratan a uno a las patadas en el culo en todas partes, todo es una hipocresía. En el albergue, te dan cinco días de comida y cama y se creen quedaron bien con Dios, ganaron el Paraíso. Ya no les importa nada de ti.

–Lo que pasa es que se piensan que, como somos pobres, además somos tontos. Los curas son unos hipócritas. Yo creo en Dios, pero no en los curas.

–Pues los curas son los únicos que existen, mi hermano.

–Los curas son los primeros que no creen en Dios y sólo se interesan por su negocio: el dinero.

Siguieron así un rato y luego el tío Jarabe se fue, con su cara enrojecida, a escuchar la radio afuera y echar unos tragos.

³⁶ En ocasiones, quienes llevaban muchos años en situación de marginalidad se referían a los/las trabajadores/as sociales como “asistentes” o “asistentas”. He decidido conservar esta peculiaridad a pesar de que en la actualidad el término apropiado es el de “trabajadores sociales”.

Decidí hablar con el cubano y le pregunté si no le parecía muy diferente la acogida que se les daba aquí a los latinoamericanos, de la que los latinoamericanos nos daban a nosotros en América.

–Sí, compadre, a los emigrantes españoles se les recibe allá con los brazos abiertos. Y luego viene uno ilusionado a la Madre Patria³⁷, a estar con sus hermanos, y mira con lo que se encuentra –y abre los brazos, abarcando lo que nos rodea: los muebles viejos, las tristes paredes–. Pero, mira, en estos años, desde que me fui de Cuba, he perdido todo: ropa, recuerdos personales, papeles... Pero lo único que no he perdido ni perderé es el origen y mi orgullo, éso no me lo van a quitar.

Me explica que, si estás más de once meses fuera de Cuba sin permiso del gobierno, pierdes automáticamente la residencia.

–Yo ahora no soy residente en Cuba.

Para volver a su patria, tiene que conseguir, antes, residencia en cualquier otro país. De lo contrario, no le dejan entrar ni de visita.

Cuando se entera de que soy asturiano, sonrío ampliamente. Sus abuelos eran de un pueblecito cercano a Oviedo. (Al día siguiente me enseñará la carta de emigrante de su abuelo, que marchó a Cuba muy joven, en 1917, después de casarse en el pueblo.)³⁸

Camilo –así llamaré a este hombre– lleva tres años fuera de Cuba: un año en Holanda y dos en Madrid. En este tiempo las ha pasado canutas, haciendo de todo para sobrevivir. Fue militar en la isla, durante 15 años, y nunca se le oye hablar mal de la Revolución, a la que no identifica con Fidel Castro.

³⁷ Para este hombre, la Madre Patria es el Reino de España, y no estaba muy al tanto del tema vasco.

³⁸ Omíto el nombre del pueblo, así como el de los abuelos de este hombre. El apellido del abuelo, que coincidía con el suyo, es relativamente común en Asturias, pero en Cuba, según él me aseguró, sólo los de su familia se apellidan así.

Para regularizar su situación, sólo necesita una oferta de trabajo.

–Oferta, ni siquiera contrato –me dice–. Pero puedes creer, compadre, que en dos años que llevo viviendo en Madrid, no he conseguido que nadie me hiciese una. Ni siquiera una española, que me la estaba follando, sí, hermano, me la estaba follando, y me decía: «¿Quieres dinero, quieres ropa?»; y yo: «No, si estoy contigo no es por plata, para eso ya trabajo».

Pero cuando le pidió que le hiciera una oferta de trabajo, “como empleado doméstico” aunque fuese, y que, si desconfiaba, la llevaría a una abogada española para que se asesorase y viera que no había trampa, “esta mujer empezó con las disculpas”. Quedaron un día, para ir a hablar con la abogada, y la española no fue. “La llamé, empezó con disculpas mentirosas” y él colgó el teléfono y no quiso verla más.

–En Cuba, las mujeres te quitan los granitos, te cortan las uñas de los pies, te dan besitos. Pero acá no, compadre –y se ríe–. ¡Acá no hay manera!

Me pone una mano en el hombro, se inclina sobre mí y baja el tono de voz:

–En los tres años que hace que me fui de Cuba, fíjate, mi hermano, creo que ni diez veces he follao, te lo juro.

Y cuenta que, en Holanda, donde estuvo un año, había mojado tres veces con una prostituta dominicana, en el Distrito Rojo.

–Me rebajaba de 60 euros a 25, porque hablaba español. Pero acá... – y bufa, pasándose la mano por la frente.

Tras dos años en Madrid, Camilo hizo amistad con un trabajador social y éste le dijo que su hermano, concejal en Pamplona³⁹, le haría la oferta de trabajo que necesitaba. Con esa esperanza ha venido. La próxima semana, ocupará una habitación en el piso de unos amigos del concejal. El

³⁹ Omito el partido político y otros datos de este concejal.

lunes a la mañana, irá a la Policía a iniciar los trámites. Si consigue legalizar su residencia durante uno o dos años, al tener abuelos con ciudadanía española, él también podrá obtenerla.

También me contó, sentándose a mi lado y susurrando, que, a la mañana, había entrado al ropero por la ventanilla abierta de la sala de no fumadores. Entró y cogió los zapatos que ahora lleva puestos, negros, casi nuevos, y unos pantalones.

–Cuando llegué sólo pedí un jersey, porque no me gusta la ropa de segunda mano, que es de mala calidad en los albergues. Pero, al entrar al ropero de acá, chico, qué ropa tan buena tienen acá.

Entonces, pidió permiso para un par de prendas más, pero, tanto la mujer del ropero como el chico de recepción, le dijeron que no era posible, porque había que pedir toda la ropa el primer día. Por eso decidió entrar por la ventanilla.

–Si me ves con las patas al aire, antes de agarrarme bien adentro, te mueres de la risa.

El odio, el amor, la política

Otra noche estoy sentado en la sala de no fumadores de la Residencia, viendo una mediocre película norteamericana. Se sienta a mi lado Ahmed, un magrebí alto, fuerte, que tiene unas grandes y ásperas manos hechas al trabajo duro.

–¿Buena película? –pregunta.

–Sí –miento, pues a todos parecen gustarles las películas de acción, y de lo que se trata es de no llevar la contraria y pegar la hebra.

–Americanos muy listos siempre, creen que saben todo.

Entonces recuerdo que este chico es quien, hace dos días, tras ver, en el telediario de la madrugada, una noticia acerca de la acogida, en hogares españoles, a niños procedentes de un país árabe en guerra, dijo:

–Primero destruyen tu país, matan la gente, y luego se traen los niños para sonreír. Son unos cabrones. Una bomba para ellos ponía yo.

Empiezo a criticar a los yanquis. Él dice que Estados Unidos es el “único país que no tiene raíces, ni cultura”; que sólo dejarán “coca-cola y hamburguesas: mierda”.

Luego, inopinadamente, pasa a contarme que vivía en Álava y trabajaba. Estaba casado, pero “cuatro meses sin trabajar, mucha tristeza, separación”. Entonces se fue.

–Hablé con asistente. No quiero volver. Ahora empiezo de cero –y hace un cero juntando pulgar e índice de la mano derecha. Tiene las uñas sucias y rotas, y unos dedos gruesos, enormes–. Es difícil.

Sus ojos oscuros expresan una devastación preocupante.

Le propongo ir a la sala de juegos. Abrimos uno que se llama *Trivio 6000*. Es una especie de trivial, y las fichas y los dados están intactos, a pesar de que el juego –a juzgar por las preguntas de deportes– es anterior a 1986. Se sientan a jugar con nosotros Camilo y un amerindio apellidado Gascón. Pronto nos rodean varias personas, entre ellas un gallego de pelo blanco luminoso, que lleva dos semanas en esta Residencia y anteayer se chivó, a media noche, de que un muchacho estaba fumando un porro en la sala de no fumadores. El muchacho, que colaboraba en la cocina, fue expulsado a la mañana siguiente.

Las preguntas del *Trivio 6000* son las típicas de esta clase de juegos: lo importante no es haber leído *El Buscón llamado don Pablos*, por ejemplo, sino saber si Quevedo nació en Madrid o en Sopeña del Curueño. A pesar de

todo, Gascón no da una; tiene problemas hasta para entender las preguntas y para expresarse fluidamente en castellano. Le pregunto de dónde es. Dice que tiene pasaporte colombiano, pero que su gente vive en una zona fronteriza con Ecuador y han sido divididos por los dos países. Siempre le veo solo, conversa únicamente con un chico boliviano gordito y con cara de niño.

Hoy, en el taller, el hombre de confianza de José Ignacio dijo:

–El problema para encontrar trabajo es que hay demasiados inmigrantes. Yo comprendo que vienen a ganarse la vida, pero como necesitan el dinero, se matan a trabajar por una miseria y sin contrato. En una obra conocí a un negro que el hijoputa trabajaba como un cabrón, nos sacaba cinco peones él solo.

Gascón, que estaba atando un cordel a un palo del diablo, no levantó la vista.

Ahora es el cubano Camilo, mientras jugamos al *Trivio*, quien trata el tema desde otra perspectiva:

–Todos los partidos políticos son la misma mierda. Da igual PP que PSOE o Izquierda Unida, son todos iguales. En esto de la inmigración, la responsabilidad es del gobierno, y los empresarios felices porque, sin papeles, la gente le sale más barata.

Como el chivato del pelo blanco parece que gurguta, el cubano le ataja:

–Mira, mi hermano, cuando la Policía detiene a inmigrantes, les miran el pasaporte, comprueban que no tienen causas pendientes y, si tú no te pones bravo, no te llevan a comisaría. Y, si te pones, te llevan, claro, y te hacen un papel que dice que te llamarán para expulsarte, pero es una hipocresía, porque vete tú a buscar al tipo ese. Mira, a los cubanos, a veces,

en cuanto nos oyen el acento ni nos piden el documento, nos dejan seguir sin más. Yo he conocido inmigrantes que tenían hasta cincuenta papeles de los trámites para expulsión. No estoy exagerando.

Ahmed asiente con la cabeza y sonríe tristemente. Además de las uñas rotas, tiene los dientes podridos.

Al acecho de la mujer

Paseo por las calles de Pamplona en compañía de Anilson, un portugués que habla mal el castellano. Tiene unos ojos verdes de lo más vivaces, pequeñitos, y un bigote entrecano muy flexible y expresivo. Hemos salido del centro ocupacional de la calle Olite y hacemos tiempo hasta la cena.

Me ha contado el método que utilizó para dormir en la Residencia dos veces en un año, a pesar de las normas, y me ha pedido que no se lo cuente a nadie. De todas formas, otros se valen de métodos menos inocentes que el suyo.

En el albergue de Cáritas, aunque las normas eran estrictas, podías conseguir una prolongación, por pequeña que fuese, de tu estancia, si el albergue no estaba lleno. La decisión quedaba a la discreción de la “hermana en Cristo” encargada de entrevistarte a tu llegada. Y es que las monjas tendrán muchos defectos, pero todavía no tienen mentalidad de funcionarias y como, de alguna forma, creen en la caridad, son más fáciles de conmovir que una trabajadora social, que está allí sólo para “hacer su trabajo”, y no quiere complicaciones.

A Anilson le robaron la mochila en Donostia. Dos tipos le pusieron un cuchillo en el cuello en una calleja del casco viejo. Dentro de la mochila tenía un ordenador portátil y otras “ferramentas de trabalho”, porque, según dice, es ingeniero superior. Un ingeniero superior que anda por los albergues

de transeúntes y los de peregrinos –cuando no hay más remedio. No hay manera de saber si miente. Tiene una muy buena cultura general. Dice tener casa en su pueblo, cerca de Lisboa, pero allí no encuentra trabajo. No es la primera vez que anda en este plan por la península. Tiene un amigo en Logroño, un ingeniero agrícola demasiado aficionado al vino y las fiestas, y por eso Anilson no quiere ir a verle. Acaba “sempre bêbedo”.

Anilson tiene junadas a todas las jais que trabajan en los negocios alrededor de la Residencia San Fermín, especialmente en la avenida Carlos III. Anilson las observa a través de los escaparates y se asoma fugazmente a la puerta de los negocios, para mirarlas mejor, como un extraño lechuzo.

Por supuesto, tampoco pierde de vista a ninguna criatura femenina que se mueva por la acera. Todas son hermosas para él, y me las señala, mientras le brillan los ojos, se tapa el bigotito con la mano, y ríe casi históricamente.

Le gusta especialmente una rubia platino que trabaja en una peluquería y hoy viste una falda blanca y unas medias rosa. Anilson se la queda mirando por el escaparate, un rato largo. Luego, llegando a la Residencia, me revela que, en el balcón de uno de los pisos superiores del albergue, suelen tender a secar ropa interior femenina. Antes de entrar por González Tablas, me hace cambiar de acera y mirar con él las bragas, sujetadores y otros artículos íntimos que flamean oscurecidos por el viento de la noche. A la mañana, se verán mejor, dice, y me hace prometer que me fijaré.

Después de cenar, varios usuarios estamos fumando a la izquierda de la puerta de entrada a la Residencia, sin ganas de descender a las salas de televisión. La causa de esta falta de ganas es una joven morena. No es guapa,

pero, como dice un viejo a mi lado, “cuando no hay más que pollas alrededor de uno, ver a una chavalica se agradece”.

Me acerco al mostrador donde la chica y un guarda, a quien llaman Javi, están parapetados, ejercitando entre ellos un coqueteo infértil. Necesito lavar ropa –es una manera de ver cómo funciona el servicio de lavandería– y Javi me da seis fichas –una por cada prenda– y seis imperdibles (los contó, no fuera a quedarme con un imperdible de más). Como está la chica delante, Javi se hace el gracioso y me dice que ella es “la hija del jefe”. Ella también se hace la dicharachera y dice que quiere trabajar en recepción, que “es más divertido que en la oficina”.

Anilson está sentado en la silla más cercana a la puerta. Un tipo calvo, que acaba de enterarse de que Anilson es ingeniero, le está pegando una brasa de cuidado. Pero Anilson no le quita el ojo a la hija del jefe, mientras el otro le calienta la oreja:

–Mira, en Bilbao hay trabajo para un arquitecto a punta pala, te lo digo yo, que mi hija trabaja allí. Sí, hombre, en Bilbao se mueve mucho transporte, lo sé yo que fui camionero, y donde hay transporte es que hay negocio.

La hija del jefe se hace la guay entre los desharrapados, la dicharachera, la fresca, la desinhibida, y, demostrando que desconoce lo caro que resulta el tabaco para nosotros, nos pide un cigarro. Inmediatamente Anilson se incorpora y le ofrece uno. El calvo sigue con su discurso, elevando el tono de voz:

–En el albergue de Bilbao hay habitaciones individuales. Allí te vas a poder organizar bien. Tú hablas con la trabajadora social de Bilbao y que te dejen estar en el albergue hasta que encuentres trabajo. Allí te va a salir el trabajo por las orejas.

Anilson aprovecha que ya se ha puesto en pie para venir hasta mí y dejar al otro hablando solo. En su *portuñol*, me dice:

–No acredito nada. Se tudo sabe, ¿qué hace aquí?

Y pasa a alabar la boca de la chica. Yo le digo que voy a bajar a la sala de fumadores. Él dice que se quedará, pero al poco tiempo aparece a mi lado: la chica se fue a casa.

A la mañana siguiente, también Anilson tuvo que irse, pero no a su casa, ni a la casa de la hija del jefe, sino a la calle: contrariamente a lo que él creía, no le quedaban dos sino una sola noche en la Residencia. Marchó sin protestar.

El derecho a soñar

Otra noche. Estoy sentado en la sala de fumadores. Varios son los que deshacen las colillas recolectadas a última hora de la tarde y minuciosamente lían un nuevo y redivivo cigarro. Otros, con más posibilidades, lían sus cigarros con tabaco comprado. Unos pocos exquisitos fuman los cigarrillos supervivientes de una cajetilla que llevan estirando varios días. Los que nada tienen van pidiendo de corrillo en corrillo, por el pasillo, los baños, hasta recalar en esta sala, esperando el momento en que alguien se apiade de ellos... Aunque no suelen tener suerte:

–Pero tú qué te crees, aquí estamos todos igual. Ayer te di, pero no te puedo dar todos los días. A ver cuándo me das tú algo.

–Pero...

–Vete por ahí.

Nicolás, un ex macrós que ha conocido tiempos mejores, se ha descalzado los botines violeta y nos regala el aroma de sus calcetines agujereados, mientras ronca tumbado en un sofá. En otro sofá, yace un

borrachín barbudo que aún ronca más fuerte. Apenas podemos oír la televisión. Por fin los ronquidos del borrachín derrotan a los de Nicolás, que acuerda:

—¿Estaba roncando? Pues juraría que estaba pensando despierto...

Los ronquidos del borrachín reinan ahora en solitario, imponiendo su ritmo a nuestros tímpanos. No pasa un minuto hasta que Nicolás, adaptado a su nueva situación, se levanta y grita al oído del viejo borrachín:

—¡¡A dormir a la cama!!

El viejo despierta sobresaltado, gritando: “Eh, qué, qué...”

—Que a roncar a la cama, joder. Vaya concierto nos estabas dando. Si quieres dormir, vete a la cama.

El viejo borrachín se incorpora, haciéndose el digno:

—La persona tiene derecho a roncar y a soñar, eso no se le puede prohibir a nadie, que tengo 55 años y a mí tú no me mandas, que eres igual que mi mujer, que me despertaba y todo, la hijaputa, pero a mí no me mandaba ella ni me mandas tú, que...

Nicolás enciende un cigarro y se ríe en la cara del hombre, que seguirá largo rato reivindicando el derecho de “la persona” a roncar y a soñar... y luego se irá a la cama.

A media noche, sale cantando en la tele la mexicana Thalía. Quedamos pocos y el ex macrós, Nicolás, que ha vuelto a tumbarse en el sofá, se incorpora para decir:

—¿Se habrá *dao* cuenta la cara puta que tiene la hijaputa esta? Porque estas que están *to'l* día provocando no se dan cuenta de la cara putas que se les pone. Pero, mira, te digo yo que, si pudiera, a la que me follaba era a la Carmen Maura. Ésa sí que tiene pinta de saber, es una leona. Porque la otra

está muy buena, pero esas maniquís luego, a la hora de follar, no valen *pa ná*, te lo digo yo.

Un tipo perilludo, sentado a un lado, no está de acuerdo.

–Ésa –dice, señalando a Thalía– puede con nosotros cuatro, acaba a polvos con nosotros.

Nicolás dice:

–Bueno, pero yo me pido el primero. Por soñar que no quede.

Se hace un silencio y, entonces, el defensor de Thalía añade:

–Yo tendría que ir a un sexólogo o, mejor, a una sexóloga, a decirle que me dé algún consejo, que hace la de Dios que no follo y ya no me acuerdo de cómo se hace la cosa. A ver si me puede enseñar ahí mismo...

Carne fresca

Como en la Residencia San Fermín de Pamplona a los hombres nos mantenían en un área y a las mujeres en otra, no nos veíamos nunca.

Un sábado, a la hora de la comida, contrariamente a la costumbre – que era que las comidas nos fuesen servidas por otros usuarios o algunas sexagenarias monjas o damas custodias–, unas muchachitas nos sirvieron los garbanzos con rodajas de chorizo insulso y cebolla picada; y nos pusieron, en un platito, como si fueran exquisiteces, trozos de los bocatas que habían sobrado en el taller.

Por las mesas corrieron susurros, miradas, guiños, sonrisas. Algunos se animaron a preguntar a las chicas qué hacían allí. Resultó que eran voluntarias y venían los sábados. Una se llamaba Laura, llevaba un pantalón gris y nos miraba con ojos de estar en la inteligencia del asunto. La otra era gordita y morena, vestía un pantalón verde algo apretado.

A mi lado, un bigotudo susurraba, refiriéndose a la gordita:

–Tiene un buen culo. Ese culo puede con todos los que estamos aquí.
Éramos unos veinte comiendo.

Las chicas, a pesar de su juventud, tenían la blancura de tez característica de las mozas que se toman la espiritualidad demasiado en serio. Pero, para los comensales, ahítos de ver hombres cenicientos y no menos cenicientas viejas, aquellas damiselas resultaban encantadoras ninfas de los bosques. La comida insulsa sabía a gloria sólo porque era servida por dos chicas de menos de veinte años, corrientes y molientes.

–¡Hoy es fiesta! –gritó uno, en la mesa de al lado, levantando el vaso de agua como si fuese una copa de champaña.

Robos sin conciencia

El domingo comíamos cuatro a la mesa. Oí una voz a mi espalda:

–Bien, caballero, dígame su número de cama.

Me volví, sorprendido. Era el guarda, que interpellaba a un nuevo. Dije a mis compañeros de manduca:

–Joder, pensé que era un madero, por la forma de hablar.

–Como poniendo distancia, ¿no? –apuntilló un ojeroso coletas, a mi izquierda.

–Como cuando te van a pedir la documentación a ver si te pueden joder –remató uno bajito y enjuto, y, al poco, añadió–: Pues yo el único albergue donde he visto que no dejan entrar a la Policía, ¿sabéis dónde está? En Ferrol, porque ahí, si van a por uno que está, por ejemplo, en busca y captura, tienen que hablar con el conserje y éste va adentro y le dice al tío que lo está esperando afuera la Policía, pero ellos no pueden entrar. Es así porque el edificio era de un militar y en el testamento puso esa condición. Es el único en toda España, de los que he estado yo. En los demás, he visto

entrar a la Policía a las tantas de la madrugada, coger a un tío en la habitación y llevárselo. La última vez en Valladolid, hace dos meses.

–Ese albergue está lleno de yonquis. Ahí no hay quien duerma –dijo uno calvo que usa muleta, sentado frente a mí–. Yo, cuando llegué allí y vi lo que había, cogí un bocata y me largué en el primer tren de la noche.

–Ah, pues yo no. Yo duermo allí y en cualquier sitio –se defendió el hombre bajito y enjuto–. La gente piensa que, porque son yonquis, ya te van a robar; pero, a no ser que dejes la cartera encima de la cama, no te roban.

–Es que si dejas la cartera encima de la cama, el que tiene delito eres tú, hombre –interviene el ojeroso de coleta, riendo.

Al día siguiente, debo abandonar Residencia San Fermín. Deshago la cama. Pongo las sábanas a lavar en una bolsa grande de basura que hay a la entrada del comedor; entonces veo que siete personas tienen ya la mochila preparada para largarse, entre ellas Gascón.

Esa noche, como tantas, hubo muchas camas vacías, pero nos echarán sin compasión.

Cago a pulso en el baño. Hay mierda en la pared, esparcida con los dedos. Luego entrego la llave de la taquilla en recepción.

Durante el desayuno, me levanto y voy a la cocina para que el cubano, que ha conseguido entrar a trabajar allí, me dé una pastilla extra de mantequilla Arias. Le digo que ha terminado mi estancia y me abraza.

–Cuidate, muchacho, y que tengas mucha suerte.

Tras el desayuno, me llama aparte, a la sala donde tiene su cama, y me da un pantalón vaquero.

–Mira a ver si te sirve de cadera.

Mientras me pruebo el vaquero, Montoya, un tirillas bigotudo, que peina hacia atrás una cabellera oscura e indómita, acaba de anudarse la

corbata verde y empieza a gritar porque le han robado el jersey, que había dejado un momento sobre la cama. Como nadie le hace caso, se queja a las voces, y empieza a amenazar, correteando de un extremo a otro de la sala, mirando la ropa que hay sobre las demás camas. Dice que sabe que el ladrón está aquí dentro y que lo va a pagar caro. Pero muchos ríen entre dientes.

–¡Era el jersey que tenía para buscar trabajo!

Al otro lado de la sala, alguien repite “¡Trabajo!” y se tira un sonoro pedo. Montoya desespera:

–¡Gente sin *conciencia*!

El pantalón vaquero no me sirve. Me despido de nuevo de Camilo y salgo a la calle. Son las 8:15 de la mañana.

La bruma va cediendo. No hace demasiado frío, pero sale vaho de mi boca, al respirar. Bajando por Sangüesa, me precede Gascón. Va esquivando a la chavalería que empieza un nuevo día camino del instituto.

Al día siguiente de lo del *Trivio*, Gascón se animó a preguntarme algunas cosas.

–¿Por qué no te vas a tu casa?

–Es una larga historia –le dije, y le di una palmadita en el hombro.

Gascón llegó de París a Donostia, donde fue robado, igual que Anilson. Un ecuatoriano le dijo que en Pamplona daban cobijo un mes y por eso vino.

–Me mintió.

Todas las mañanas, Gascón ha salido, cuando ha podido, a las calles de Pamplona a buscar compatriotas y contarles su situación, porque no tiene amigos ni a nadie conocido en toda la península, sólo un remoto posible contacto en Barcelona. Ya no tiene dinero, sólo lo que le han pagado en el taller.

A sus compatriotas, les pide ayuda, trabajo o dormir en sus casas, pero siempre le dicen que no, que no le pueden meter con ellos. Pregunté por qué vino solo y entonces él sonrió y me palmeó de vuelta el hombro:

–Es una larga historia.

Pero supe que está casado, a pesar de su juventud –no llega a los 20 años– y ha dejado a su mujer en Colombia.

A partir de esa charla, ya no me buscó más, y ni siquiera se sentaba a mi mesa en el comedor. Era un muchacho bajito, de rasgos selváticos, casi tan lindo como una mujer. En la plaza Príncipe de Viana, Gascón se desvió hacia la estación de autobuses.

La miseria sexual

En este libro no se trata de la miseria desde la perspectiva de las mujeres; eso es algo que, obviamente, corresponde hacer a las mujeres mismas.

La política de los albergues, en general, tiende a la separación de sexos. No obstante, a veces es posible encontrarse en los espacios comunes.

Recuerdo, en el albergue Elejabarri, a una mujer, a quien otros usuarios llamaban “la Tonta”, que todos los días, hablando a voces –no sabía hablar de otra manera– nos recordaba a todos que tenía novio y que ya le habían encontrado piso para ir a vivir con él. Como el novio no aparecía por ninguna parte y el piso tampoco, la gente se reía en su cara y alguno se jactaba de haberle “apretado las tetas a la Tonta”. Que muchos pretendían hacer lo mismo, pude apreciarlo en numerosas ocasiones, aunque no sé si con fortuna o sin ella. Un muchacho alto, por ejemplo, pasó toda una tarde detrás de ella llamándola “guapa” y haciéndole proposiciones, y ella lo aguantaba como podía, diciéndole “te has equivocado de guapa, majo”. Pero el tío seguía, erre que erre...

La calle es más difícil que los albergues y centros de acogida. Si una mujer está en la calle y sola, puede temer lo peor, sin que importen mucho su belleza o juventud. La necesidad es grande, y algunos no repararán en consideraciones estéticas o éticas, si se encuentran a una alcohólica, por ejemplo, que ha perdido el sentido; si se la pueden beneficiar impunemente, lo harán. Cualquier ciudadano un poco observador ha visto episodios así.

Armas de mujer desarmada

–Menudo culo tiene la negrita, ¿has visto? Ésa está para ponerla así, a cuatro patas, y darla por detrás. Como éstas están castradas y dicen que no disfrutan, pues *pa* que le duela, por lo menos.

Quien así habla es Gonzalo: bajito, fuerte, peón de la construcción que trabaja cuando puede y donde encuentra. Y sigue:

–Yo, si fuese mujer, iba a estar aquí por donde yo te diga –y señala la puerta de la sala de fumadores del centro de acogida de Vitoria, por donde acaba de entrar la chica del bello culo–. Estaría en la calle sacándoles la cartera a los hombres. ¡Y ya verías si la sacaban o no! Iba a ser la más puta. Me faltaría de todo, pero dinero, no.

Le digo que no es al primero al que oigo decir eso –en verdad, lo llevo oyendo toda la vida, desde los últimos años de Primaria hasta ahora: si todos fuésemos otros, seríamos más listos, más guapos, más folladores, más todo...

–Ya, supongo –asiente, algo cortado, y añade–, pero algo hay de verdad en lo que digo, porque en Madrid fui, con otro, a por un bocadillo donde las monjas, cerca de la Plaza de España, y la monja nos dio el bocadillo a nosotros, pero a una chavala que también pidió, no se lo dio. Le dijo: «A ti no te doy, porque una mujer siempre tiene cómo buscarse la vida, y un hombre no».

CAPÍTULO 11

Una persona simplemente amable

Antes de conocer personalmente a Manolo ya había oído hablar de él. Se corría el género de que había sido carrilano, pero “había tenido suerte” y ahora se encargaba del taller ocupacional del Centro Municipal de Acogida Social de Vitoria-Gasteiz. Se decía también, y esto era una opinión casi unánime, que era simpático y amable, de los pocos que “sabían tratar a la gente” y no hacerles sentir mal.

Esta opinión generalizada me llamó la atención porque lo corriente es que los marginados hablen mal de aquellos que les asisten. La crítica a los servicios sociales y a sus trabajadores es tan feroz, entre otras razones, porque el usuario se siente controlado y sometido a exámenes fiscalizadores tanto de su conducta y situación actuales como de su vida pasada – fiscalizaciones que le culpabilizan y sirven más para denegarle servicios que para proporcionárselos. Además, la actitud de muchas trabajadoras y de bastantes voluntarios que trabajan en interacción con los marginados es una actitud de desconfianza, reserva e, incluso, cierto miedo que se traduce en parquedad en el trato, severidad y distanciamiento, cuando no en el más grosero ordenancismo.

Conocí a varios carrilanos que hablaban bien de Manolo a pesar de que éste les había expulsado del taller por hacer el vago.

Quise comprobar por mí mismo a qué se debía esta opinión favorable y acudí a trabajar en el taller ocupacional para transeúntes del Centro

Municipal de Acogida Social de Vitoria. Me presenté, por supuesto, como un transeúnte más alojado en el centro.

En el taller, se trabajaba de 10:00 de la mañana a 12:30 del medio día, con un descanso entre 11:00 y 11:20. A las tardes, se trabajaba de 15:00 a 17:30, con el descanso de 16:00 a 16:15. En total, cinco horas al día de lunes a viernes, y de septiembre a julio. El “incentivo” para motivarnos en nuestro quehacer era embolsarnos un euro por hora de trabajo, es decir, 5.00 € al día. Trabajar en este taller no era obligatorio para poder pernoctar –al contrario de lo que ocurría en la Residencia San Fermín de Pamplona–, pero no faltaban voluntarios para quienes un euro por una hora trabajada constituía un ingreso más seguro y menos humillante que ir a poner el cazo a la puerta de una iglesia.

El taller era un local de elevado techo, amplio, lleno de materiales, mesas y sillas.

Manolo nos dio la mano a los nuevos nada más entrar, se presentó y nos dijo que esperásemos un momento a que nos diese unos mandilones limpios. Hablaba sin formalismos, sin afectada amabilidad, con naturalidad. Eso era todo. Y juro que parecía extraordinario... ya que lo era: hasta ese día, me habían tratado con corrección, con grosería, con parquedad, con falsa compasión; me habían mirado con pena, con asco, con miedo, con odio, con indiferencia, con desprecio, pero jamás como me miraban antes, cuando era eso que llaman “una persona normal”. Y Manolo me miraba y me hablaba como a un igual.

Una chica se quejó porque se había ensuciado de grasa los bajos del vaquero con “la máquina de los tornillos esa”. Manolo replicó:

–Eso se quita muy bien con unas tijeras. No queda ni rastro de grasa – y añadió–: Queda un pequeño agujero, pero de grasa no queda ni rastro.

Esta es una gracia que hay que saber decirla, porque puede caer muy mal, pero a todos resultó simpática ya que en ningún momento dio la impresión de que la decía desde una posición dominante y para desentenderse del problema. Aunque, por supuesto, se desentendió del asunto.

Cuando llegó el tiempo de descanso, nos dijo:

–Tenéis veinte minutos para fumaros un trujilla, si queréis. Ah, y si alguien se pica, que se acuerde de volver...

Trabajando

Somos de 16 á 18 personas trabajando en el taller mañana y tarde. Estos días lo que hay que hacer es pegar unos adhesivos en placas a las que se acoplará una cajita con 12 barras de silicona “adhesivo termosellador”. A la tarde, acabamos lo de la mañana y, a continuación, nos ponemos con unas escarpas roscadas que vienen en cajas con el rótulo “ALCAYATA ZINCADO. ALCOTAR”, y que venderá Carrefour en sus grandes superficies.

El trabajo es sencillo y Manolo nos organiza en cadena, explicando a cada pequeño grupo lo que tiene que hacer. No nos mete prisa, pero pone énfasis en que lo hagamos bien. Hay que meter 15 escarpas en cada bolsita de plástico y luego doblar por arriba la bolsita y graparla a un cartón que describe las condiciones del producto.

Manolo va de un lado a otro, hablando con todos, siempre de buen humor, aunque he notado que se fija en lo que hacemos y no se le escapa nada, de hecho tengo que andar vivo para guardarme evidencias del trabajo en los bolsillos. Cuando tiene que pegar una voz, la pega. Esta tarde, una muchachilla gitana entró al taller y Manolo le gritó, con muy mala hostia:

–¡Fuera! –y le señaló la puerta.

La chica rezongó y se fue. Manolo me miró:

–Es que tiene trece años y donde tenía que estar es en el colegio, no aquí.

Dice que los padres que no la mandan allá y el Centro no toma cartas en el asunto.

–Pero si tu hijo tiene menos de 16 años y no lo escolarizas, pueden quitártelo.

–¿Y por qué el centro no la hace ir? –pregunto.

Manolo encoge los hombros y eleva las cejas con resignación.

–Por eso la echo, a ver si así se aburre y se da cuenta de que aquí no es donde tiene que estar... Odio a los niños. Tendrían que nacer sólo niñas, y de dieciocho años en adelante, si no, tampoco.

Suele rematar cada frase con una observación cómica.

Hay un pedido pendiente de entregar. A medio día, viene una furgoneta de color azul violáceo a recogerlo, pero aún no está listo y la furgoneta se va de vacío. Volverá a la semana siguiente.

Pepe, un carrilano que envasa hembrillas a mi lado, susurra:

–El Manolo este me recuerda a mi abuelo, que estaba siempre haciendo algo y nunca terminaba nada. Empezaba una cosa y luego otra y otra y no terminaba ninguna.

Pepe es hombre *entintecido* –aún no entontecido– por la miseria, y le brilla en los ojos una nostalgia llorona.

Manolo cuenta que el Ayuntamiento de Vitoria-Gasteiz intentó meter a minusválidos psíquicos en trabajos de limpieza por 400 € al mes, por mediación de una empresa.

–Un monitor amigo mío me dijo que muchos dijeron que ellos serían minusválidos psíquicos, pero no tontos, y no iban a dejarse explotar por un sueldo indigno.

–¿Limpiando en este albergue? –preguntó Pepe.

–No, en otros del Ayuntamiento.

Respecto a la indignidad de nuestros emolumentos, Manolo nada dice.

Tras acabar en el taller a las 17:30, en recepción nos dan un bocadillo a cada uno. Hoy hay finas rodajas de salchichón perdidas en el pan.

A la mañana siguiente, en el taller, un monitor llamado Félix charla con Manolo. Pongo la oreja. Hablan del trabajo en el albergue. Están cansados de “la jefa”, que se queja de que se perdieron las llaves.

–Pues que hagan copia –soluciona Manolo.

También hablan de un interno que se hartó y se va; es un tipo con problemas de memoria. El Centro intenta localizar a la familia del tipo en Pamplona, por ver si se hacen cargo de él y lo van a recoger a la estación de autobuses. Parece que el tipo riñó con una trabajadora social, una tal Rebeca, y decidió largarse. Manolo dice que sólo “Ana y yo podemos convencerlo” de desistir, o al menos para que haga las cosas de otra manera. En opinión de Manolo, eso de que se vaya la gente se debe a que “esto funciona como una cárcel y eso viene bien a gente que está muy mal, les da una disciplina, unas pautas, pero, cuando la gente mejora, tendrían que ser más flexibles”. Félix apunta que si un día los internos no quieren hacer nada, pues que les dejen, que no es tan grave y a todo el mundo le pasa.

A la tarde, ya no está Félix en el taller. Somos 12 trabajando. Manolo me enseña a manejar una modernísima máquina elevadora, llena de dispositivos anti accidente. Me cuenta que empezó en este trabajo hace seis años. Entonces trabajaba en una clínica geriátrica que hay en la calle Francia,

junto al Artium, y un amigo, que trabajaba de guarda en este Centro de Acogida Municipal, le avisó de que necesitaban un monitor para el taller de transeúntes. “Yo entonces ni sabía lo que era un transeúnte”, pero se presentó, lo entrevistaron y empezó a trabajar. Al mes, se fueron de vacaciones las encargadas y quedó él como responsable de todo. “Me cargaron el mochuelo.” Pero dice que el trabajo está bien por la jornada y porque libra los fines de semana. En el geriátrico trabajaba mucho más.

Está casado con una funcionaria.

–Ligué una vez, hace veinte años, y desde entonces la tengo en casa. Un chollo: funcionaria, sueldo fijo... y su madre vive lejos, aunque este fin de semana le ha dado por venir.

Cuando empezó de monitor, dice, el taller ocupacional era sólo para internos; luego se extendió a todos.

–Tuve dos juicios –sonríe.

El primer juicio vino porque le dijo a un interno que barriese y éste se negó. Entonces Manolo le dijo que no podía estar allí. El interno fue al juzgado y le denunció por malos tratos.

–Me llevó a juicio. Tuve que ir delante del juez –ríe–. Yo flipaba y el juez más, claro. Algunos de los que estaban aquí de internos eran malos-malos-malos, pero pronto me di cuenta de que lo que hay que hacer es demostrar a la gente que eres como ellos, y ya está. Y a mí eso no me cuesta nada.

Antes de pagarnos, comprueba que hay bolsas de hembrillas mal hechas, con más o menos unidades de las precisas.

–El que lo haya hecho mal adrede igual cree que me está fastidiando a mí, pero está fastidiando a los compañeros que el lunes tendrán que abrir las bolsas y volverlas a hacer.

Parece molesto. Lo que ha dicho no es del todo cierto: cobramos 5 € al día por 5 horas de trabajo, no por lo que estemos haciendo durante esas 5 horas. Para nosotros es igual abrir bolsas y volverlas a hacer que envasar otras hembrillas o hacer calceta. Todos callamos.

Manolo abandona el centro caminando:

–A veces mi mujer me deja el coche... para que vaya a buscar a mi suegra.

El precio a la venta de los productos envasados

El precio, en la sección de bricolage de las grandes superficies de Carrefour, de los tres productos, en cuyo envasado participaban los transeúntes que trabajaban en el taller del Centro Municipal de Acogida Social de Gasteiz, era, en aquellos momentos:

Escarpia Rosacada 3.5 x 40: 1.15 €

Hembrilla Cerrada 3.5 x 16: 1.15 €

Barra Termosellador: 3.00 €

Los transeúntes cobraban 1 € por cada hora de trabajo envasando estos productos. Creo que no hace falta añadir comentario alguno acerca del beneficio que su labor reporta a las empresas privadas implicadas, con el centro de acogida (público) como facilitador⁴⁰.

⁴⁰ Ver Apéndice IV para conocer detalles acerca del trabajo en este taller.

CAPÍTULO 12

Sentar un pobre a la mesa

Hago en este capítulo comentarios a algunos platos que comí en mi peregrinar por los albergues y comedores sociales de Euskal Herria. En algunos casos me extendo en la descripción de los alimentos porque es distinto decir “paella” que decir “arroz coloreado, pastoso y demasiado hervido, salteado con trozos de mejillón malo y otros productos baratos de lata”. No es lo mismo decir una cosa que otra y, sobre todo, lo que no es lo mismo es tener que comérsela.

Al comienzo de mi trabajo, ya la primera vez en la que me senté en un comedor social, me llamó la atención cierto desprecio con el que los usuarios trataban la comida, los comentarios al referirse a ella y la cara de pocos amigos con la que miraban a las personas que les servían los platos. Al principio, estos platos no me parecían “tan malos”, quiero decir que en general no parecían una bazofia intragable, pero mi opinión inexperta cambió muy pronto.

Considero ahora que los usuarios de los comedores sociales, así como de los comedores de los albergues, residencias y centros de acogida municipales, tienen, en la mayoría de los casos, razones sobradas para renegar de muchos de los platos que les sirven, ya que suelen ser variaciones sobre un mismo tema: los productos más baratos. Quien piense que los marginales, vagabundos, drogadictos e inmigrantes no tienen derecho a quejarse “encima de que les dan de comer gratis”, sin duda lo piensa así porque, consciente o inconscientemente, les considera un despojo social,

infrahombres que deben confirmarse con cualquier cosa y agradecerla. Pero el hecho de que alguien se encuentre en la pobreza no le priva del derecho a llamar a las cosas por su nombre, ni legitima a las instituciones y organizaciones que les proporcionan alimentación a servirles cualquier cosa.

Los desayunos

Además del vaso de leche tibia que me sirvieron en Altsasu como único alimento de la mañana, y del que ya se ha hablado en este libro, mención especial merecen los desayunos del albergue municipal de Elejabarri.

Como en las comidas, había que hacer cola en fila india e ir pasando ante el mostrador, coger la bandeja, el pan y los cubiertos, el vaso, llenarlo con leche y/o café en los tanques al efecto, tomar la servilleta, la capsulita de mermelada Eva (atiborrada de espesantes, conservantes y colorante, como siempre ocurre con este tipo de productos) y... la pastilla de 12,5 gramos de margarina Novoa que te tendía una persona dedicada a eso: a que cogieses una y no más de una pastilla de margarina. Quién era la persona que repartía celosamente las pastillas, dependía del día, y de cómo hubiesen organizado su trabajo los empleados; pero no hubo ni una mañana, entre las que desayuné allí, en la que me diesen una pastillita adicional de margarina, pese a que lo pedía insistentemente, argumentando lo evidente: que una pastilla tan pequeña sólo alcanzaba para un bollo de pan y casi todos comíamos más de un bollo. Los empleados justificaban su negativa como podían: “es que es una para cada uno”, “es que me han dado 35 y es una para cada uno”, “es que no se puede”, “es que son las normas, pero puedes repetir café y pan todo cuanto quieras”, etcétera. Evidentemente, nos atiborrábamos de pan, tanto al desayuno como en el resto de las comidas, y no porque fuera un buen pan, sino porque jamás dejaban repetir plato en las comidas y en las

cenar; y las raciones, que estaban contadas, además de exiguas no eran deliciosas. De modo y manera que siempre teníamos hambre.

Tal vez, cuando el lector lea este libro, en el albergue Elejabarri hayan cambiado de marca de margarina (seguramente a otra más barata), pero no creo que hayan cambiado de costumbre. Lo digo porque un veterano usuario del centro me contó lo siguiente: “Al poco de que abrieran este albergue, hace unos años, estaban las pastillas de margarina así, en fila en el mostrador, para que tú cogieras la tuya, no como ahora, y uno cogió dos pastillas”. Hete aquí que un gallego calvo y hosco que limpia las bandejas y ayuda a servir comidas y desayunos, pero que no es un funcionario o empleado, sino “un carrilano de mierda, como nosotros, empujó y empezó a gritarle al que había cogido dos pastillas y, entonces, los demás se le echaron encima y le pegaron la paliza padre, le rompieron un brazo y me parece que también la mandíbula, porque ya estaban hasta los cojones de él. Pero no te creas que aprendió o que aprendieron algo los del albergue. Él siguió igual, ¿no ves que siempre está armándola? Hay gente que piensa que es masoquista, que le gusta que le den”.

Acerca de este individuo, me contó también que “no sale nunca del albergue, está amenazado por gente de aquí, de Bilbao, que como lo vean por ahí lo van a matar, porque además de faltón es un hijoputa y un chivato. Tampoco puede volver a Santiago. Ya lo conocí de carrilano hace años, por ahí, se chivaba de todos, pero las monjas pasaban de él. Aquí, sin embargo, encontré quien lo proteja y lo deje estar. Siempre es así, el más mierda y el más chivato es al que adoptan. Yo a veces me levanto a por más café y el tío, el puto gallego este, se me queja, como si el café fuera suyo. Hay que joderse que los trabajadores pasen de todo para algunas cosas y este mierda se ponga a ladrar”.

Le dije que yo todos los días pedía otra pastilla de margarina, aunque no me la dieran, “para que sientan lo miserables que son”.

–No te preocupes, lo llevan bastante bien –ironizó el buen hombre.

Las comidas y las cenas

En todos los comedores a los que acudí se reciclaban las sobras de comidas y cenas, volviéndolas a presentar, ora tal cual, ora remodeladas en forma de pequeños pinchos o bocaditos –esto lo hacían mucho en la Residencia San Fermín de Pamplona.

Recuerdo especialmente unos garbanzos infames que nos sirvieron para comer un día en el albergue Elejabarri y cuyos numerosos supervivientes aparecieron flotando en la sopa de la noche –es posible que me equivoque, que no fuesen los mismos garbanzos, dirán algunos, porque los garbanzos no hablan y yo no pude interrogarlos, pero me temo que no me equivocó: sabían a pie de carrilano.

Frecuentemente, se recurre a la pasta con tomate, las garbanzadas y las lentejas, socorridas por su buen amigo el arroz y las polifacéticas y ubicuas patatas, en todas sus riquísimas y no tan riquísimas variedades –no en balde, la patata revolucionó la economía europea después del descubrimiento de América: hoy sigue siendo, junto con el arroz, el mejor amigo del pobre.

También se nos suministraban proteínas a porrillo en forma de carne picada (albóndigas) y croquetas, que no siempre sentaban bien a nuestros maltratados estómagos. Recuerdo una cagalera generalizada en Pamplona: los más veteranos comensales pasaron la noche levantándose al baño.

En todas partes, nos atiborraban a pan, hinchado de levadura y no siempre fresco, porque la carne de Cristo, después de dos mil años, se

conoce que ya está un poco correosa... aunque la metan en el congelador para que aguante hasta el día siguiente.

Entre lo más indignante, he de citar de nuevo a los amigos del Albergue Municipal de Elejabarri. A la mañana, te preguntan si vas a comer y cenar, y es obligatorio acudir si te has comprometido. Te exigen la máxima puntualidad. Si llegas un poco tarde, no te dejarán entrar, lo cual no impide que todos los días te tengan esperando, apelonado en el pasillo con todo el mogollón, a que abran la puerta del comedor y un tipo, armado de un bolígrafo y walkitalki, deje pasar de uno en uno, después de comprobar tu identidad y su correspondencia con los datos de su lista. En cuanto a demora y control, ocurre lo mismo en los centros municipales de acogida social de Vitoria-Gasteiz y Donostia, pero en esos centros, a diferencia de en Elejabarri, no se raciona la comida.

En Elejabarri, yo he visto cómo se repartían los yogures de uno en uno; cómo se le preguntaba a una mujer cuántos hijos tenía y se le daba un yogur por niño, sin dejarlos repetir. En una cena, un comensal se quedó sin yogur porque faltaba uno –sacaban el número exacto– y los empleados contaron las bandejas usadas, comprobaron la correspondencia entre el número de bandejas y el de usuarios del comedor, revisaron visualmente las mesas para cerciorarse de que ninguno de nosotros se había agenciado dos yogures y estuvieron de un lado a otro más de media hora con esta historia. Y eran yogures baratos.

Una de las veces en que cené en el albergue Elejabarri y tenía hambre porque no había comido nada en el día, de primer plato sirvieron sopa de arroz hinchado con “marisco” de lata barata y, de segundo plato, cuatro salchichas contadas, esmirriadas, con una “guarnición” de patatitas fritas... de las que se venden en los kioscos, *crisps*, que llaman los ingleses. Literal.

Y de postre, el famoso yogur. Me levanté a pedir más, porque tenía hambre, y me respondieron que no se podía repetir, que “después come otro turno”. Un vagabundo de media estancia me dijo que algunos enchufados podían repetir de vez en cuando, pero yo no pude comprobarlo. Lo reflejo de todas formas porque es sintomático que alguien que llevaba seis semanas en el albergue tuviera esa certeza.

La organización interna en estos centros es tan rígida que en la Residencia San Fermín, por ejemplo, servían natillas, yogures y petit-suisse sin cucharilla, porque no había cucharillas. Pasaban los días y seguía sin haber cucharillas, porque “aquí es así”. La gente comía los petit-suisse apretándolos por la base, ya que las cucharas normales eran demasiado grandes para extraer el contenido.

Como se ponía más celo en controlar a los comensales que en servir prestamente, a menudo ocurría, sobre todo en el Centro Municipal de Acogida Social de Vitoria y en la Residencia San Fermín de Cáritas, que los alimentos, y esto era especialmente lamentable en el caso de las sopas, estaban templados o fríos cuando por fin nos sentábamos a comer.

En cuanto a los comedores sociales que frecuenté, debo decir que en los de Bilbao (Franciscanos en calle Irala 8; Apostólicas en calle Manuel Allende 10; Conde Aresti en calle Zabala 22) daban mejor de comer, por lo general, que en el comedor de Desamparados, en Vitoria-Gasteiz, si bien tenían tendencia, como todos, a la pasta con tomate y platos en este plan, pero en Bilbao se alternaban con otros de mejor calidad.

En todas partes, era patente que control y ahorro primaban sobre la cantidad, la calidad y cualquier otra consideración acerca de la comida.

Además, la concesión de pases para comedores sociales era un medio de fichar y controlar a la población marginal.

La ayuda interesada

Estoy en la sede de Cáritas en la Plaza del Corazón de María del barrio de San Francisco, en Bilbao. Tras media hora de espera, me llaman y paso por unos escalones y un pasillo hasta un austero despacho. En la pared, un gran crucifijo con la reproducción sanguinolenta de un hombre en calzoncillos: Jesús de Nazaret. Un chico regordete y desenfadado me invita a sentarme con un gesto.

–Dime –dice, entrecruzando los dedos, en espera de que le refiera mis pretensiones o mis penas.

Le digo que se me acabó lo del albergue y que me voy a quedar unos días en Bilbao a buscar trabajo y “buscarme la vida para dormir”, pero que necesito dónde comer y cenar, que a ver si ellos me lo pueden facilitar.

–Bueno, te explico.

Y me aclara que, en cuanto a alojamiento, hay algunos centros privados, entre ellos el de Cáritas, pero que “se destinan a gente a la que se le ha hecho un seguimiento o que tienen un problema concreto, o personas que pueden acreditar con un contrato que han conseguido trabajo y necesitan alojamiento hasta que cobren y encuentren acomodo en un piso o pensión”, y que, si yo obtengo un contrato, ellos me acogerán.

Yo pregunto si la falta de dinero, trabajo y casa no se considera “un problema concreto”.

Guarda silencio unos segundos y responde que, en mi caso (sin contrato, ni enfermedad grave), ellos no me pueden acoger, ni tampoco encontrarme acogida en otro sitio, a través de sus contactos con otras asociaciones. Menciona asociaciones en Bilbao, pero “para acogerte

necesitan conocerte de tiempo, verte en los comedores, fijarse en ti, saber tu caso y decidirse entonces a ayudarte. Sin conocerte, no hay nada que hacer”.

Pregunto si de lo que se trata es de que me conozcan lo bastante como para saber si soy integrable en alguno de los programas de inserción que gestionan y para los que reciben subvenciones.

Me mira en silencio unos segundos y se encoje de hombros ligeramente. Finalmente, me pide permiso para fotocopiar mi Documento Nacional de Identidad. Le pregunto para qué. Dice que para guardar la fotocopia con mi ficha, “así la próxima vez que vengas no necesitarás mostrar el documento para comprobación”. La razón no es consistente y no autorizo la fotocopia, pero la mayoría de los transeúntes sí la autorizan, por miedo a contrariar. Copia entonces en el ordenador algunos datos del DNI, no sin insistir en que la fotocopia haría que bastase “con ver las tarjetas de comedor picadas para renovarlas inmediatamente”, siempre y cuando se apreciase que había acudido casi todos los días a comer, aunque si faltaba alguno no pasaba nada. “Hay 108 plazas, pero nosotros repartimos 120 pases, porque siempre falta gente”.

Me da dos cartones: uno para comer en las Damas Apostólicas (sito en calle Manuel Allende nº 10) y otro para cenar en Comedor San Antonio (sito en calle Irala nº 8, en unos bajos junto a iglesia de los Franciscanos). Me informa de que en Apostólicas tengo de margen para ir a comer entre 12:30 y 13:30, pero en San Antonio he de ser puntual, porque “cuando se llena, pierdes el sitio”.

Al final, me recuerda que he tenido suerte: en la semana anterior, la demanda superó a las plazas disponibles para los comedores, y mucha gente se quedó sin comer. Tal cual.

CAPÍTULO 13

Unos servicios sociales ejemplares

En el albergue de Elejabarri, cené una noche en compañía de un tipo rubio de ojos claros que enseguida me dijo que había llegado de Vitoria y que, en esa ciudad, había encontrado trabajo en la construcción el primer día, “el día en que llegué”, pero que en los servicios municipales de urgencias de la Plaza de España no quisieron albergarle durante un mes, “hasta cobrar el sueldo, como hacen en todos los albergues⁴¹, sino que me echaron a los tres días”. En el trabajo no le quisieron conceder un adelanto para tomar un cuarto en una pensión –“normal, apenas me conocían”– y tuvo que dejarlo y seguir vagabundeando.

–Así que ya sabes –me dijo–, si vas a Vitoria, ni te molestes en buscar trabajo, te van a echar igual.

Comía la sopa con fastidio.

–Y era un buen trabajo –siguió–. Me pagaron 100 euros sólo por tres días. Pero si no hay donde dormir, no hay nada que hacer. Hace demasiado frío en la calle.

Un mes después, pude comprobar personalmente que los servicios municipales de urgencias sociales de Vitoria-Gasteiz adolecen de una concentración de los males comunes tanto a servicios municipales como autonómicos, públicos y privados, que se prestan en Hegoalde: largas

⁴¹ No es exacto que esto sea así en “todos” los centros de acogida, pero sí es cierto que en mucho de ellos presentar un contrato de trabajo ayuda a la obtención de un alargamiento de la estadia.

esperas, control social, desinformación y utilización de todo tipo de artimañas verbales para denegar apoyos, actitudes ordenancistas...

Ya en mi primera visita, me encontré esperando en una sala que no era tal sino un espacio al pie de la escalera, situado entre la entrada y el cuarto donde las trabajadoras sociales nos atendían. Había dos bancadas de plástico para sentarse a esperar ante las miradas y bostezos de un policía municipal que leía la prensa, sentado tras un pequeño mostrador. A la izquierda del policía, encima de la puerta de un pequeño armario, había un cartel con fotos de gente buscada. Detrás del agente, allí donde se unían los vértices superiores de las paredes con el techo, había una cámara de vigilancia enfocada hacia la entrada. Desde este vestíbulo, era perfectamente visible el interior del despacho de las trabajadoras sociales, gracias a un ventanal con las cortinas descorridas, cuya función no era otra que permitir al policía municipal, con sólo volverse, ver cuanto pasaba adentro. En el interior del despacho de las trabajadoras, los usuarios se sentaban de espaldas al ventanal, y éstas de cara a él. Eran ellas quienes decidían si correr o descorrer las cortinas. Por lo que pude apreciar las veces que estuve allí, sólo corren las cortinas cuando van a hablar con usuarios conocidos y dóciles.

En esta primera visita, tuve que esperar una hora a ser atendido y, en ese tiempo, aprecié lo que tantas otras veces: que en el enfrentamiento dialéctico entre las trabajadoras sociales y los parias urbanos, ellas hacen esgrima verbal con florete y traje protector, y los parias con una torpe espada de palo.

Hubo una larga discusión entre una pareja mal vestida que tenían un bebé y las trabajadoras sociales —que eran dos: Eva y Marian. Las trabajadoras elevaban el tono de voz, con frases como estas: “Tú lo que tienes que hacer es encontrar un trabajo y tu mujer y tu hijo donde tienen que

estar es en ...”, “pero tú mismo has dicho que...” Y les exigían explicaciones por todo. Al final, la pareja se fue arrastrando la mirada por el suelo. Estuvieron un tiempo en la plaza sentados y más tarde volvieron a la carga. Entraron también dos jóvenes magrebíes, uno de los cuales no hablaba casi nada de castellano; el otro, que se esforzaba por sonreír y ser amable, hacía de intérprete. Oí: “Pero si tu amigo tiene recursos como para ir a Bélgica y volver” y, como el intérprete protestaba, la trabajadora social siguió: “Pero tú mismo has dicho que ha ido a Bélgica y ha vuelto, entonces por qué viene aquí a pedir”. Finalmente, los dos inmigrantes se fueron con el paso lento y la mirada baja.

Entró más gente, algunos salían al poco con un papel en la mano.

Cuando me llegó el turno, me encontré adentro con las cortinas recorridas a mi espalda y frente a las dos trabajadoras sociales. Enseguida me di cuenta de que ejercían de buena y mala, como los policías en los interrogatorios. Y, al igual que en esos casos, el que más información comprometedoras suele obtener, y por tanto el más peligroso, es el que interpreta al “poli bueno”.

Aquí la “buena” era Eva, de gafitas y pelo teñido de color rojizo. La “mala” era Marian, de pelo castaño, largo, liso, de facciones muy correctas y ojos oscuros, de una seriedad hostil.

Dije que quería dormir en el albergue y me pidieron el nombre completo. Dijeron que tenían una plaza “porque una persona que había la ha dejado libre”⁴².

Me pidieron el documento y Eva me preguntó si había estado antes. Me dijo que iban a guardar los datos en el ordenador –quien los guardó fue

⁴² En el Centro Municipal de Acogida Social, la guarda me dirá otra cosa: “Una familia que iba a ocuparla no se ha presentado”.

Marian-, pero que “son confidenciales, sólo para uso de los servicios sociales”. Y pregunta:

–¿Sabes que en Asturias también hay servicios de acogida?

Me quedo cortado:

–Sí...

–Te lo digo porque vemos que no eres de aquí.

–¿Y?

–Pues que quizá en Asturias tengas más referencias y puedan ayudarte mejor.

–Yo hace cinco años que no vivo en Asturias, no tengo contacto con mi familia y mis amigos están todos emigrados.

–¿Ningún contacto con tu familia? –insiste la “buena”.

–Eso es.

–¿Dónde estás empadronado?

–Pues no lo sé. He vivido en muchos sitios.

–¿En esta dirección? –señala la del DNI.

–Pues a lo mejor, no sé.

–¿Pero dónde has estado más establecido, o has estado siempre por ahí?

–También he estado en el extranjero.

–Estas preguntas son para ayudarte, para saber cómo...

–Me da la impresión de que lo que queréis es sacudiros el muerto, mandarme para Asturias o a donde sea, que otro solucione el problema.

Callan. La “buena”, Eva, empieza a rellenar mi ficha y luego me la enseña y me la explica. Es la ficha que debo enseñar en el centro de acogida. Marian me aclara que las comidas (cena y comida) son obligatorias. Debo abandonar el centro el sábado, después de desayunar.

–¿No tenéis norma del frío? Para prolongar la estancia –aclaro.

Eva empieza a decir que “eso depende de que haga frío, del temporal, que haya plazas...” y Marian la corta:

–Sólo en caso de que haya un temporal como el de estos días pasados y no salgan autobuses ni trenes de la ciudad.

–¿Y vosotros facilitáis billetes o dinero para que la gente se vaya?

–No.

El mundo, según Marian

Tres días después, vuelvo a la oficina de la Plaza de España nº 1. He agotado el tiempo de estancia en el centro municipal de acogida social y quiero poner a prueba a estos servicios municipales. Puesto que, a estas alturas, ya son varios quienes me han dicho que a los transeúntes jamás nos prolongan la estadía en caso de que hayamos encontrado un trabajo, voy a hacer una petición diferente y un tanto extraña. Les contaré que estoy sin techo, sin trabajo, sin apoyos familiares de ningún tipo, que no soy receptor de ayuda alguna –tal y como les he dicho ya en la primera entrevista– y que he sido admitido en un curso del Instituto Nacional de Empleo (INEM) en Vitoria y necesito que me den apoyo –a ser posible alojamiento en albergue o centro municipal o similar durante un tiempo–, o, al menos, información sobre comedores, Cáritas, ayudas etcétera. Es decir, ya que el trabajo (pescado) no es razón suficiente, voy a apostar por la “formación” (la caña de pescar).

Espero más de una hora a ser atendido. Aunque, durante mi espera, quien atiende es Eva, cuando me llega el turno, ésta se va y baja Marian por la escalera, entra al despacho y descorre las cortinas para que se vea bien el interior. Viste hoy un pantalón a cuadros, unos zapatos rojos de tacón fino y

un jersey de cuello cisne. La acompaña una muchacha que no abrirá la boca en ningún momento.

Cuando me llaman, entro y explico mi caso.

–¿Cuál es tu nombre? –pregunta Marian.

Escribe mi respuesta en una libreta y, al menos en mi presencia, no añadirá ninguna nota.

–¿Y qué, has estado tres días en el albergue?

–Sí.

–Ya, pero es que nosotros sólo facilitamos tres días y, hasta que no pasen los tres meses, no se puede...

–¿Y no hay otro tipo de acogida que no sea en ese centro?⁴³

–No, no hay.

Esto es falso. En Vitoria existen más recursos a este respecto, tal y como el lector puede verificar visitando, por ejemplo, la web del Ayuntamiento.

–¿Y otros sitios?–insisto.

–No hay. Si usted tiene recursos, puede buscar una habitación...

Ha empezado a tratarme de usted.

–Es que ése es el problema. Si tuviera recursos, no tendría problema, ¿no?

–Ya.

–Pero el problema es que no los tengo. Ni siquiera tendría para residir. No estoy cobrando el paro ni... Pero, ¿no hay nada público? ¿O Cáritas o algo más, no hay?

–En Cáritas tampoco le atienden, tiene que estar empadronado. En Cáritas tampoco tiene alojamiento, o sea... ¿Dónde está usted empadronado?

⁴³ Refiriéndome al Centro Municipal de Acogida Social de la calle Mediterráneo nº 5.

–La verdad es que no lo sé.

En modo alguno esto es extraño: un vagabundo puede no figurar en padrón alguno. Yo mismo, tras emigrar a Inglaterra y volver, no figuré en padrón alguno durante meses. A partir de este punto, ella se atendrá a lo dicho: que sólo me dan acogida tres días y que no existe otro tipo de ayuda, que debo acudir a donde esté empadronado, aunque no sepa dónde. No me pedirá evidencia alguna del INEM porque no le interesa discutir ese tema. Lo que le interesa es conseguir que me vaya.

Le pregunto si hay algún comedor social y si me puede facilitar una lista de servicios por el estilo.

–Hay un comedor, no una lista –sonríe con suficiencia–. Hay un comedor que está, ¿conoces un poco Vitoria?

Volvemos al tuteo, ahora que parece que he renunciado al albergue. Y me explica la ubicación del comedor sito en la iglesia de los Desamparados.

–Ahí se va pagando, ¿eh? No sé si son tres euros y pico o cuatro, no lo sé.

Se ve que está “muy bien” informada. La comida costaba 3.05 €; y la cena: 2.65 €.

–¿No hay más servicios sociales en Vitoria?

–Sí, pero para gente que reside en Vitoria.

–Para la gente que está empadronada, es decir. Si estuviera empadronado, tendría casa, ¿no?

–Empadronado, no. Para la gente que reside en Vitoria, ¿eh? Para la gente que vive en Vitoria, no la gente empadronada.

–¿Para gente que vive, por ejemplo, en la calle, en Vitoria?

–En Vitoria nadie vive en la calle. Hombre, ni en Vitoria ni en ningún sitio, yo creo.

Me costó trabajo digerir esta respuesta.

–¿Seré el primero, a lo mejor, si me quedo?

–No lo sé, probablemente. En principio –guarda silencio unos instantes–... no creo que se vaya a quedar en la calle.

Vuelve a tratarme de usted y empezamos aquí una discusión de frases entrecortadas, que no tiene sentido reproducir. Finalmente, me acuerdo de que soy periodista –porque ya me estoy exasperando en el papel de vagabundo– y me tranquilizo, con lo que la conversación se hace más coherente.

–Me imagino que en algún sitio habrá estado usted viviendo una temporada y tendrá unos derechos adquiridos –insiste Marian–. Desde luego, aquí no los tiene.

–Unos derechos adquiridos como qué, por ejemplo.

–Pues como que le atiendan los servicios sociales. Aquí lo único que le corresponde son tres días.

–Sí, en el albergue. ¿Pero no hay más servicios sociales en Vitoria que tres días en el albergue?

–No, no los hay.

–No me lo puedo creer.

–Bueno, pues si no se lo puede creer...

–Por ejemplo, me quedo en la calle, quiero comer en el sitio este –estoy señalando el comedor de Desamparados en un mapa fotocopiado–, bueno, tendría que hablar con ellos, evidentemente.

–¿En el comedor?

–Sí. ¿Pero tiene que ser pagando, además?

–Sí.

Falso: a quienes no están en disposición de costearse el comedor, Bienestar Social puede proporcionarles un vale para que coman gratis.

–Entonces la única posibilidad, para mí, de hacer el curso es, dígame si me equivoco, quedarme en la calle a vivir y, si tengo dinero para comer, pago.

–Hombre, yo creo que, primero, usted debería preocuparse de cubrir sus necesidades de alojamiento y manutención.

–En cualquier sitio estoy como aquí, ¿entiende? Si no, hubiese ido a otro sitio, o se cree que estoy así por...

–¿Usted lleva toda la vida así, de albergue en albergue?

–No, toda la vida no porque yo no me nací a mí mismo, ¿entiende?, ni me crié a mí mismo. Toda la vida no, pero sí que llevo un tiempo que no tengo recursos.

–Ya, pero habrá estado viviendo en algún sitio.

Vuelta la burra al trigo.

–Sí, ¿y qué? Si ya no pude pagar más la renta, tuve que irme, ¿entiende? Si hubiera podido seguir viviendo allí, hubiera seguido viviendo allí.

–Ya, pero usted estará empadronado en algún sitio, tendrá una familia en algún sitio.

–Con mi familia no tengo relaciones; si las tuviera, a lo mejor no tendría este problema, ¿comprende? Yo hace muchos años que soy mayor de edad y ellos tampoco se sienten obligados a nada, ¿comprende?

–Ajá.

La falta de contactos familiares es habitual entre los vagabundos, por lo que no se entiende esta insistencia al respecto cuando ya le he dejado claro, al principio de esta conversación y en la entrevista precedente, que no

tengo contacto con mi familia. La familia es el colchón social que tapa la pobreza oculta, pero una persona que trabaja atendiendo las demandas de los pobres debería saber que no todo el mundo tiene familia, que no todo el mundo está empadronado ni puede empadronarse, que hay gente que duerme en la calle etcétera.

–Y eso es así, para mí tampoco es agradable estar... Yo simplemente estoy preguntándole...

–Ya, y yo estoy informándole de lo que hay. Le estoy diciendo que, en Vitoria, para la gente transeúnte, se facilitan tres días de albergue y nada más. Y, desde aquí, se le dice que acuda a los servicios sociales de la ciudad en la que usted haya estado viviendo, en la que esté empadronado y en la que le corresponda que le atiendan.

–Y si voy allí y no tengo nada allí, ¿a qué voy, a dormir en la calle allí? ¿Qué más me da dormir allí que aquí?

–Yo le estoy diciendo que vaya allí y que acuda a los servicios sociales, no que duerma en la calle.

–Y yo le informo de que, vaya donde vaya, no me va a quedar otra que dormir en la calle.

–Desde aquí no hay más apoyo.

–No lo hay... no lo hay.

–Bueno.

–Lamento... ¡molestar!

Se produce un silencio espeso.

–Si molesto...

–Aquí estamos trabajando.

No me mira al decir esto, sino que se vuelve hacia su ordenador.

–¿Me puede decir su nombre, si es tan amable? –pregunto, ya en pie.

–Marian.

–¿Y el apellido?

–No tengo por qué decirle el apellido. Hasta luego.

CAPÍTULO 14

Matemática del desamparo

El tiempo de acogida al que puede aspirar un individuo insolvente y solo en Euskal Herria está condicionado, más que por su perfil individual y social, por una simple cuestión de fechas.

Aunque la información referente a los tiempos y condiciones de acogida de los centros públicos y privados está en continuo cambio, se puede aventurar una aproximación.

Veamos, por ejemplo, la acogida de los siguientes centros, albergues y residencias, situados en las capitales de Hegoalde (los centros urbanos presentan mayor demanda y mayor oferta de estos servicios)⁴⁴:

–Albergue Municipal de Elejabarri (Bilbao): 3 días cada 3 meses. En invierno se puede solicitar una “cuota del frío”, que posibilita prorrogar la estancia otros 3 días más. Esto son, por lo tanto, entre 12 y 18 días al año. Lo que quiere decir que durante los 347 días restantes (suponiendo que no sea un año bisiesto, como lo fue el 2004) el vagabundo no puede volver a dormir allí.

–Residencia San Fermín (Pamplona): 5 días al año. Esto quiere decir que durante los 360 días restantes (361 en bisiesto) no se puede volver

⁴⁴ Algunas organizaciones, asociaciones y centros, como Agiantza, Lagun Artean, Hargindegi, San Vicente de Paúl, Bizitegi, Fundación Larratxo, Cáritas, Salhaketa, Argiberria y Comisión Ciudadana Anti-Sida, cuentan con pisos de acogida o pisos tutelados para determinados colectivos, pero, además de disponer de un número muy limitado de plazas, no son accesibles para cualquier individuo en situación de pobreza y desamparo, sino para quienes cumplen determinados perfiles de marginalidad (drogadicción, trastorno psicológico, sida, maltrato etcétera).

a dormir allí. Además, cierra durante un mes de las vacaciones de verano.

–Centro Municipal de Acogida Social de Donostia-San Sebastián: 3 días cada 3 meses. Esto significa acogida durante 12 días al año y desamparo durante los 353 restantes.

–Centro Municipal de Acogida Social de Vitoria: igual que el anterior.

Según hemos visto, se puede dormir bajo techo, moviéndose por las capitales de Hegoalde, alrededor de 47 días al año. Si a esto sumamos una noche en Altsasu cada 3 meses (4 noches al año)⁴⁵, 8 en Tolosa cada 3 meses (24 al año), una en Tudela (Cáritas) cada 3 meses (4 al año)⁴⁶ y unas 7 noches en Tudela (municipal) cada 3 meses (28 al año)⁴⁷, hacemos un total de 107 noches al año bajo techo caritativo, es decir 258 noches al raso en año no bisiesto. Y esto moviéndose de una población a otra, “haciendo el carril”.

Para pernoctar en alguno de estos centros es necesario, además, que haya plazas libres la noche en que uno llama a la puerta. Y eso no es fácil, pues el número de plazas disponibles es muy exiguo.

Los que más capacidad tienen son los situados en las capitales de Hegoalde: Residencia San Fermín: 69 plazas en el centro; Centro Municipal de Vitoria: 67 plazas (incluyendo 3 reservadas para emergencias, y plazas para transeúntes y de larga estancia reservadas para residentes en Vitoria); Centro Municipal de San Sebastián: 65 plazas; Albergue Elejabarri: 57 plazas.

⁴⁵ El aterpe de Altsasu permanece, además, cerrado durante más de un mes de las vacaciones de verano.

⁴⁶ El albergue de Cáritas en Tudela cierra un mes durante las vacaciones de verano.

⁴⁷ El albergue municipal de Tudela cierra durante más de un mes de las vacaciones de verano.

En total, 258 plazas por las que pasan miles de personas al año⁴⁸.

Los albergues situados en las poblaciones pequeñas de Navarra incrementan en muy poco estas cifras: el albergue de Altsasu dispone de 8 plazas; Tudela (Cáritas): 15 plazas (12 in situ, 3 más en pensiones); Tudela (municipal): 20 plazas (10 in situ, 10 en pensiones). A esto hay que sumar las pocas plazas ofertadas en Tolosa (Guipúzcoa).

La capacidad de agotar estos exiguos recursos, aún así, no está en la mano de todos, pues depende también de la información que reciba el potencial usuario.

A este respecto, hay que decir que los servicios de acogida rara vez facilitan datos útiles de otros centros: lo tengo comprobado. El centro de acogida de Donostia fue el único que me facilitó una lista de servicios sociales de Vascongadas, Navarra y otras partes de la península, especialmente en Madrid. Era una lista confeccionada a mano y fotocopiada, un tanto obsoleta, pero lo único que pude obtener. También permitían a los usuarios llamar a otros centros cercanos (Bilbao, Pamplona, Vitoria) para preguntar si había plazas y evitar que hiciésemos el viaje en vano. En los demás centros de acogida, rara vez permitían algo así. Se desentendían de todo aquello que no fuera de su competencia directa y, así, a los vagabundos les resultaba difícil informarse con veracidad de aquello que más podía interesarles: adónde dirigir los pasos una vez agotada la estancia en el centro de turno, con la calle como única certeza.

En el Centro de Acogida Municipal de Vitoria, por ejemplo, las llamadas gratuitas, posibles sólo a determinadas horas, iban acompañadas de un humillante ritual. El transeúnte interesado debía informar al empleado del Centro de la naturaleza de la llamada que quería realizar (para un trabajo,

⁴⁸ Estos datos corresponden a la primera mitad de 2004.

por ejemplo, o información sobre otro albergue o pensiones), entregar al empleado el número al que se pretendía llamar, esperar a que el empleado marcara el número, escuchase los tonos, hablase con la persona que respondía al otro lado de la línea –a fin de asegurarse de que, efectivamente, ese era el teléfono de destino– y, sólo entonces, entregase el auricular al transeúnte.

Sin embargo, lo grave no es que un vagabundo no reciba información alguna en un servicio social acerca de centros de atención en otras poblaciones, sino que, además, se le escatime información acerca de los servicios que se prestan en el propio término municipal en el que los servicios de atención se encuentran, como se ha podido ver en el capítulo anterior. El motivo de esa mezquindad es obligar al vagabundo a seguir su ruta y desaparecer del término municipal, librándose así de una molestia.

CAPÍTULO 15

Trasporte para ricos

La movilidad de un vagabundo depende tanto de sus pies como de trenes y autobuses, a no ser que tenga una presencia que inspire confianza a los automovilistas y entonces le compense hacer autostop⁴⁹. El transporte de viajeros está restringido en determinadas fechas, especialmente el 24 y 25 de diciembre, pero, de todas formas, cualquier día del año hace falta estar lejos de la miseria para trasladarse entre los ayuntamientos de Euskal Herria pagando billete. Es por eso que, muchas veces, los vagabundos llegan a una población y, si no hay cama en un centro de acogida, y esto ocurre sobre todo en los más crudos días de invierno, se quedan a dormir en la calle. Si al día siguiente tampoco encuentran sitio, se largan como pueden.

Un vagabundo puede pasar así muchas noches seguidas, pues los albergues no sólo están distantes entre sí, sino que exigen, para dejarte entrar, que no hayas pernoctado allí en un período de tiempo –normalmente en los últimos tres meses, pero a veces es en los seis últimos, o en el último año. Además, las plazas disponibles son insuficientes para absorber toda la demanda en los días más fríos del invierno.

⁴⁹ A este respecto, una anécdota aleccionadora, extraída de la prensa. En febrero de 2004, en Murcia, un vagabundo presencié un accidente en el que un coche perdió el control y salió de la calzada, despeñándose cerca de un pinar donde el vagabundo dormía. Visto que él solo no podía auxiliar a la víctima, se apostó a la orilla de la carrera haciendo señales a los vehículos, pero nadie se detenía “dado su aspecto desaliñado”, decía la nota de prensa. El vagabundo se tumbó *en la calzada* para obligar a parar a los conductores. Finalmente, un camionero se detuvo y llamó al servicio de urgencias. Para los periódicos la noticia estaba en que un vagabundo con “coraje” había arriesgado la vida para ayudar a una accidentada. Para mí la noticia está en que *tuviera que arriesgar la vida* porque nadie le hacía caso, dado que era un vagabundo de “aspecto desaliñado”.

Las tarifas en autobús no eran baratas: moverse entre San Sebastián y Vitoria, y entre Vitoria y Pamplona, costaba más de 6 €. Ir de San Sebastián a Tolosa, 1.50 €. Viajar entre Bilbao y Vitoria, en febrero de 2004, costaba 4.65 €, pero dos meses después se había incrementado a 4.80 €. Entre Altsasu y Vitoria, el precio pasaba de los dos euros y medio. Entre Durango y Gasteiz costaba 2.55 € a principios del año 2004, pero pronto ascendió a 2.65 €.

Los precios, como es público y notorio, oscilan de unas compañías a otras y cada cierto tiempo se incrementan, sin que por ello mejore el servicio.

Estos precios para los autobuses hacen que el transporte en tren resulte más barato –excepto, por ejemplo, entre San Sebastián y Vitoria, en que pasaba de los 7 €. El tren, aunque suele tener horarios más restringidos, tiene en compensación una gran ventaja: en él es más fácil colarse.

En el camino de hierro y sin billete

Estamos en febrero de 2004 en la estación de RENFE de San Sebastián. En el andén, me cruzo con un muchacho magrebí alto y delgado, que tiene un brazo escayolado y los dos ojos a la funerata. Nos conocemos del alto de San Bartolomé, pero no nos saludamos. Está esperando el tren de las 15:35, así que subo a su mismo vagón y me siento dos filas tras él.

Cuando llega el revisor, el muchacho entrega su billete, pero el revisor dice que no es válido. El muchacho farfulla una disculpa de la que sólo se entiende “la chica ha dicho”. El revisor le mira escépticamente y sigue revisando billetes.

El muchacho inicia un monólogo dirigido a una mujer que tiene a la derecha, al otro lado del pasillo. Dice que va “a Tolosa, a ver amigo, un primo, y luego vuelvo”. (En Tolosa hay un albergue de transeúntes.) La

mujer no dice nada y él, haciéndose el molesto por culpa de la llamada de atención del revisor, asegura que ha estado “en Madrid, en Barcelona, en Francia” y nunca le habían hecho problema al viajar. Dice que “la chica” le ha dado mal el billete en ventanilla. Yo, en la ventanilla de venta, vi dos hombres y ninguna mujer. Como el revisor no vuelve, el muchacho baja muy feliz en Tolosa. Objetivo cumplido.

En este mismo vagón, a su paso por Zumárraga, sube un vagabundo bajito y delgado, con la piel muy oscura de miserias, casi acartonada, rastas descuidadas y sucias, acompañado de dos perros y un gato atigrado naranja. Lleva a los animales sujetos con un complicado mecanismo de correas. El gato maúlla de vez en cuando.

Al llegar el revisor hasta él, comienzan una larga discusión. Al parecer, el vagabundo ha pagado su billete hasta Vitoria, pero no ha pagado nada por los animales y, según la normativa de RENFE, cada animal de compañía debe pagar la mitad del precio de un billete de adulto. Ante las disculpas del vagabundo, el revisor dice:

–¿Quieres que calcule cuánto tienes que pagar?

Siguen hablando, pero no llegan a un acuerdo. El gato maúlla.

–Dale de comer al gato, que tiene hambre. Me está dando pena el pobre gato –dice el revisor que, cuando el tren para en Altsasu, obliga al vagabundo a apearse con sus animales.

De un vagón trasero, bajan dos carrilanos de mediana edad con sus mochilas al hombro y se paran a hablar con el vagabundo y a acariciar sus perros. El tren arranca.

El secreto para viajar en tren gratis, o pagando un billete de menor trayecto al que quieres recorrer, me lo explicó Arango, el invisible que

presumía de haber trabajado durante un tiempo como vigilante jurado en una línea férrea:

—Es de sentido común: te subes al tren y, en cuanto haya arrancado y salido de la estación, buscas al revisor, no esperas a que él dé contigo, y le cuentas que no tienes dinero para pagar el billete y que necesitas llegar a destino porque, por ejemplo, tienes posibilidades de trabajo allí, o simplemente un albergue donde dormir. Pero, más importante que lo que le cuentas, es que le digas sinceramente que no tienes dinero, que sabes que lo que haces no está bien, pero que no tienes más remedio y, sobre todo, *que no haya testigos*, porque si te oyen otros pasajeros u otro inspector, las probabilidades de que te eche aumentan. Que sea estrictamente un asunto entre tú y él y que no sienta que le andas chuleando. Por supuesto, te puede decir que no de todas formas, pero, si lo hace, ya tiene que ser cabrón el tío — y apuntilló esta frase abriendo las manos y encogiéndolo los hombros.

La ruta del euro

Dicen que el hambre agudiza el ingenio, y muchos carrilanos conocí que, gracias a la necesidad y a la experiencia, sabían por donde encaminar el rumbo para procurarse algo de dinero metálico, y así poder desplazarse y sobrevivir. El primer requisito, para alcanzar este objetivo, como para alcanzar cualquier otro en su situación, es colocar bien una mentira. Con la verdad, un pobre nunca consigue nada que valga la pena⁵⁰.

Voy a resumir las enseñanzas que me transmitieron varios vagabundos acerca de cómo hacer el carril, en Vascongadas, de la forma más ventajosa posible. Lo haré valiéndome de las palabras de un veterano

⁵⁰ San Juan Crisóstomo (Homl. 36, sent. 58, Tric. T. 6, p. 310.): “Los pobres, me decís, están inventando todos los días mil falsedades. Eso mismo los hace más dignos de compasión; porque la necesidad a que se ven reducidos, los pone en el extremo de tener que mentir para vivir”.

que, todos los años, se trasladaba de Galicia a Tarragona, varias veces, ida y vuelta. Sus mismas argucias eran utilizadas, en varios tramos, por muchos otros. Refiero únicamente lo que contó a propósito de Vizcaya y Guipúzcoa, por ser lo más interesante, y me he permitido, para facilitar la lectura, ordenar un tanto sus palabras, aunque con fidelidad absoluta al contenido:

–En Asturias y el País Vasco se puede encontrar bastante ayuda haciendo el carril, pero en Santander es imposible. Pides un duro y te miran como si pidieras la luna. Lo mejor es pasar por allí lo más rápido posible. A partir de Bilbao, la cosa mejora mucho, sobre todo en Durango, Eibar, Elgoibar y los pueblos de la costa guipuzcoana, porque los curas, los policías municipales y los servicios sociales de los ayuntamientos se suelen enrollar bien. Escucha, en septiembre del año pasado fui caminando de Bilbao a Durango y, al entrar en el pueblo, en una ermita muy guapa que hay allí, me senté en un banco a comer el bocadillo. En eso que miro a un lado y veo una cartera ahí tirada, cerca de unos matorrales. Me levanté a cogerla, la abrí, y vi tarjetas de crédito, documentos, y un DNI que ponía una dirección de allí, de Durango, de una chica. Les llevé la cartera a los Policía Municipal y un municipal me dio, allí mismo, 30 euros. «Ahí tienes», me dijo, «de parte de la chica. No te preocupes, que ya se los sacaré yo a ella». Parece que esa chica trabajaba en el Ayuntamiento. ¡Y además me pagaron el viaje a San Sebastián! Pero yo sólo fui hasta Eibar porque allí, excepto el domingo, en una oficina que hay tras la iglesia de San Andrés, en el centro del pueblo, hay una trabajadora social que te paga el almuerzo, el plato del día, en un bar donde se come de puta madre. Además, también en Eibar, los municipales te pagan en metálico el billete a San Sebastián, Bilbao o Vitoria y, a veces, a Pamplona. Yo lo que hago es decir que voy a Vitoria, quedarme con el dinero y acercarme andando hasta Elgoibar, porque allí también te pagan el

billete a San Sebastián. Entonces cojo el tren a Zumaya. Allí conozco un poco al cura que, cuando se enrolla, me da cinco euros. O sea que, con un poco de suerte, haciéndolo así, llego rico a San Sebastián.

—¿Cómo de rico?

—Pues con unos 15 euros en el bolsillo.

Para la vuelta, recurría a una maniobra parecida. Al llegar a Durango, pedía que le pagasen el billete a Bilbao y, al agotar la estancia en Bilbao, se acercaba hasta Llodio, donde acudía a Cáritas para que le pagasen el billete a Miranda de Ebro. Pero hacer la ruta en este sentido producía menos réditos.

En cualquier caso, casi nunca conseguía esos ansiados 15 €, y tampoco se encontraba una cartera cada vez que entraba en Durango. Lo que sí ocurría es que llovía a menudo y hacía frío, y él, como los demás carrilanos, caminaba solo, a la intemperie.

CAPÍTULO 16

No sólo de pan vive el pobre

Ángel lleva meses viviendo en las calles de Bilbao, y no es la primera vez que pasa así un invierno. A pesar de su juventud, es un experto rejoneador de la pobreza, en esta y en otras ciudades. No es toxicómano ni le da al trago, pero se ve que no va a salir a flote en la vida: está solo y no llega a los treinta años, creo, aunque nunca se lo he preguntado, porque la pobreza no es una edad sino una condena.

Ángel recurre a toda clase de trucos para conseguir lo que quiere: un vale para un comedor, un permiso para matar las horas en locales autorizados sólo para determinados marginales, un lugar para pasar la noche. Miente más que habla, y aunque digan que la mentira tiene las patas cortas, él mueve esas patas muy deprisa y corre más que un ciudadano honesto. Para sobrevivir en la calle tienes que saber mentir y saber callar. De todas formas, la mayoría de las veces te darán una patada en el culo.

Ángel es alto, con el cabello rizado y un rictus entre irónico y asqueado, más lo segundo que lo primero, dadas las circunstancias. No voy a dar más detalles porque, ahora que redacto este capítulo, julio soleado, él sigue por las plazas de Bilbao, sentado en los bancos, durmiendo donde mejor puede, intentando conseguir ayudas sociales a través de toda clase de mentiras, ya que la verdad, su verdad –que está en la rúe, que no tiene un cobre, que está solo, que no trabaja ni tiene ingresos ni apoyos económicos–, parece no ser suficiente. Hacen falta papelitos, sellos, firmas, esas cosas. Para los burócratas, una mentira escrita en papel oficial es una realidad,

mientras que el hambre, el frío, la necesidad, si no vienen con sello de entrada del Registro General, no existen, no importan, son un incordio, una impertinencia, y así va el mundo, y así va Ángel, que se nota que es joven en que todavía tiene esperanzas de conseguir algo.

Nos cruzamos en Bilbao, en la plaza de La Casilla, una madrugada de mucho frío, pero ya nos conocíamos de otros vagabundeos. Me acerco a él sin mucha esperanza de ser reconocido, y él me llama por mi nombre y me trata como si hiciera cinco minutos que no nos vemos.

Me cuenta que unos ertzainas⁵¹ de paisano han ido a buscarle a una obra en donde había encontrado trabajo ayer mismo. Dice que él no tiene ya “nada pendiente con ellos”, pero que le han arruinado ese trabajo: tras hablar con los ertzainas, el patrón ha cambiado de opinión y le ha dicho que no le necesita.

Ángel habla rápidamente y a las voces, repitiendo aquello que quiere enfatizar. Me dice que se ha acercado a un coche patrulla y les ha pedido explicaciones. Los agentes hicieron una consulta por su radio y le confirmaron que no le buscaban para nada.

–¡Pero ya me jodieron!

Ángel usa y abusa de la violencia verbal, es la única vía de escape para la agresividad que le suscita la humillación continua.

–Yo a quienes les ponía una bomba es a los de ahí, a los hijoputas esos del tercero –y señala con el índice a unas ventanas en la tercera planta de un edificio, esquina entre Alameda Doctor Areilza y Autonomía, que corresponde a los locales de la Asociación T4⁵².

⁵¹ Miembros de la Policía Autónoma Vasca.

⁵² La Asociación T4 Batzordea es una asociación de apoyo a personas portadoras de VIH/SIDA.

Faltan pocos minutos para las nueve de la mañana y Ángel tiene cita con una trabajadora social de Izangai Elkartea⁵³. Me propone que le acompañe.

Saliendo de la plaza La Casilla, una barrendera le dice a Ángel:

–Vaya cómo madrugas.

–Voy a buscar trabajo –dice él.

Y ella ríe, incrédula:

–¿A buscar trabajo tú?

Él me guiña un ojo. Nos metemos por Labayru y Ángel me explica que hay un medio para empadronarse en Bilbao, aunque no tengas casa.

–Paras durante tiempo por un café y calor, y luego pides que te hagan un certificado de paso por el centro, y con eso te empadronas en su dirección, porque es como un lugar fijo donde se te puede localizar.

Él lo está intentando por ahí. Necesita empadronarse para pedir ayudas sociales. Dice que, a los tres meses de empadronado, puedes pedir una ayuda de 38.000 pesetas al mes, mientras haces tiempo para la renta básica. Pero empadronarse no es tan fácil como parece.

–Después de parar por el T4 más de un año, no me informaron de nada. Y ahora no me quieren dar el certificado de paso. Son de lo peor.

Al llegar al local de Izangai Elkartea, resulta que la chica con la que se ha citado Ángel no está y nos toca esperar en la calle. Ángel quiere mear y lo hace entre unos contenedores de basura. En ese momento, pasa una mujer magrebi con un pañuelo en la cabeza y dos niños pequeños. Esto es motivo para un discurso xenófobo.

⁵³ La Asociación Izangai Elkartea se dedica a “atender y promocionar colectivos en situación de exclusión, generando itinerarios de incorporación social y laboral”, según sus Estatutos.

–Esta gente no sólo nos quitan el sitio y acaparan las ayudas, además no paran de reproducirse, macho. Y los hijos consiguen la nacionalidad española, pero qué tienen de españoles esos niños, si los padres encima les hablan en moro, porque encima es eso, ni aprenden el castellano ni nada, les hablan en moro, macho, qué saben esos niños de la cultura vasca ni de la catalana ni de nada. ¡No saben nada! Aquí va a haber una guerra y nosotros lo vamos a ver, te lo digo yo, ¡lo vamos a ver!

Tras solmenarme este discurso apocalíptico y recudírsela contra el contenedor de la basura, se abrocha la bragueta. Entonces pasa ante nosotros una señora con dos perritos de la correa. Ángel le saca un poco de conversación a la señora contándole que su madre tenía cinco perros como esos y que “no ladran, chillan”, e imita los chillidos, muy divertido con su lograda pantomima. Cuando se va la señora, Ángel ya está de buen humor y me dice:

–¿Sabes lo que te falta a ti?

–A ver.

–Pues un sombrero de esos grandes y negros, *redondeaos*, que usan los americanos estos de la secta, los... ¿cómo se llaman?

–¿Los amish, los cuáqueros?

–Sí, como se llamen esos. Con esas barbas es lo que te falta a ti, y un coche de caballos. Quedarías auténtico, macho, te lo digo yo.

A las 9:30 nos cansamos de esperar.

–Siempre igual –reniega Ángel–. Te dicen una hora y no aparecen. Debe de estar en el otro local, vamos allá, a ver.

En la calle García Salazar, bajando, antes de llegar al puente de San Francisco, vemos a una chica alta, con el pelo teñido de un cobrizo oscuro, atractiva, y Ángel la saluda de muy buen humor, caracoleando jovialmente

en torno a ella. Es la chica por la que estábamos esperando. Al parecer, ella le había dicho que pasara por el local para ver si le hacían hueco en unos talleres organizados en lo de Izangai, pero ahora dice que casi seguro que no habrá sitio para él porque son principalmente para gente sin papeles y para los que ya han hecho otras cosas en taller con ellos, pero que vaya a ver a otras asociaciones (le cita varias) en las que quizá haya algo que le interese.

Ángel dice que no, que a él lo que le interesaba era lo que habían hablado. Se pone serio al decir esto.

Nos separamos de la chica y nos metemos en la calle San Francisco. Ángel se ha mosqueado:

–Siempre es igual, no sirven para nada estas asociaciones y les importa una mierda la gente. Todo es para los que no tienen papeles o para los yonquis. Como tengas papeles y estés sano, date por jodido. Viste cómo me mandaba a otras asociaciones, como hacen todos. Sobre el papel siempre hay cursillos, macho, excepto cuando de verdad quieres apuntarte. Entonces vienen las normas, prioridades, cupos y la madre que lo parió, vamos, que te quedas fuera. Pero, eso sí, vete aquí, vete allí, vete a la madre que te parió. Ellos nunca tienen la culpa, la culpa la tienes tú que no te mueves, no te jode.

Días después, hago cola en el comedor de las Damas Apostólicas. Un chico gordito va marcando los pases, a veces auxiliado por una chica dotada de cierta mano izquierda. Los pobres pasamos de uno en uno o de dos en dos, para que la gente no se acumule dentro del comedor haciendo cola, y, cada vez que corta el chorro de entrada, el chico dice: “Un momento”. Alguno reniega a causa del hambre y se queja: “¡Ya van tres momentos!”

Veo a Ángel comiendo y me siento frente él. Tiene los ojos enrojecidos, y acompaña sus palabras con gestos lentos y fatigados, cosa que

es rara en él, tan impulsivo. Dice que esta semana fue al sorteo de plazas en Lagun Artean.

–Había veinte plazas a sorteo. Hay otras diez plazas más, pero son para fijos, *abonaos* allí –dice, con una mezcla de envidia y desprecio–. Nos presentamos cuarenta y seis tíos para las veinte putas plazas.

Veintiséis, entre ellos Ángel, no tuvieron suerte y se fueron a dormir a la calle.

–No me quiero ni acordar.

Hasta pasados 15 días del sorteo, no hay otra oportunidad.

–Menos mal que con el saco no paso mucho frío.

Lleva cuatro noches seguidas en la calle. Sólo tiene tarjeta para comer, porque la semana pasada los comedores estaban abarrotados y Cáritas no entregaba ya tarjetas para cenar. Pasa un minuto y le ofrezco la mía, le digo que a mi sí me han dado para comer y cenar, porque fui ayer a pedirla. Me pregunta en qué comedor tengo que ir a cenar. Digo que en Irala, cerca de la plaza de toros. Dice que ahí no quiere cenar.

–Está siempre lleno y no me gusta la gente que va allí. Muchos moros. Yo quiero cenar en Zabala, que está de puta madre.

Ángel suele pasar las tardes en Bizitegi⁵⁴. Por cómo habla del sitio, deduzco que le gusta bastante. Es un asiduo de los cafés-calor y de los centros de día. En ellos mata las mañanas y las tardes, se resguarda del frío y lee la prensa, buscando en las noticias de bombardeos, guerras, saqueos, conflictos raciales y religiosos, la confirmación a su apocalíptica visión de esta sociedad que le ignora.

Me dice que, para entrar en el centro de la Asociación T4, tuvo que decir que tenía problemas. Y me sugiere:

⁵⁴ Bizitegi es una asociación bilbaína dedicada a personas en situación de exclusión social.

–Tú les dices lo mismo que yo: que tienes problemas con el alcohol y que pierdes la memoria, que te pones muy mal cuando bebes y que pierdes la memoria, y ya está, allí tienes periódicos, café...

Y bufa, se mete una cucharada de garbanzos en la boca, mastica, traga, mira a otra parte, saluda con un movimiento de cabeza a un tipo torbo que acaba de sentarse en otra mesa.

–¡Ay, hombre, ay!... Bueno, hombre, bueno... Pues esto es lo que hay...

Un mes después, encuentro a Ángel en la avenida del Ferrocarril. Empieza a hablar en su tono alto y atropellante, más que atropellado, diciendo que le han robado la mochila y en ella “tenía el puto deneí, que ahora no puedo empadronarme sin el puto deneí”.

–¿Y no te vale con poner la denuncia en los municipales y presentar el resguardo que te dan? –quiero saber.

–No, no me vale, ya ves tú si son hijos de puta. Para empadronarte, necesitas el puto deneí, y ya se lo pedí a la policía de Logroño hace un mes y estoy pendiente de que me lo manden. Pero como es cosa de ellos, tienen que gastar en sellos, y ya ves tú si son hijos de puta que por dos putos sellos me tienen esperando, y cada día que pasa es un día más para pedir la ayuda. Ahora no la voy a cobrar a los tres meses, sino que va a ser a los cuatro meses, ya lo verás.

Lleva meses intentando reunir todos los papeles.

Ha entrado a dormir a Lagun Artean. No ha tenido suerte en ningún sorteo, pero esta vez estaba en la lista de espera y, tras varios días en la calle, faltó gente a dormir al local y le tocó turno.

–Por lo menos tuve esa suerte. Ahora, a ver si puedo dejar las bolsas allí. –Luego dice–: Bueno, yo voy a La Casilla, a ver qué hay.

Y se aleja por Doctor F. Landín.

CAPÍTULO 17

El gueto invisible

Los servicios sociales derivan a inmigrantes y a marginados hacia los mismos circuitos: comedores, albergues, talleres ocupacionales etcétera.

La atmósfera que se respira dentro de estos lugares es tensa y segregacionista. Cada cual se acerca a su gente y el rechazo y hostilidad entre grupos es llamativo. Los nacionales acusan a los inmigrantes de robar, traficar con droga y, sobre todo, recibir ayudas y trato de favor por parte de los servicios sociales.

El circuito marginal, en su conjunto, constituye un gueto invisible. Cuando digo “invisible” me refiero a que no está constituido en un espacio físico delimitado dentro de la ciudad, sino en pequeños espacios (albergues, centros de acogida, comedores, cafés-calor etcétera) diluidos dentro de la población. Lo que importa es que son lugares en los que el marginado se ve confinado para evitar males mayores: frío, hambre, problemas con la Policía o con grupos neonazis etcétera. Es decir, el marginado no se puede sustraer a ese circuito, a ese espacio, a ese gueto. Transcurrido el suficiente tiempo en el gueto, se puede olvidar toda esperanza. El individuo necesita entonces justificar su situación y la imposibilidad de superarla. Culparse únicamente a uno mismo no es soportable durante demasiado tiempo. Culpar a “la sociedad” –ente heterogéneo y extenso, inabarcable– no es exculpatorio, pues hemos sido educados en un sistema de valores que premia el logro personal y, consecuentemente, considera que valía moral y logros sociales van de la mano. Culpar de todo a la sociedad también lo salpica a uno.

El marginado, entonces, considerará que son otros marginados quienes le arrebatan la oportunidad de salir a flote, pues son ellos quienes acuden a los mismos lugares que él y los saturan, quienes buscan los mismos trabajos precarios que él, piden ayudas a los mismos organismos que él, se buscan la vida haciéndoselo todo más difícil *a él...*

Si, además, se da la circunstancia, como en Hegoalde, de que gentes de diferente procedencia y problemática comparten y disputan atenciones sociales, ya está montado el lío. Carrilanos, drogadictos, inmigrantes, alcohólicos etcétera se odian entre sí y no desperdician ocasión de demostrarlo, la mayoría de las veces aislándose unos de otros y también dentro de cada grupo. Entre los grupos netamente marginales –vagabundos y drogadictos, por ejemplo–, nadie es amigo de nadie. Si las circunstancias lo permiten, demostrarán su odio con agresiones verbales y, llegado el caso, físicas.

Para quien está en las últimas, aquellos que le rodean no son compañeros de fatigas sino rivales en la supervivencia.

Los servicios sociales vascos y navarros no cuentan con recursos suficientes para cubrir la demanda. Tampoco contemplan los problemas de la inmigración recién llegada como tales. Insertan en circuitos de marginalidad a inmigrantes cuya falta de recursos se deriva de que acaban de llegar. Esto redundaría en perjuicio de todos: de los marginados nacionales, porque deberán competir con los inmigrantes por el exiguo auxilio social; y de los inmigrantes, que terminan atrapados en ese gueto invisible no constituido para ayudar a sus habitantes, sino para controlarlos y extraer recursos de ellos.

Apartar a los pobres del paisaje urbano

Los Centros de Encuentro y Acogida (CEA), centros de emergencia social o de calor y café (o café-calor), así como otros centros no residenciales en los que el marginado puede refugiarse, leer la prensa, departir con otros marginados etcétera han proliferado en los últimos años.

En principio, se definen como centros para la inserción social, es decir, establecimientos, en este caso no residenciales, que tienen como objetivo el apoyar la inserción social de personas que, por diversas circunstancias, se encuentran en situación o riesgo de exclusión social. Participarían de algunas características de los centros de día, en el sentido de que son diurnos y polivalentes; y de los centros ocupacionales, por tratar, teóricamente, de desarrollar habilidades sociales y ofertar servicios de desarrollo personal y social.

Algunos de estos locales abren sus puertas únicamente para marginados con una problemática específica. Otros son más flexibles.

Pero una cosa es la teoría y otra la práctica. La mayor parte de los marginados que visitan los café-calor, al menos aquellos con los que yo hablé, no sacaban otra cosa en limpio de esos refugios que huir del frío en invierno, tomar café caliente de pésima calidad y leer prensa y revistas. En cuanto salían por la puerta, seguían teniendo los mismos problemas que tenían antes de entrar: falta de hogar, de empleo, de dinero etcétera.

Y es que estos locales cumplen una función inconfesable: la de apartar a los menesterosos del paisaje urbano. Por eso son subvencionados por las instituciones.

Mientras los marginados pasan el día en estos centros, se les tiene registrados⁵⁵ y ubicados, por un lado; y, por el otro, no están en la calle bebiendo, ni pidiendo, ni afeando las aceras. Es decir, durante el día, parece que no hay pobres, o que hay muchos menos de los que hay en realidad; y a la noche, con los votantes de clase media ya en la cama, se cierran este tipo de centros y los sin hogar tienen que buscar refugio en albergues, centros de acogida, portales, puentes, antiguas fábricas, contenedores de basura, casas abandonadas, solares, edificios en construcción etcétera.

Se entiende entonces por qué, al publicitarse en los circuitos de la marginación, estos centros suelen recurrir a carteles coloridos en los que ofrecen “café, prensa y entretenimiento”, para que “no estés en la calle”.

La razón, una vez más, está lejos del altruismo.

La lotería del techo

Como se ha visto a lo largo del libro, para quien da con sus huesos en las calles de Bilbao, la sombra de la asociación Lagun Artean planea como un mal menor, y puede que hasta como una esperanza. Dado que en 2002 visité el local y fui identificado como periodista tanto por usuarios como por la dirección del centro⁵⁶, no me presenté en el transcurso de este trabajo a ninguno de los sorteos para pernoctar. No obstante, consignaré que la opinión que este centro merecía a los sin techo dependía en gran medida de la extracción de los mismos.

Para quienes habían pertenecido a la clase media trabajadora durante la mayor parte de su vida, y para los inmigrantes que no procedían de la miseria, el lugar era un nido de indeseables y delincuentes, un foco de

⁵⁵ Para ingresar, por ejemplo, en el centro de día de Abegi Egoitza, en 2004 era necesario presentar una fotocopia del DNI, empadronamiento, solicitud de autorización de estancia y declaración jurada de ingresos.

⁵⁶ Véase Apéndice II

conflictos, malos olores y promiscuidades. ¡Y encima no había camas, sólo pequeñas colchonetas sobre el suelo!

Para quienes, en cambio, la calle era el paisaje consuetudinario desde tiempo inmemorial, aquello estaba muy bien, era casi un lujo (un vagabundo me describió una vez las miserables colchonetas como si se tratara de colchones magníficos).

Los que acuden a los sorteos bisemanales, que se celebran en los locales de la asociación para decidir quiénes tendrán la fortuna de pernoctar apilados –a ser posible lejos del pasillo, donde sopla corriente–, lo hacen con la esperanza en la garganta, y con ella seguirán si quedan en lista de espera. (Gran idea esta de establecer una lista de espera: así nadie arma jaleo por haber tenido mala suerte y los desafortunados se van pensando que, tal vez en pocos días, o al día siguiente mismo, podrán ocupar la plaza liberada por alguno que no entró en el centro a pernoctar antes de la hora del cierre, o sacó a relucir una navaja, o creó problemas de alguna clase.)

El cierre en 2001 de los locales de La Naja, a pie de ría, donde solían refugiarse multitud de toxicómanos, provocó la afluencia masiva de marginados al centro de Lagun Artean en Deusto, lo que alarmó a los vecinos.

La asociación Lagun Artean, por un lado, pidió a los feligreses de la cercana iglesia que no diesen limosnas; por el otro, prohibió a los usuarios del centro, bajo pena de expulsión, pedir, dormir, reunirse o deambular por las calles del barrio. Sólo tenían derecho a estar encerrados.

CAPÍTULO 18

Por sus frutos los conoceréis

El Gobierno vasco, integrado, en el momento en que realicé este trabajo, por el tripartito EAJ-PNV/ EA/ UI-EB, aprobó en marzo de 2004 una orden por la que se establecían nuevas normas de reparto de las Ayudas de Emergencia Social (AES). Las nuevas medidas consistían, básicamente, en introducir criterios restrictivos para adjudicar las ayudas y otorgar una cuantía menor a las mismas.

La “Ley 12/1998 contra la Exclusión Social” establecía que “las Ayudas de Emergencia Social (AES) son prestaciones no periódicas de naturaleza económica y subvencional destinadas a aquellas personas o familias cuyos recursos económicos son insuficientes para hacer frente a gastos específicos de carácter ordinario o extraordinario necesarios para prevenir, evitar o paliar situaciones de marginación social; a la vez que se garantiza el acceso a la vivienda y la atención sanitaria para aquellas personas en procesos de exclusión social”.

Las AES no son consideradas un derecho –pese a atender necesidades fundamentales del individuo como son la vivienda, el vestuario, la educación o la alimentación–, sino que dependen del presupuesto. Agotado éste, se suspenden las ayudas, por más necesitados que estén los solicitantes.

Así, en Bilbao y San Sebastián todo el mundo sabía que el dinero se acababa en primavera. En Vitoria-Gasteiz, el Ayuntamiento ponía su parte para asegurar el cobro hasta final del año, pero se rompió esta práctica por

enfrentamientos políticos entre el Partido Popular (PP) y el Partido Nacionalista Vasco (PNV)⁵⁷, causando graves problemas a los perceptores.

Y es que los presupuestos, lejos de adecuarse a la demanda creciente, nunca han respondido a ella. Las deficiencias tradicionales de las AES no paraban en su exiguo presupuesto. La demora de las tramitaciones provocaba que los solicitantes en situación de emergencia tardasen meses en recibir ayudas para las cuales reunían todos los requisitos. Se establecía una cantidad límite de 270.46 € mensuales para garantizar el pago del acceso a una vivienda a las familias con dificultades económicas, cuando la media del pago mensual de un crédito hipotecario o un piso en alquiler se situaba desde hacía años en torno a los 498,84 € mensuales⁵⁸. Los servicios sociales de base, por su parte, se permitían desaconsejar, y en algunos casos no tramitar, las solicitudes con pocas probabilidades de prosperar, aunque esa improbabilidad se fundamentase únicamente en la insuficiencia presupuestaria, y aunque la Administración esté obligada a recoger esa misma solicitud por el Procedimiento Administrativo Ordinario. También ocurría que, en muchos casos, no se entregaba resguardo sellado de la presentación de la solicitud, con lo que al demandante le resultaba imposible reclamar. Tampoco se informaba a los ciudadanos de las ayudas sociales, plazos de presentación de solicitudes, cuantías, condiciones etcétera, mediante campañas publicitarias, sino que eran los ciudadanos quienes debían acercarse a los Servicios de Base, donde demasiadas veces tampoco se les informaba adecuadamente o se les escatimaba la información. De este modo, la cifra de solicitudes registradas era inferior a la necesidad y la

⁵⁷ Diario *Gara*, artículo titulado: “*Distinto reparto pero el mismo dinero para las ayudas sociales*”. Publicado el 09/ 04/ 2004.

⁵⁸ Datos extraídos del comunicado firmado por colectivos contra la exclusión social, sindicatos, organizaciones cristianas y grupos de apoyo a inmigrantes y marginados, antes de la reforma de 2004.

demanda reales de la población. Buena parte de los solicitantes de AES, una vez se les recorta o deniega la ayuda, son desahuciados de sus viviendas y quedan en la calle.

Sin embargo, nada de esto fue contemplado en 2004. La reforma acometida por el Gobierno vasco, a la problemática situación anterior, añadió lo siguiente: tras la reforma, la cantidad máxima que una persona podía percibir, para el pago de un alquiler, eran 270 €. Pero si la persona solicitante de AES no vivía sola, sino que alquilaba una habitación en un piso compartido (situación que muy común entre los solicitantes de ayudas sociales), se le vinculaba a todas las personas con las que convivía, aunque no tuviera relación con ellas. De este modo, el solicitante de AES veía reducida la cantidad a percibir en concepto de alquiler, dependiendo del número de individuos que coexistían con él, sin que, por ello, le fuera reducida la renta a la que hacía frente. Por ejemplo, si en una vivienda había dos habitaciones subarrendadas, la ayuda bajaba a 154 € por cada una; 112 € en el caso de tres y sólo 92 € si se trata de cuatro o más habitaciones. Este baremo se aplicaba independientemente de si todos los inquilinos recibían AES o no. Es decir, si uno no cobra y los otros dos sí, se les aplicaba, de todas formas, la cantidad de tres unidades de convivencia, con lo que los dos perceptores recibirían 112 € cada uno para costear su habitación. En cuanto al contrato de hospedaje o pupilaje, también muy habituales entre perceptores de AES, las cuantías pasaron a 150 € por una habitación, 100 € por dos, 90 € por tres, 80 € por cuatro y 70 € por cinco o más habitaciones ocupadas. En hosterías y pensiones el límite era de 210 €⁵⁹. Claramente por debajo de las necesidades.

⁵⁹ Diario *Gara*. Artículo titulado: “*Colectivos contra la pobreza exigen que Lakua retire la nueva norma sobre las AES*”, firmado por Pablo Ruiz de Aretxabaleta, el 23/ 04/ 2004.

Estos nuevos criterios del Gobierno vasco pretendían tener en cuenta en cada municipio el número de perceptores de la renta básica; el número de parados y, dentro de este apartado, las mujeres mayores de 23 años, los jóvenes de 23 a 30 años y las personas mayores de 45; el número de AES resueltas, tanto las concedidas como las denegadas que cumplieran los requisitos de acceso; el número de personas inmigrantes; y el número de personas mayores de 65 años que recibían pensiones no contributivas. Pero no consideraba para nada que las cifras disponibles no se ajustaban a la realidad, debido a los anteriormente enunciado: rechazo de solicitudes, desinformación etcétera. El asunto se reducía a realizar el reparto entre ayuntamientos obedeciendo a intereses partidistas, utilizando el dinero de las AES para evitar el enfrentamiento entre instituciones, “pero con el perjuicio de las personas pobres”⁶⁰.

De hecho, el presupuesto para 2004 era de 24 millones de euros, el mismo que ya se había mostrado insuficiente el año anterior, y se repartía de la siguiente manera: 3,4 millones de euros para Álava; 14,8 millones de euros para Vizcaya y 5,7 millones para Guipuzcoa.

Al Ayuntamiento de Vitoria, en manos del Partido Popular, el gobierno de Lakua le enviaba 2,8 millones de euros más, a pesar de lo cual no cubriría las demandas previstas por el propio Ayuntamiento. Por ello, para el último trimestre de 2004 se esperaban recortes como los que en 2003 provocaron el enfrentamiento entre Lakua, Ayuntamiento y Diputación. Para evitar esos mismos conflictos, se le otorgaba más a Gasteiz, a costa de dar menos a otros municipios⁶¹. El tripartito y el PP hacían las paces.

⁶⁰ Declaraciones de J. Oskoz, miembro de Elkartzten, recogidas en Gara: “Distinto reparto pero el mismo dinero para las ayudas sociales”.

⁶¹ Gara: “Colectivos contra la pobreza exigen que Lakua retire la nueva norma sobre las AES”.

No obstante, desde el Gobierno vasco se negaba que estas reformas perjudicasen a las personas en riesgo de exclusión u obedeciesen a intereses partidistas. Se afirmaba que contaban “con el respaldo prácticamente unánime de los agentes sociales, políticos e institucionales”, e iban destinadas a una mejor gestión y aplicación de las ayudas, así como a combatir el fraude y provocar un descenso en el hacinamiento y el precio abusivo de los alquileres⁶².

La concentración y movilización de numerosos colectivos sociales desmintió el supuesto respaldo social de la nueva orden y, en declaraciones a la prensa, Iñaki Ulibarri, perteneciente al colectivo gasteiztarra Txiroekin Bat Eginik, resumió la opinión que merecían las razones aducidas por el Departamento de Joseba Azkarraga y sustentadas por Eusko Alkartasuna (EA) e Izquierda Unida (EB-IU): “Decir que quien no comete fraude no tiene nada que temer es de un cinismo absoluto. Pensar que si les damos menos dinero [a los perceptores de AES], no podrán pagar más al que les alquila y, al final bajarán los precios del alquiler, es de una estupidez inmensa. Si se utiliza a un colectivo para provocar una política económica, hay que solventar los problemas que acarrea a este colectivo, y más siendo el más necesitado”.

A río revuelto ganancia de pescadores, y el Partido Socialista de Euskadi (PSE-EE PSOE), que se había quedado fuera de la fiesta, decidió participar sumándose al carro de las protestas y registrando una proposición de ley en el Parlamento de Gasteiz en la que pedía que las AES dejaran de estar sujetas a las disponibilidades presupuestarias y fuesen un derecho social semejante a la renta básica. Pero, como el PSE no gobernaba, no había

⁶² Así lo aseguraba el Departamento de Justicia, Empleo y Seguridad Social del Gobierno de Lakua en un comunicado recogido parcialmente por distintos medios de prensa el 24/ 04/ 2004.

peligro de que fuese aprobada su proposición, y todos dormirían tranquilos, empezando por ellos mismos...

La eterna victoria

Mientras se aprobaba la reforma de las AES, y para la campaña estatal que precedió a las elecciones de marzo de 2004, los principales partidos de ámbito estatal y autonómico destinaron presupuestos millonarios, en su mayor parte destinados a la publicidad (que no hay que confundir con la información).

Tras conocerse los resultados de las elecciones generales del 14 de marzo, los líderes de los principales partidos de ámbito vasco y estatal se apresuraron a interpretarlos favorablemente para ellos. Incluso la lista abertzale socialista, que no se pudo presentar, cantó victoria. Es esta una absurda costumbre por la cual todos resultan vencedores aunque sólo haya ganado uno.

Pero no hay que extrañarse: los políticos ganan hasta cuando pierden. El caso es ocupar un escaño de diputado o eurodiputado, o una butaca en un ayuntamiento, y cobrar por ello.

En su abnegación, un eurodiputado y un congresista, por ejemplo, se embolsan de mano 2.500 € al mes. En el caso del eurodiputado, esto se completa con 150.000 € anuales en concepto de dietas; 260 € por día que acuden a la Cámara, que se supone es su obligación; un extra de 3.500 € al año para viajes y 3.700 € al mes para gastos varios; y dispone de un despacho con cama y ducha.

Con estos sacrificios en perspectiva, es comprensible que el PP presupuestase 6.400.000 € a la financiación de actos publicitarios de campaña para las elecciones al Parlamento Europeo 2004 (1.600.000 € en

publicidad exterior en vallas, banderolas etcétera; 1.200.000 € para cuñas en radio y anuncios en prensa; alrededor de 1.800.000 € destinados a la organización de eventos en sedes regionales y locales; 1.000.000 € para organizar actos públicos; 380.000 € para gastos varios; etcétera)⁶³.

El PSOE no se conformó con menos: un total de 6.800.000 €, repartidos así: para el Comité Electoral 510.000 €; en publicidad exterior y medios de comunicación 2.261.000 €, de ellos 1.306.000 € para publicidad exterior –con un límite máximo de hasta 1.700.000 €–, y 955.000 € en medios de comunicación –con un límite máximo en el gasto de 1.360.000 €–; para producción y creatividad de campaña tenían presupuestado 977.000 €; para actos y mítines 1.380.000 €; para federaciones y campañas de apoyo provinciales 1.532.000 €; y 140.000 € para otras financiaciones relacionadas con la campaña⁶⁴.

En cuanto a Izquierda Unida (IU-Ezker Batua en vascongadas), contaba con un presupuesto estatal de 1.800.000 €, lo que trae a la pluma la frase de Carlos Hank González: “Un político pobre es un pobre político”. Lo mismo puede decirse de los partidos nacionalistas, que manejan presupuestos más reducidos al abarcar un ámbito territorial menos extenso.

Pero la pobreza del político parece, a todas luces, sobrellevable, comparada con la del vagabundo. Basta ir a las hemerotecas a cerciorarse de que los políticos de todos los ámbitos no paran de subirse el sueldo.

El alcalde de Barakaldo, por ejemplo, en 2007, tres años después de la realización de este trabajo, se subió el sueldo en 4.000 euros anuales, llegando así a ganar 82.563 euros al año, con el voto favorable de PSE, PNV

⁶³ Estos datos, referentes al presupuesto del Partido Popular para la campaña europea, fueron extraídos de *Diario de Navarra*, edición del miércoles 2 de junio de 2004.

⁶⁴ Estos datos, relativos al PSOE, fueron extraídos de la web del propio partido.

y PP. Que el año anterior fuesen denegadas más de 200 solicitudes de ayuda social por falta de presupuestos, no importó lo más mínimo⁶⁵.

⁶⁵ Artículo titulado: *“El alcalde de Barakaldo se sube el sueldo mientras no da ayudas”*, publicado por el diario *Gara* el 25/ 07/ 2007

EPÍLOGO

“Sólo queda una cosa: luchar contra el gobierno con las armas del pensamiento, de la palabra, de la forma de vivir, sin hacer concesiones, sin entrar en sus filas, sin contribuir al aumento de su fuerza”.

LEV TOLSTOI

Pobres sin fronteras⁶⁶

En el Estado español duermen en la calle cada día entre 30.000 y 40.000 personas⁶⁷, de las cuales un 18% son mujeres y entre un 10 y un 12% son universitarios. Sólo hay 10.000 plazas de albergue para dicho colectivo. El 72% de esas plazas están en poblaciones con más de 20.000 habitantes y sólo el 9% de los centros se encuentra en pueblos de menos de 5.000 habitantes.

La red actual de centros es mayoritariamente privada. En lo que se refiere a la titularidad, únicamente el 21% de los centros son públicos. En lo que se refiere a la gestión, aún menos: sólo el 14% son de gestión pública. Cáritas, por sí sola, gestiona el 40% de la red de atención a personas sin hogar –que está sometida a convenios y subvenciones renovables anualmente, en su mayoría.

Es evidente que esta red no garantiza que el colectivo de personas sin hogar pueda superar su situación, precisamente porque el 85% de los recursos los destina a fines puramente asistenciales, momentáneos: la subsistencia diaria, lo que desemboca en la beneficencia y la caridad.

⁶⁶ Los datos que se ofrecen a continuación corresponden a 2004, salvo cuando se indique lo contrario, y proceden de varias fuentes, mayoritariamente de Cáritas y otras ONG. Fueron divulgados por la agencia EFE y otros medios y agencias de información.

⁶⁷ El hecho de que no se pueda precisar esta oscilación del 25% revela hasta qué punto no se difunden estudios públicos detallados acerca de la población sin hogar, pese a que la red asistencial dispone de datos sobrados acerca de sus usuarios.

En el Estado español, se emplean alrededor de 60,1 millones de euros anuales en atender a las personas sin hogar, según una estimación aproximada hecha por Cáritas. De acuerdo con la difusión de estos cálculos en Internet, la red asistencial destinaría entre 14 y 18 € al día para cubrir todos los gastos de cada persona sin hogar a la que atiende y controla. Pero, si nos atenemos únicamente a esos 60,1 millones de euros y los dividimos entre los 365 días del año, y el resultado lo partimos por 30.000 personas sin hogar –calculando a la baja y no haciendo caso de la cifra de 40.000–, resulta que, de esos 60,1 millones de euros, lo que se destinaría a cada individuo sin techo serían 5,48 € al día para cubrir todos sus gastos.

Pero el área de servicios sociales es más amplia que la atención a personas sin hogar, y resulta un sector económico cada vez más importante en la sociedad. Por un lado, es una fuente de negocio a la que se incorporan cada vez más empresas de servicios personales y asistenciales. Por el otro, es una fuente de empleo directo e indirecto. En 2002, servicios sociales daba empleo al 1,9% del personal ocupado total en la Comunidad Autónoma del País Vasco (CAPV), y el sector privado contrataba al 66% de este personal. Esto implicaba que alrededor de 50.000 personas vivían de rentas procedentes directa o indirectamente de este campo.

Resulta comprensible, entonces, que sea éste uno de los sectores que más ha cambiado en los últimos tiempos y sobre el que mayor presión se ejerce desde los distintos ámbitos sociales. Y parece que es el sector privado, atento al beneficio más que a la beneficencia, el que está consiguiendo llevarse la mayor parte de un pastel amasado con dinero público.

No parece que el mejoramiento de las condiciones de vida de las personas sin hogar preocupe mucho a las administraciones públicas, cuando

hacen dejación de sus funciones por medio de subvenciones otorgadas a entidades privadas.

Esta es *la política social que se hace*, no la que *se dice* durante las campañas electorales. Esta es la política social tanto en Euskadi, donde la democracia cristiana vasca gobernaba en 2004 en coalición con la supuesta izquierda republicana española; como en Navarra, donde gobernaba la derecha española. Y también en España y en Europa, porque en todas partes lo público pierde terreno ante lo privado.

Ya en 1998, en un informe editado por el Servicio de Régimen Jurídico e Inspección del Gobierno de Navarra⁶⁸, se reflejaba que sólo el 14% de los centros de reinserción social de esta comunidad medían periódicamente el nivel de satisfacción de sus usuarios. Es decir, el 86% no lo hacía, y no es de extrañar, pues la satisfacción de los usuarios es lo que menos importa.

Por supuesto, también se realizan reformas en los servicios. Pero, como dijo Javier Auyero, “muchas de estas «mejoras» se parecen demasiado –para usar una imagen conocida– al embellecimiento de los camarotes del Titanic antes de su único viaje”⁶⁹.

Quien haya tenido la paciencia de leer este trabajo se habrá apercibido de cuál es la situación de las personas que pasan por tierra vasca en su vagabundear. Para el que viene sin dinero, no hay oportunidades: debe seguir ruta o quedarse en la calle. La miseria es el estadio definitivo para quienes quedan desamparados y no pueden apoyarse en la familia o los amigos, aunque hayan vivido siempre en Euskal Herria. Da igual ser listo o tonto, inmigrante o nacional. Sin dinero, todos terminan en el gueto invisible:

⁶⁸ “*Los Servicios Sociales de la Comunidad Foral de Navarra. Análisis de los centros, servicios y entidades*”, de 1998, editado por el Servicio de Régimen Jurídico e Inspección del Gobierno de Navarra.

⁶⁹ Javier Auyero: “Claves para pensar la marginación”.

albergues de transeúntes, casas de acogida, portales de vecinos, sótanos, fábricas abandonadas, bancos de plaza o bajo los puentes. Los escalones se bajan rápido.

Tal y como escribió Loic Wacquant: *“No podemos hoy separar política social y política penal o, en suma, mercado laboral, trabajo social (si todavía se lo puede llamar así), policía y prisión, sin impedirnos comprender una y otra y sus transformaciones conexas. Puesto que en todos los lugares en que logra hacerse realidad, la utopía neoliberal lleva implícita, para los más indigentes pero también para todos aquellos que tarde o temprano están condenados a quedar excluidos del sector del empleo protegido, no un aumento de libertad, como pretenden sus turiferarios, sino su reducción y hasta su supresión, al término de una regresión hacia el paternalismo represivo de otra época, la del capitalismo salvaje, pero con el añadido, esta vez, de un Estado punitivo omnisciente y omnipotente”*⁷⁰.

En este libro han quedado sin tratar muchos aspectos referentes a los marginados. Por motivos presupuestarios, me concentré en aquellos lugares y situaciones que reflejaban las relaciones entre el vagabundo y quienes administran su miseria. No pude completar todos los objetivos del reportaje debido al quiebre técnico de la editorial, pero sí el objetivo principal: plasmar el punto de vista y las condiciones de vida de los marginados que mejor conocí. La opinión de los trabajadores y voluntarios de los servicios sociales recorridos sólo se ha tenido en cuenta cuando era expresada ante el autor en calidad de vagabundo y no de periodista. Se hizo así por entender que eso ayudaría a ver los hechos desde la perspectiva de los usuarios. Espero que eso otorgue algún valor a este libro, pese a los años transcurridos.

⁷⁰ Loic Wacquant: “Las cárceles de la miseria”.

APÉNDICES

APÉNDICE I:

Apunte sobre pobreza oculta y territorialidad en la Comunidad Autónoma del País Vasco

Según datos del Gobierno vasco, en 2002 había en Euskadi 47.000 hogares en situación de pobreza, y esto implicaba a unas 112.000 personas.

Joseba Azkarraga, a la sazón consejero de Justicia, Empleo y Seguridad Social del Gobierno de Lakua, presentó los datos presupuestarios del Gobierno vasco para 2003 como un avance “hacia una sociedad con pleno empleo” y “en constante lucha contra la exclusión social”. Estos presupuestos incluían una partida de 167,8 millones de euros para Inserción Social.

En aquel entonces, entre un 15 y un 25% de las rentas básicas y de las Ayudas de Emergencia Social (AES)⁷¹ eran permanentes. En Bizkaia, más de 9.000 familias recibían AES, y otras 2.000 familias habían quedado sin recibir estas mismas ayudas pese a cumplir los requisitos⁷², ya que el número de perceptores de ayudas sociales se incrementaba a un ritmo superior a los presupuestos asignados para las mismas⁷³.

En declaraciones de Victor Villar, miembro de Berri Otxoak, colectivo contra la exclusión social de Barakaldo: “La falta de un presupuesto suficiente para las Ayudas de Emergencia Social trae como consecuencia que miles de familias en paro, con contratos en precario o pensiones miserables no vean cubiertas sus necesidades primordiales”⁷⁴.

⁷¹ Supeditadas a presupuestos.

⁷² Diario *El Correo*, 14/ 04/ 2004.

⁷³ Diario *Gara*, 19/ mayo/ 2004.

⁷⁴ Diario *Gara*, 14/ 05/ 2004, con motivo de las movilizaciones en protesta por la reforma restrictiva de las AES

Las diferencias territoriales en la distribución de las ayudas sociales son destacables y se explican porque la estructura de financiación pública de los servicios sociales vascos es resultado de la interacción de la dinámica histórica y la aplicación de los principios establecidos en las leyes de servicios sociales de 1982 y 1996. Estas diferencias entre territorios y comarcas solapa diferencias municipales más acusadas. La situación de los ciudadanos que viven en la CAPV con respecto al sistema de protección social es muy diferente según residieran en una u otra localidad⁷⁵.

APÉNDICE II:

Artículo publicado en el nº 9 de la revista KALEGORRIA, Marzo de 2002

MARGINADOS E INMIGRANTES DUERMEN APILADOS EN EL SUELO EN EL CENTRO DE ACOGIDA LAGUN ARTEAN DE BILBO

El presidente, Enrique Ordiales Ginés, es laico y está relacionado con la Familia Seglar Pasionista

Entre treinta y cuarenta personas duermen, desde octubre de 2000, en el suelo de los locales que la asociación Lagun Artean tiene, desde 1984, en la calle Urquijo del barrio bilbaíno de Deusto. Según ha constatado KALEGORRIA, los usuarios deben cumplir unos horarios y superar un sorteo

⁷⁵ *El gasto público en servicios sociales en la Comunidad Autónoma Vasca. Ejercicio 1999.* Donostia-San Sebastián, 2001.

para poder pernoctar en el suelo durante una semana. El Departamento de Trabajo y Seguridad Social concede subvenciones a esta asociación.

KALEGORRIA Bilbo

La asociación Lagun Artean acoge en sus locales de la calle Urquijo de Deusto (Bilbo) a alrededor de treinta personas entre *homeless*, inmigrantes y toxicómanos. Lo escandaloso es que los locales no están habilitados para acoger ni a una sola persona: no hay camas. Estas personas tienen que dormir en el suelo, abrigadas con una manta o con un saco de dormir y sobre una esterilla que les facilita el centro y que deben devolver por la mañana. Además de esta “ayuda”, reciben un café por las mañanas, otro a la tarde y otro más a la noche, junto con algún bocadillo.

El derecho a dormir en estas condiciones se adquiere mediante el sorteo de las treinta plazas disponibles, que se celebra cada lunes a las cuatro de la tarde y tiene validez por una semana. El sorteo consiste en el reparto de unos números entre los interesados y una bolsa con bolitas de bingo que serán extraídas por una “mano inocente”. Los “afortunados” se anotan en una lista y deben presentarse cada noche, antes de las once en punto, de lo contrario pierden el derecho a pernoctar y son sustituidos por otra persona en lista de espera.

“¿Calefacción? ¡Sí, la que te da el cuerpo a cuerpo!”, nos aclara uno de los marginados que suelen dormir en el centro cuando el frío aprieta. Y es que con frecuencia, sobre todo cuando las temperaturas son más bajas, y puesto que no hay calefacción y se duerme sobre suelo de baldosas, la proximidad corporal es la única fuente de calor. Pero a veces no hay más espacio en la sala y toca dormir en el pasillo. “Ahí sopla una corriente... ¡Te cagas de frío!”, añade la misma persona.

No obstante, muchas de las personas que frecuentan este centro lo hacen porque la única alternativa que les queda es la calle. “Si duermes en un banco, se te enfrían los pulmones. Más de uno termina en el hospital. Y a las ocho ya tienes al municipal gritando para que te levantes”, dice J., que lleva diez años sin hogar. “Aquí, aunque te levantas a las siete y media, por lo menos te dan un café”.

Una chica guipuzcoana ha llegado al centro Lagun Artean, procedente del albergue municipal Elejabarri. Ha dormido tres noches allí y después le dijeron que no podía quedarse más porque los albergues municipales dan cobijo limitado. Como alternativa, le dieron la dirección de Lagun Artean y un mapa para que lo encontrase.

Aunque una hoja colgada de un panel advierte de la prohibición de utilizar armas blancas o cuchillos propios, fuentes consultadas aseguran que varias veces has salido a relucir navajas por discusiones personales, aunque sin consecuencias irreparables. Para atajar este tipo de problemas, el centro dispone de unos vigilantes nocturnos improvisados y sin preparación específica, marginados “adoptados” por la dirección y que han pasado por pisos de acogida facilitados por la misma. Algunos desempeñan funciones de apoyo en la cocina del centro (preparan los cafés, bocadillos, etcétera) y tres están contratados específicamente para vigilancia.

Higiene y administración

Asimismo, han llegado a KALEGORRIA documentos fotográficos que prueban las pésimas condiciones higiénicas de los baños. Una caldera de agua caliente con capacidad para poco más de cincuenta litros resulta insuficiente para procurar una ducha a las decenas de personas que

frecuentan el centro. Los que pueden se duchan en casas de amigos o familiares, donde también lavan la ropa.

Está prohibido consumir drogas, pero algunos lo hacen a espaldas de la dirección. “El otro día uno se fumó un chino. Pero te callas para no armar jaleo”, dice otro entrevistado por KALEGORRIA.

El centro de acogida Lagun Artean de la calle Urquijo está presidido por Enrique Ordiales Ginés, quien ocupa la presidencia de la asociación y ha mantenido vínculos con la Iglesia.

La lonja en que se sitúa el local está dividida a la mitad por un pasillo, a cuya derecha se sitúan los despachos de los miembros de la asociación. A mano izquierda, hay dos salas, la primera de las cuales está cerrada para quienes pernoctan en el centro. Según ha sabido KALEGORRIA, en ella solían hacer talleres marginados procedentes de otros centros. “Pero para nosotros, nada”, se lamentaba un marginado que frecuenta el centro desde hace un año. “Aquí te ayudan si les caes bien, pero como no les entres por el ojo...”. Y otro compañero añade: “A mí me dicen que como no soy drogadicto ni alcohólico ni *ná de ná* pues que... que no hay programas de ayuda”. “En cuanto encuentras un trabajo, te echan. No les importa si todavía no has cobrado y no tienes dónde dormir”, concluye otro compañero que ya no duerme allí, pero va a pasar el día para resguardarse del fresco.

Anexa a la sala de talleres, se encuentra el cuarto donde personas sin hogar, buena parte de ellas inmigrantes, pasan las horas muertas del día viendo televisión, jugando a algún juego de mesa o charlando. Las mochilas y bolsas con las pertenencias se apilan junto a las paredes.

Al fondo se hallan la cocina y los baños con water-closet y ducha.

El centro de acogida Lagun Artean fue constituido como asociación en enero de 1984. Su objetivo era “la ayuda social, económica y humanitaria a todas aquellas personas marginadas por la sociedad”.

Hoy disponen de un piso y dos caseríos para reinserción de toxicómanos y ocho pisos para reinsertar a otros marginados. Enrique Ordiales asegura que este año emprenderán obras para mejorar el servicio de la calle Urquijo. “Soy consciente de nuestras limitaciones”, declara. “Hay gente que me ha dicho que esto es indigno, pero Lagun Artean abre las puertas que tiene. No hay centro en Bizkaia que tenga acogida abierta más de tres días”, concluye.

Hacia la igualdad por la miseria: mujeres e inmigrantes

Conforme los flujos migratorios han comenzado a llegar a Euskal Herria, los centros de acogida ha ido recibiendo cada vez más inmigrantes, dándose la circunstancia de que son aquellos que no han encontrado techo en sus redes de apoyo quienes tienen que recurrir a las redes de albergues y centros como el de Lagun Artean. Algunos de ellos son solicitantes de asilo que, tras recibir las primeras ayudas de Cruz Roja y CEAR, se han visto en la calle. “No tienen dónde apoyar la cabeza”, dice Nkembo Manzambi, presidente de Afrovasca. “El Gobierno vasco y el español tienen conocimiento, pero no quieren hacer nada”.

Muchos de los inmigrantes que llegan al centro de acogida Lagun Artean apenas hablan castellano. Simplemente se sientan donde pueden y esperan el momento de dormir o tomar el café o un bocadillo. Si hay suerte y aún no se ha acabado el agua caliente, tal vez puedan ducharse.

La red de apoyo social se está mostrando insuficiente tanto para ofrecer cobijo a la población inmigrante recién llegada como para darle alternativas factibles y dignas de empleo y de vivienda.

La inmensa mayoría de los visitantes de Lagun Artean son hombres. Esto no es difícil de entender, si tenemos en cuenta las condiciones de hacinamiento que hay que afrontar para dormir, y muchas chicas prefieren la calle a tener que dormir allí si no van acompañadas. Las que llegan, suelen durar poco.

APÉNDICE III:

Taller para transeúntes de la Residencia San Fermín de Cáritas, en Pamplona

Rendimiento de trabajo

Por trabajar en el taller ocupacional de Cáritas en la calle Olite durante 7 horas al día (de 9:00 a 13:00 y de 16:00 a 19:00; los sábados se trabajaba 3 horas, de 9:00 a 12:00) se cobraba –en los primeros meses de 2004– 0.70 € la hora. Esto quiere decir que, si un transeúnte pernoctaba en la Residencia durante los 5 días laborables de la semana, podía extraer hasta 24.50 € por 35 horas de trabajo. Trabajando un sábado a la mañana, así como una tarde de entre semana, se ganaban 3.50 €, aunque no fuera una jornada completa.

En el taller, el trabajo estaba organizado en cadena.

Por un lado, montaje de espirlos: uno se encargaba de hacer una muesca, con una máquina Impax, en una pieza que luego serviría de extremo en el espirlo; un grupo de personas tomaban esta pieza y en ella trababan

cuatro piezas I.S.C. M.10 3/8 alrededor del apéndice de una plancha fija a la mesa; hecho esto, lo cubrían con un capuchón y deslizaban por él un alambre roscado, valiéndose de una pinza, de esta forma la pieza quedaba montada; sólo faltaba que otro grupo de trabajo ajustase, al extremo libre del espirlo, una pieza con el interior roscado.

El trabajo no era agotador. Según calculé, completábamos, de media, más de 1.800 espirlos en una hora y, a un ritmo acelerado, llegamos a completar 500 espirlos en 10 minutos de trabajo. El problema era que, si uno de los engranajes humanos se distraía, el ritmo de producción decrecía. Y por eso, en ocasiones, tras un comienzo fulgurante, acabábamos por no completar más que 2.500 espirlos en 3 horas. Nos ensuciábamos las manos con la viruta metálica que se desprendía de las piezas y llevaba tiempo limpiar los restos en las uñas y la punta de los dedos.

El otro trabajo consistía en agrandar con un alfiler metálico los agujeros torpemente prefabricados en dos palos cilíndricos (500 mm de largo x 12 mm de grosor), que luego se unían por un hilo blanco enlazado a cada uno de los agujeros antes mencionados; después, se unían ambos palos y se enroscaba el extremo superior valiéndose del hilo blanco, que al final se ajustaba pasándolo por entre ambos. Este trabajo manual lo hacía una persona de principio a fin. Los palos con el hilo se vendían para complementar la figura del diablo. Yo mismo, que nunca me he distinguido por mis habilidades manuales, completaba, sin prisa y parando a descansar, 30 en hora y media.

En una de las ocasiones en que trabajé en el taller, ayudé a descargar una furgoneta con nuevo material de trabajo y a cargarla de vuelta con cajas que contenían el fruto de nuestros menesterosos esfuerzos.

Empresas⁷⁶

Las empresas cuyos nombres aparecían en las cajas de pedidos a este taller eran, en aquellos momentos, Ubiplast, Icaplast y Amaya Sport.

Ubiplast (CIF: B09036252) e Icaplast (CIF: B09221862) se encontraban vinculadas en la persona de Jesús Mancebo Martitegui, socio y administrador de la primera y administrador único de la segunda, así como socio, administrador y único accionista de Plaiber S.A.⁷⁷ y administrador único de Ubi-Manufacturados⁷⁸.

Ubiplast era una Sociedad Limitada con domicilio social en el Polígono Villalonquejar, de Burgos. Constituida en 1983, contaba con un capital social de 757.259,99 € y era una empresa importadora y exportadora dedicada a la transformación de materias plásticas. Sus ventas se incrementaron considerablemente desde los 7.606.331,06 € de 2000 hasta los 10.227.837,67 € en 2002. Contaba con 76 empleados. En esta empresa figuraba como socio y administrador, además del citado Jesús Mancebo Martitegui, Miguel Ángel Chico González, en 1990 vinculado a Icaplast.

Icaplast era una Sociedad Limitada con domicilio social en el Polígono Villalonquejar, de Burgos. Constituida en 1990, se dedicaba también a la transformación de materias plásticas. Sus ventas en el año 2002 alcanzaron el 1.516.762,22 €, lo que representaba un aumento de 76.755,25 € con respecto a 2001.

⁷⁶ La información acerca de empresas que se ofrece a continuación procede de fuentes públicas (Registro Mercantil, boletines oficiales, prensa económica, etcétera) y fue recabada en el primer semestre de 2004, por lo que cambios posteriores en la conformación de las empresas no aparecen registrados. Asimismo, resultaba muy difícil obtener balances de resultados y porcentajes posteriores a 2002.

⁷⁷ Plaiber (CIF: A20174827) es una Sociedad Anónima con domicilio social en el Polígono Aribar (San Juan) de Bergara, dedicada a la fabricación de materias primas básicas.

⁷⁸ Ubi-Manufacturados, Sociedad Limitada, ubicada en Burgos y dedicada a la transformación de materias plásticas.

Amaya Sport (CIF: B31149453) era una Sociedad Limitada, de la cual era accionista y administradora única María Victoria Esquiroz Jiménez – vinculada en otro tiempo, en calidad de administradora, a Alufranc S.A. y a Euroamaya S.L. Como accionista y apoderado, figuraba Jesús Antonio Ruiz González. El domicilio social de Amaya Sport se encontraba en el Polígono Talluntxe de Noain (Nafarroa). Era una empresa exportadora constituida en 1985 y dedicada a la fabricación de artículos de deporte. Sus ventas en 2002 alcanzaron los 3.229.754,90 €. En 1999, Amaya Sport cambió su objeto social a “fabricación, comercialización, importación y exportación de toda clase de artículos de deporte y juguetes. Transporte de mercancías por carretera, actividades propias del mercado inmobiliario y otros”⁷⁹.

Pero quien directamente se beneficiaba del trabajo obligatorio de explotación en este taller era una empresa disfrazada de organización no gubernamental, llamada Cáritas Diocesana, la cual, bajo distintas formas jurídicas (asociación, congregación religiosa, organismo autónomo y otras) y distintos CIF (por ejemplo G31129703 en Tudela, Q48003091 en Bilbao) aprovecha las ventajas legales para llenarse discretamente los bolsillos con el trabajo de los marginados en sus distintos talleres ocupacionales, repartidos por la geografía vasca y peninsular. Un delicado sistema de equilibrios (acuerdos, contratos, subvenciones etcétera), en los que Cáritas es experta, le permite, con la excusa de auxiliar a los pobres, desarrollar su propio esquema capitalista, manteniendo sus márgenes de beneficio en la máxima oscuridad.

⁷⁹ Registro Mercantil de Nafarroa, número de anuncio 148547, con fecha del 26/ 04/ 1999

APÉNDICE IV:

Taller para transeúntes del Centro Municipal de Acogida Social de Vitoria-Gasteiz

El sudor de los parias⁸⁰

En el taller ocupacional del Centro de Acogida Municipal de Gasteiz envasamos estos productos durante los días en que yo trabajé: Adhesivo Termosellador; escarpas roscadas y hembrillas cerradas.

Envasamos las escarpas roscadas (medidas: 3.50 x 40 mm), de la siguiente manera: introducíamos 15 escarpas en cada bolsita de plástico y luego enroscábamos por arriba la bolsita y la grapábamos a un cartón en el que aparecían las condiciones del producto. En este cartón, además de los consejos de utilización, pueden leerse: “Este producto ha superado los controles de calidad de Carrefour, realizados por laboratorios independientes, por eso Carrefour lo garantiza directamente”. Aparece el código de barras y la dirección de Centros Comerciales Carrefour, S.A. (c/ Campezo, 16 –Pol. Ind. Las Mercedes –28022 Madrid) y el siguiente dato: Fabricado y envasado en España por CIF: A–20080446.

El CIF A20080446 corresponde a Industrias Fer, una Sociedad Anónima con domicilio social en el Polígono Industrial Soraluze, Parcela 17, de Placencia (Guipúzcoa), dedicada a la tornillería y fabricación de derivados del alambre. Esta empresa importa de China y realiza operaciones de compra-venta con Italia y Francia y de venta con Alemania.

⁸⁰ Las informaciones acerca de empresas que se ofrecen a continuación proceden de fuentes públicas (Registro Mercantil, boletines oficiales, prensa económica etcétera), y los datos fueron recabados en el primer semestre de 2004, por lo que los cambios en la conformación de las empresas que pudieran haberse producido con posterioridad no aparecen registrados. Asimismo, resultaba muy difícil obtener balances de resultados y porcentajes posteriores al año 2002.

Industrias Fer realizó ventas en 2000 por valor de 3.150.613,63 €, en 2001 las incrementó hasta los 4.543.296,91 €, bajando en 2002 a 3.582.338,65 €. Contaba con un capital social de 60.160,09 € y empleaba a 47 personas.

Como accionista y administrador único de Industrias Fer figuraba Juan José Arrillaga Larrañaga, vinculado también a otras empresas.

Hicimos frente a un pedido de 50 cajas de escarpías roscadas. Cada caja contenía 20 bolsitas grapadas a su correspondiente cartón. En cada bolsita había 15 escarpías. Es decir que en total debíamos procesar 15.000 (quince mil) escarpías. Agotamos los cartones que describían las condiciones del producto y empezamos a envasar hembrillas cerradas.

Tanto las hembrillas cerradas como el Adhesivo Termosellador estaban comercializadas en Carrefour por la misma empresa de fabricación.

La operación completa de envasado del Adhesivo Termosellador consistía en meter 12 barras de silicona en una cajita, pegar una pegatina grande en un lado de una placa (con la leyenda "Productos de Bricolages S.A. Avenida del Zadorra 10, 01013 Vitoria-Gasteiz"), y pegar dos pegatinas pequeñas en el otro lado (con el anagrama SAVE), unir placa y cajita, e introducir en resultado en la caja de pedidos.

Al final de una sesión matutina de 2 horas y 10 minutos (descontado el descanso de 20 minutos de 11:00 á 11:20), completamos, entre 16 personas, un trabajo de 100 cajas completas. Cada caja contenía 10 placas cada una: 1.000 (mil) placas en todo el proceso.

Las hembrillas cerradas (medidas 3.50 x 16 mm) que envasamos en el taller, utilizando el mismo procedimiento que para las escarpías –aunque introduciendo en cada bolsita 12 unidades en vez de 15–, también estaban grapadas a un cartón de Carrefour. Junto a los consejos de utilización, la

leyenda del control de calidad y la dirección de Centros Comerciales Carrefour, podía leerse “Fabricado y envasado en España por CIF: A-01020262”.

El CIF A01020262 corresponde a la Sociedad Anónima Productos de Bricolage (anagrama: SAVE), con domicilio social en Avenida del Zadorra 10 de Vitoria-Gasteiz, y dedicada al comercio al por mayor de artículos de ferretería y maquinaria para madera y metal. Fue constituida en 1981 y contaba con un capital social de 1.036.725 €. Importaba de Asia. Sus ventas en 2002 alcanzaron los 8.331.999,08 €, duplicando los 4.072.680,39 € de 2001.

Productos de Bricolage S.A. estaba presidida por Gorka Arregui Preus, administrador de Wuto Suministros (una Sociedad Limitada alavesa dedicada al comercio al por mayor de productos de consumo duraderos) y presidente de Aceros del Gorbea (CIF: B01287937).

La vinculación de Productos de Bricolage con Aceros del Gorbea era muy estrecha. En primer lugar, ambas empresas compartían domicilio social. Por otro lado, Productos de Bricolage participaba en el 100% del accionariado de Aceros del Gorbea Sociedad Limitada. Y, en tercer lugar, compartían buena parte del cuadro dirigente y administrativo: mismo presidente (Gorka Arregui Preus), mismos administradores (Javier Arregui Preus, Jon Arregui Preus y Mikel Arregui Preus) y mismo secretario (Ignacio Ortiz de Zárate Sáez de la Fuente).

En el accionariado de Productos de Bricolage S.A. participaban Lagun Investment (49%), Empresas Arregui Preus S.L. (15,65%), Adrián Martínez Albornoz Bonet (15%), Mercedes Arregui Barantiarán y María Rosa Preus Corralero.

Productos de Bricolage S.A. participaba en el accionariado, con un porcentaje indeterminado, en Bricolage Vitoria Sociedad Anónima (CIF: A01021963), Elkargi S.G.R. (CIF: G20066411) y Fundación Laboral San Prudencio (G01010230).

La Fundación Laboral San Prudencio, asociación dedicada a la asistencia y los servicios sociales, agrupaba a 400 empresas.

APÉNDICE V:

Achicamiento planificado en el barrio de San Francisco

El barrio bilbaíno de San Francisco es un ejemplo de lo que el historiador Robert Fisher llamó “achicamiento planificado”⁸¹.

El achicamiento planificado consiste en una serie de operaciones destinadas a expulsar de las áreas céntricas deprimidas a la población marginal y sustituirla por nuevos vecinos con mayor poder adquisitivo. Para conseguir tal objetivo, nada mejor que operar en tres terrenos clave: las infraestructuras, la reurbanización y la represión, todo ello con el auxilio de la desinformación.

El programa de la coalición PNV/Eusko Alkartasuna para el Ayuntamiento de Bilbao durante el periodo 2003–07, titulado “Bilbao no para”, reconocía que “el plan especial para esta zona” incluía “planes urbanísticos y sociales. El nuevo puente de Cantalojas, la apertura de la calle Gimnasio, las nuevas plazas de la Cantera y Corazón de María pueden dar una nueva configuración al barrio. A estos proyectos, hay que sumar

⁸¹ R. Fisher: “*Let the people decide: Neighborhood organizing in America*” 1984

equipamientos como el nuevo Museo de Reproducciones, la residencia de estudiantes o la residencia para personas mayores. Se mantendrá una política activa de vivienda con la construcción de nuevas zonas residenciales y la regeneración de las actuales. A estos aspectos hay que añadir otros, como los planes específicos de empleo para el barrio, el apoyo de Bienestar Social y el reforzamiento de aspectos relacionados con la seguridad”.

Pero ni en la planificación de estas medidas ni en su ejecución se tuvo en cuenta el parecer ni las necesidades de los vecinos, desatendiéndose la petición vecinal de una escuela euskaldun y multicultural.

En cuanto a los servicios públicos, se aplicó una política restrictiva con el fin de obligar a la población “indeseable” a abandonar la zona. No se apostó por la descentralización de los centros de atención y salas de consumo para drogodependientes, sino por la omnipresencia policial en las calles, hasta el punto de que el barrio se encontraba literalmente tomado por la Policía, siendo una estampa habitual el ver coches patrulla y agentes de la Ertzaintza a todas horas del día y de la noche patrullando con las porras en la mano, acosando e identificando a inmigrantes, drogadictos y marginados en general. Cualquier noticia relacionada con el tráfico de drogas y la delincuencia en el barrio aparecía magnificada en la prensa, tanto para informar de las redadas policiales y las numerosas detenciones, como de pequeños hurtos o conflictos.

Se planificó el derribo de viviendas consolidadas en diferentes entornos, sin atender al mayor o menor deterioro de las mismas, sino a razones de índole especulativa. Por ejemplo, en la Plaza de los Tres Pilares, los planes *Ría 2000* contemplaban derribos de viviendas en uso para construir dos inmuebles, que dejarían espacio para un aparcamiento

subterráneo que cubriera las necesidades del mercado de La Ribera, al otro lado de la ría.

La política urbanística de derribos y nuevas construcciones se llevó, desde el principio, con gran secretismo por parte del Ayuntamiento, que sabía que la desinformación era fundamental para ultimar sus planes con éxito, al margen de los intereses de los vecinos: *“Recuerdo una reunión informativa de la Asociación de Vecinos a la que me asomé al poco de llegar aquí”⁸². Nos iban a explicar sobre el Plan de Actuación Urbanística. Un plan dirigido a transformar nuestro propio barrio, [plan] en el que no habíamos podido participar y que ni siquiera había llegado a nuestras manos. La Asociación de Vecinos llevaba años haciendo averiguaciones sobre este enigmático documento y por fin habían sabido que... ¡el plan no contemplaba la creación de viviendas sociales y no decía nada sobre el destino de la gente cuya casa iban a derribar! La conclusión de la reunión fue muy sencilla: la gente no sabía qué iba a ser de su casa y por el momento no tenían cómo averiguarlo ni a dónde recurrir”*.

La política municipal de realojamiento de los vecinos afectados por la política de derribos del Ayuntamiento es un foco permanente de conflicto y descontento.

Pero las consecuencias de esta situación no enfrentan únicamente al Ayuntamiento con los vecinos, sino también a los vecinos entre sí. La degradación de la vida en el barrio y sus alrededores (índice de desempleo superior al de cualquier otro barrio de la villa, tráfico de drogas, prostitución, sin hogarismo, delincuencia etcétera) ha hecho que prosperen, junto con iniciativas vecinales solidarias, otras de índole violenta. Hay vecinos que

⁸² Se refiere al barrio de San Francisco. Esta cita ha sido extraída del artículo titulado “El barrio de San Francisco de Bilbao. ¿Marginación y conflicto?: Un enfoque diferente”, firmado por Beatriz Díaz, vecina del barrio, además de autora y co-autora de interesantes libros sobre la vida en el mismo.

culpan a los marginados de la situación del barrio, sin entender que se trata de un problema estructural, y optan por solucionar la situación por su cuenta. En este sentido, la fuerte oposición en Zamakola al centro Hontza, de atención a drogodependientes, trajo como consecuencia varias palizas y agresiones a drogadictos por parte de grupos de vecinos. Incluso Lucía Iza, coordinadora y portavoz del centro Hontza, recibió dos patadas por parte de un grupo de vecinas y, en otra ocasión, hubo de refugiarse en la iglesia de San Antón, ante las amenazas de un grupo de iracundos ciudadanos.

Puesto que el objetivo del Ayuntamiento consiste en reurbanizar la zona y seleccionar el tipo de población que vivirá en ella, se ha fomentado el acercamiento de las clases medias a este barrio estigmatizado como conflictivo. Para ello, se han restaurado determinados edificios, a un alto coste, en tanto dejaban que se cayeran otros, menos “interesantes”, es decir, mayormente viviendas vecinales –para, posteriormente, especular con el terreno. *“El antiguo hospital de la Plaza de la Cantero, que alberga la comisaría de la Policía Municipal y algunos proyectos educativos y laborales, rodeado de edificios en ruina, es uno de los símbolos más llamativos de este proceso. En el interior del edificio, el brillo del mobiliario ciega los ojos más sensibles; en todas sus entradas, las cámaras de vigilancia velan por su seguridad; y en el exterior permanece un ambiente tan degradado, que un niño cagará junto a un cubo de basura sin que resulte demasiado llamativo”*⁸³.

También se organizan festivales y eventos para atraer a la población de clase media procedente de otras partes de Bilbao, sin mejorar por ello las condiciones de vida de quienes no acuden al barrio, sino que viven en él.

⁸³ Párrafo tomado del artículo de B. Díaz citado en la nota anterior.

“Por eso conviven grotescamente la amarga realidad con una nueva imagen de modernidad y cambio ficticios”⁸⁴.

En cambio, cuando no le interesa “normalizar” un área, el Ayuntamiento de Bilbao sigue una política distinta. Un ejemplo claro afecta a los residentes en Zabala: vivían aislados por una trinchera ferroviaria que querían ver cubierta. Y, en Miribilla, las viviendas de promoción pública se encuentran separadas de las privadas por un talúd⁸⁵.

APÉNDICE VI:

Entrevista a María Olveira, ex trabajadora social.

“EL NEGOCIO DEL TRABAJO SOCIAL FUNCIONA PORQUE NO RESUELVE NADA”

María Olveira estudió en la Escuela Universitaria de Trabajo Social de la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria, entre 1992 y 1995, donde realizó, como parte de las prácticas, un proyecto de intervención social en prevención de drogodependencias. Después, ejerció como trabajadora social para el Ayuntamiento de Ingenio, provincia de Las Palmas, y para su Casa Municipal de la Mujer, así como para Banahore (una cooperativa de servicios de ayuda a domicilio) y para la asociación Amigos Contra el Sida. Su visión crítica del trabajo social la llevó a abandonar el ejercicio profesional.

⁸⁴ B. Díaz.

⁸⁵ Diario *Gara*, edición digital del 14/ junio/ 2003, “La realidad del área de Bilbao la Vieja, a pie de calle”.

–¿Por qué estudiaste Trabajo Social?

–Porque a los 18 años, que fue cuando elegí la carrera, todavía creía que se podían transformar las realidades si estabas dentro, o sea, que era efectivo estar en el meollo de la cuestión para transformarla. Por otra parte, pensaba que la gente que aporta datos interesantes, datos que resuelven o que responden cuestiones, son las personas que tienen que luchar para sobrevivir. Esto último, aún lo creo.

–¿Y qué fue lo primero que llamó tu atención, una vez que empezaste a estudiar Trabajo Social?

–Lo primero que me llamó la atención fue que la carrera estaba estructurada para hacernos creer que teníamos la fuerza, la capacidad, el poder y los recursos para transformar una realidad o no transformarla y, en el primer caso, positiva o negativamente.

Los profesores y profesionales del trabajo social potenciaban el hecho de que la gente creyera en su poder de transformación, porque el trabajador social no tiene un perfil definido. El trabajador social es la persona que recibe una información, detecta un problema y deriva hacia el que realmente lo va a resolver. Y eso, quieras que no, te quita prestigio y te quita fiabilidad y, entonces, la manera de crear ese prestigio y esa fiabilidad es hacerte creer que tienes un poder de transformación y que tienes que cuidar ese poder.

Y esto me sorprendió porque yo pensaba, antes de entrar, que la intención era transformar positivamente todas las situaciones y resolverlas, pero, una vez dentro, comprobé que era más importante saber qué situaciones había que transformar y qué situaciones no, y convencerse de que todo pasaba por nosotros.

–¿Cómo, exactamente, modificó la carrera tu perspectiva inicial?

–Hasta que no empecé a ejercer, todavía seguí creyendo... Empecé a tener mis dudas, eso sí, en el proceso de prácticas, porque descubrí cómo ejercían los trabajadores sociales. Cuando tienes las prácticas, además de tu tutor en la universidad, tienes un tutor allí donde estás haciendo las prácticas. Mi tutora en las prácticas era una trabajadora social de servicios sociales de Ingenio. Ella controlaba mi proceso de investigación, planificación e intervención; a la vez que me mostraba otros campos dentro de la intervención social.

Y empecé a tener mis serias dudas porque sus actitudes tenían muy poco que ver con transformar, o sea, el trabajo de esta mujer era meramente paliativo: tú necesitas pan y yo te pongo una migaja en la boca y, cuando vuelvas a necesitar pan, te vuelvo a poner la migaja; y pórtate bien porque si no, no te pongo la migaja. Eso empezó a hacerme dudar porque en ningún momento vi que esta mujer, en lugar de ponerte la migaja, te diera recursos para que consiguieras el pan cuando tú quisieras y sin depender de ella. Se creaba siempre una relación de dependencia, trabajador social-usuario. Era como tener una cartera de clientes. Cada trabajador social tenía la suya y ninguno atendía a los clientes del otro. Si el usuario venía y tú no estabas, tenía que esperar a que tú estuvieses, porque cada uno tenía sus clientes.

En ese proceso de dos años en prácticas, no vi ninguna transformación social en ningún lugar. Sólo vi gente que llegaba, pedía, se les daba y se iban. Y, de vez en cuando, se revisaba el caso para ver si se les dejaba de dar, nunca para ver si se les daba más. Sólo interesaba cortar porque se decía aquello de que no se puede crear dependencia, hay más gente que necesita ayuda, etcétera.

Más tarde, cuando empecé a trabajar, pude confirmar que el trabajo social que me habían enseñado en la carrera no tenía nada que ver con el de verdad, que no ocurre en la calle. Porque el trabajo social no ocurre en la calle: ocurre en los despachos, que es donde se está cómodo.

–¿Qué fue exactamente lo que confirmaste trabajando?

–No se intervenía. No había intención de cambiar las situaciones, al contrario, había que mantener situaciones del tipo para conseguir proyectos y dinero.

Por ejemplo, cuando trabajé en la Casa Municipal de la Mujer del Ayuntamiento de Ingenio, se suponía que mi labor era llevar la asesoría social y, dentro de ella, proporcionar cursos de formación, en distintas áreas, dirigidos a las mujeres; además de llevar a cabo actividades relacionadas con el 8 de Marzo, día internacional de la mujer, atender casos de mujeres que llegaran al servicio, etcétera.

Entonces, dentro de los cursos que se ofertaban, estaban los de calado, masaje, yoga, costura y relajación. Y ahí tuvimos un conflicto porque yo sugerí cursos de formación como administrativo, cursos de idiomas, etcétera; cosas que pudieran darle una serie de recursos a la mujer para que buscara trabajos distintos a los de hacer calados o limpiar apartamentos en el sur de la isla. Entonces, tanto el concejal de servicios sociales como la trabajadora social, directora de servicios sociales, me dijeron que la Casa de la Mujer ya tenía un bagaje y ese bagaje demostraba que el interés de las mujeres del pueblo se inclinaba por los bailes típicos, el calado, la relajación, etcétera, y no se me permitió ofrecer otros cursos porque la partida presupuestaria ya estaba predestinada a eso. Es decir, de lo que se trataba era de dar una salida folclórica a la situación de ama de casa. Era complicado aplicar otro modelo

de intervención porque, desde su punto de vista, las mujeres no lo tomarían bien (cuando, en realidad, eran ellos los que no lo tomaban bien). Un curso que sugerimos fue el de defensa personal y entonces, claro, de qué se tienen que defender, qué es lo que pretendemos ofrecer. Nadie quería intervenir, porque si uno interviene en las situaciones, las modifica, y hay que mantenerlas. Y, para mantenerlas, lo mejor es aprovechar el tiempo libre que te queda de tu situación social para darte un curso de relajación, por ejemplo.

–Después trabajaste para Amigos Contra el Sida. ¿Supuso alguna diferencia?

–En Amigos Contra el Sida se intervenía a nivel preventivo, informativo y de atención social, psicológica y legal. Era gente muy metida en la historia, que no cobraba, que no estaba por interés económico. Nada más entrar, en septiembre de 1997, descubrí que la asociación, por aquel entonces, se autogestionaba económicamente a través de donaciones que hacía, sobre todo, la gente del mundo homosexual de la isla, que era consciente de la situación del VIH-Sida. No se llevaban a cabo intervenciones con partidas presupuestarias gubernamentales: ni Gobierno Central ni Comunidad Autónoma ni Gobierno de Canarias ni Cabildo Insular. Y el trabajo estaba muy dirigido a la comunidad homosexual porque era donde los voluntarios sabían moverse mejor. En mis primeros seis meses, preparé una serie de proyectos de intervención, como, por ejemplo, uno de intercambio de jeringuillas, otro con prostitutas, etcétera, para incluir a la gente que no necesariamente tenían relaciones homosexuales. Y había un macroproyecto que era una casa de acogida para seropositivos y enfermos de Sida que, por la razón que fuera, estaban en la calle; para que tuvieran un lugar donde vivir y morir. Inicié proyectos que estaban creados con una finalidad de

continuidad, y transformamos la asociación en una ONG para que captase más subvenciones. Todos los proyectos fueron aprobados.

–Entonces parece posible intervenir y modificar. Si se pueden conseguir partidas presupuestarias de entes públicos, ¿no significa eso que las autoridades apoyan las intervenciones modificadoras?

–Resolver la situación individual de una persona no significa solucionar la causa por la que la gente seguirá necesitando un servicio social. Si hay sectores de intervención es porque, básicamente, los problemas son los mismos siempre. Los problemas están definidos y están listados. De lo que se trata es de no resolver lo que provoca las situaciones. Un servicio tiene que funcionar, entre comillas, es decir, el trabajador social tiene que aportar un número de situaciones resueltas. Tiene que decir que equis número de drogodependientes, por ejemplo, ya no lo son. Pero conseguir que una persona deje la droga es más fácil que conseguir que se mantenga fuera de la droga. Si yo consigo, por un proceso de intervención con una persona, que deje la heroína y la sustituya por la metadona, esa persona entra en mi lista de gente que ya no es drogodependiente, aunque haya pasado a depender de otra droga todavía mayor, y eso cuenta como un éxito para mí. Cuando esa persona caiga de nuevo en la heroína, pasará a ser otro número.

Los problemas no se resuelven porque, en un sistema capitalista, no se previenen las cosas; se prevén, que no es lo mismo. Y, si no previenes, no solucionas. Así de sencillo.

–Pero los gobiernos destinan dinero a campañas de prevención.

–Ese dinero no se invierte de forma efectiva. El mensaje es erróneo. Lo que no puedes hacer, para conseguir que la gente no entre en la droga, por

ejemplo, es decir que la droga es mala. Lo que tienes que hacer es ofrecer alternativas. Pero si no hay alternativas ni futuro laboral ni una educación que merezca la pena, y si nada a mi alrededor funciona, claro que me engancho. Pero voy más allá: si después de desengancharme, no hay una oferta laboral para mí, y tengo un montón de causas pendientes y empieza a llamarme el juez para meterme en prisión –donde se mueve más droga que en la calle– y la gente del barrio sabe que soy exdrogodependiente y en mi curriculum sólo hay cuestiones relacionadas con el consumo de droga; entonces vuelvo a entrar en lo que conozco y punto. Claro que hay gente que deja la droga... y luego se hacen alcohólicos. Como el alcohol es legal, se considera que ya no tienen un problema y, si lo tienen, es médico, pero no social.

La prevención que se hace no es efectiva porque no existen mecanismos para controlar su efectividad. Existen mecanismos para controlar la efectividad de lo paliativo, pero no de lo preventivo. Y, si no estamos previniendo, la gente va a entrar en lo que sea. Si no me dedico a la educación social ni hay oferta laboral para esta gente, pues tendrán que buscarse la vida.

–Imaginemos que un día los trabajadores sociales se dedicasen a ejercer el trabajo social, es decir, a crear estructuras de prevención, de formación y de salidas. ¿Seguiría siendo necesaria la intervención de los trabajadores sociales?

–La figura del trabajador social no desaparecería, en ese caso, si el dinero se dedicase a que el trabajador social detectase futuros problemas y los previniese. Pero entonces el trabajador social tendría que salir a la calle y, al volver a casa, quitar el polvo de sus zapatos, porque habría pisado la realidad.

No obstante, el trabajador social tiene un límite en su intervención. No puede intervenir en toda una realidad social desde su puesto de trabajo. Y, tal cual está planteado el trabajo social hoy en día, para que te conviertas en objeto del trabajo social tienes que ir a pedir. Si no vas a tocar en la puerta del trabajador social, él no va a salir a buscarte. El trabajador social no sale a la calle a ver quién lo necesita. Alguien tiene que activar ese mecanismo.

No hay tiempo ni dinero para otra cosa porque la efectividad del trabajador social es más fácilmente detectable si hace números para sacar a la gente de un problema. Pero si previene fantasmas que nadie ve, no se nota esa efectividad y la gente que se encarga del reparto de las partidas presupuestarias no se la cree. Ellos tienen que ver que se está haciendo algo porque, a su vez, tendrán a alguien por encima que necesite de esos números para justificar el reparto de la riqueza, la entrega de subvenciones. Así, hasta llegar al último de ellos, el de más arriba, que utilizará esos números para justificar, ante sus votantes, su gestión.

Prevenir, educar, no se ve a corto plazo, y este tipo de historias tiene que tener resultados positivos a corto plazo, si no, a toda esta gente mencionada en la pirámide burocrática del reparto del dinero, no le va a gustar. Pero vete tú a convencer a los que tienen el sistema montado de que hay otro sistema que no es el capitalista. Es la misma historia y la misma lucha. Así lo veo yo.

–¿Y no puede la –digamos– “buena voluntad” de los trabajadores sociales marcar una diferencia dentro del actual sistema?

–Habrán trabajadores sociales que te digan que están haciendo un trabajo efectivo, ayudando a gente, pero ése es el verdadero problema. Si yo siento que ayudo, yo me siento bien. Pero lo que están haciendo es perpetuar

situaciones y, si ayudan a alguien, es a su bolsillo. Hay que entender que nadie salva a nadie, cada cual se salva a sí mismo. El problema es que esta peña realmente cree que está salvando a gente.

El trabajo social, en teoría, es precioso, pero en la práctica está sujeto a la esclavitud de un sueldo. Hay una frase de alguien que dice que si el dinero que voy a ganar depende de lo que voy a decir, no voy a decir lo que pienso, diré lo que me haga ganar dinero.

El trabajador social es un gestor-interventor y derivador. Y punto. No trabaja las historias dentro de las historias. Y no puedes cambiar nada si la gente te ve en otra perspectiva, porque entonces eres el enemigo. Cuando te pones en las situaciones de los usuarios es cuando realmente lo entiendes. Cuando te dicen: “¿Tú qué me vas a contar a mí de drogodependencia si en tu puta vida has pasado un mono de caballo?” “¿Tú qué me vas a contar de albergues si no has dormido una noche a la intemperie en tu puta vida?, ¿de qué me estás hablando?” O, “¿qué me vas a contar a mí de dejar a mi marido si a ti nadie te ha dado una hostia?” Definitivamente, eso hay que respirarlo. Si no lo respiras... Este tipo de gente huele mal, ¿sabes?, y, cuanto antes salgan del despacho, antes pueden los trabajadores sociales echar el *spray* para borrar la realidad. Así no se va resolver nunca nada. Por eso funciona el negocio del trabajo social: porque no resuelve nada.

ALGUNAS FUENTES CONSULTADAS:

ARARTEKO: *Informe al Parlamento Vasco*. 2001.

ARRIBA, ANA: *Procesos de implantación de políticas de rentas mínimas de inserción en España*. Unidad de Políticas Comparadas (CSIC). 1999.

ARRIBA, ANA y LUIS MORENO: *Spain: Poverty, Social Exclusion and 'Safety Nets'*. Unidad de Políticas Comparadas (CSIC). 2002.

ASOCIACIÓN PARA LA REVITALIZACIÓN DEL BILBAO METROPOLITANO: *Informe 2000*.

AYUNTAMIENTO DE SAN SEBASTIÁN: *Personas con bajos ingresos en Donostia*. 2003.

LAN EKINTZA-BILBAO (AYUNTAMIENTO DE BILBAO): *Prospección empresarial. Sector servicios sociales*. 2001.

BERRI-OTXOAK: *Rompamos el cerco de la exclusión*. Editorial Likiniano. Bilbao. 2002.

BETTELHEIM, B. & JANOWITZ, M.: *Cambio social y prejuicio*. Fondo de Cultura Económica. Madrid. 1975.

CABRERA, PEDRO JOSÉ y GABRIELA MALGESINI: *Inmigrantes y sinhogarismo en España. Informe nacional 2001-2002*. 2002.

CASADO, DEMETRIO Y FERNANDO FANTOVA: *Perfeccionamiento de los servicios sociales en España. Informe con ocasión de la ley sobre autonomía y dependencia*. Cáritas Española Editores. Madrid. 2007.

DFA y FAEA: *Informe sitios web servicios sociales*. Zaragoza. 2003.

DIAZ, BEATRIZ: *La ayuda invisible. Salir adelante en la inmigración*. Likiniano Elkartea. Bilbao. 1999.

-El color de la sospecha. Likiniano Elkartea. Bilbao. 1998.

EUROPA PRESS: *Bizkaia entregará más de 400 millones de pesetas a un total de 39 entidades que luchan contra la exclusión social*. 31 de Julio de 2001.

-El PSOE gastará más de diez millones de euros en su campaña con el lema 'Merecemos una España mejor'. 2004.

FEANTSA: *Leyes de inserción social en Madrid, Asturias, País Vasco y Navarra*.

FOUCAULT, MICHEL: *Vigilar y castigar*. Siglo XXI. Buenos Aires. 2004.

-Human Nature: Justice versus Power. Eindhoven. Escuela Superior de Tecnología. 1971.

GRANDA, ELSA: *La trastienda de un mitin. El momento estelar llega cuando las televisiones realizan las conexiones en directo para sus informativos*. Diario El País. 29 de Febrero de 2004.

IRAURGI CASTILLO, IOSEBA: *Estudio de la situación psico-social de los consumidores de heroína no adscritos a tratamiento por su toxicomanía en el País Vasco*. 2002.

LAPARRA NAVARRO, CONCHITA CORERA OROZ Y OTROS AUTORES: *La garantía de ingresos mínimos en Navarra. Un estudio evaluativo de la Renta Básica 1990-2001*. Gobierno de Navarra; Departamento de Bienestar Social, Deporte y Juventud. 2003.

MORENO, LUIS: *Spain, a via media of welfare development*. Unidad de Políticas Comparadas (CSIC). Publicado en P. Taylor-Gooby (ed.), *Welfare states under pressure*, pp. 100-122. London: Sage, 2001

OBSERVATORIO VASCO DE DROGODEPENDENCIAS: *Informe 1999*.

ROIG ALDASORO, JOSÉ MARÍA, M^a JOSÉ BAQUERO QUINTANA Y OTROS AUTORES: *Los servicios sociales en la Comunidad Foral de Navarra. Análisis de centros, servicios y entidades*. Año 1998.

SEGURA, FERNANDO: “*Se duplicarán las plazas de atención para personas sin hogar y que sufren pobreza*”. Diario Vasco. 11 Marzo de 2003.

CENTRO DE DOCUMENTACIÓN Y ESTUDIOS SIIS:

-*El gasto público corriente en servicios sociales en 1989 en los veintiún municipios gipuzkoanos de mayor población. Ejercicio 1989. Publicado en 1990.*

-*El gasto público en servicios sociales en la Comunidad Autónoma Vasca. Ejercicio 1992.*

-*El gasto público en servicios sociales en la Comunidad Autónoma Vasca. Ejercicio 1995.*

-*El gasto público en servicios sociales en la Comunidad Autónoma Vasca. Ejercicio 1996.*

-*El gasto público en servicios sociales en la Comunidad Autónoma Vasca. Ejercicio 1997.*

-*El gasto público en servicios sociales en la Comunidad Autónoma Vasca. Ejercicio 1999. Donostia-San Sebastián. 2001.*

-*Estimación del retorno del gasto en servicios sociales y los beneficiarios y trabajadores del sistema en la CAPV. 1999.*

-*Los servicios sociales municipales: condiciones materiales [en Guipúzcoa]. 1991.*

-*Plan de inserción de Guipúzcoa. Donostia-San Sebastián. 2001.*

-*Sistema de intervención con menores infractores en la Comunidad Autónoma del País Vasco. 1991.*

UNIVERSIDAD PONTIFICIA DE MADRID & CRUZ ROJA: *Inmigrantes y sinhogarismo en España. Informe 2001/ 2002.*

URRUTIA, IÑIGO: *60 inmigrantes viven en la calle porque nadie quiere alquilarles pisos en Donostia. Diario Vasco. 20 de Marzo de 2003.*

WACQUANT, LOIC: *Las cárceles de la miseria*. Madrid. Alianza. 2000.
-*Parias urbanos*. Buenos Aires. Ediciones Manantial. 2001.